El joven Johnsey Cunliffe, hijo único de una pareja de granjeros irlandeses, sufre cada santo día el acoso y las burlas de Eugene Penrose y sus compinches, antiguos compañeros de aula ahora en el paro.
Tras enterrar a su querido padre, Johnsey solo desea tranquilidad y que lo dejen en paz, pero no para de recibir visitas inesperadas. El boom del ladrillo ha llegado al pueblo y granjeros y empresarios locales quieren comprarle los terrenos recalificados de la granja.
Sin embargo, el chico de los Cunliffe no quiere desprenderse de lo que ha pertenecido desde hace generaciones a su familia, y su negativa a vender será la comidilla de vecinos envidiosos y le acarreará un sinfín de problemas.
Ambientada en el mismo pueblo que Corazón giratorio, el aclamado debut de Donal Ryan, Un año en la vida de Johnsey Cunliffe narra la lucha de un chico solitario y de pocas luces por comprender un mundo que avanza más rápido que él.

El joven Johnsey Cunliffe, hijo único de una pareja de granjeros irlandeses, sufre cada santo día el acoso y las burlas de Eugene Penrose y sus compinches, antiguos compañeros de aula ahora en el paro.
Tras enterrar a su querido padre, Johnsey solo desea tranquilidad y que lo dejen en paz, pero no para de recibir visitas inesperadas. El boom del ladrillo ha llegado al pueblo y granjeros y empresarios locales quieren comprarle los terrenos recalificados de la granja.
Sin embargo, el chico de los Cunliffe no quiere desprenderse de lo que ha pertenecido desde hace generaciones a su familia, y su negativa a vender será la comidilla de vecinos envidiosos y le acarreará un sinfín de problemas.
Ambientada en el mismo pueblo que Corazón giratorio, el aclamado debut de Donal Ryan, Un año en la vida de Johnsey Cunliffe narra la lucha de un chico solitario y de pocas luces por comprender un mundo que avanza más rápido que él.

El joven Johnsey Cunliffe, hijo único de una pareja de granjeros irlandeses, sufre cada santo día el acoso y las burlas de Eugene Penrose y sus compinches, antiguos compañeros de aula ahora en el paro.

Tras enterrar a su querido padre, Johnsey solo desea tranquilidad y que lo dejen en paz, pero no para de recibir visitas inesperadas. El boom del ladrillo ha llegado al pueblo y granjeros y empresarios locales quieren comprarle los terrenos recalificados de la granja.

Sin embargo, el chico de los Cunliffe no quiere desprenderse de lo que ha pertenecido desde hace generaciones a su familia, y su negativa a vender será la comidilla de vecinos envidiosos y le acarreará un sinfín de problemas.

Ambientada en el mismo pueblo que Corazón giratorio, el aclamado debut de Donal Ryan, Un año en la vida de Johnsey Cunliffe narra la lucha de un chico solitario y de pocas luces por comprender un mundo que avanza más rápido que él.

Donal Ryan

Un año en la vida de Johnsey Cunliffe

Sajalín - 34

Para Anne Marie, con amor

Enero

Madre siempre decía que enero es un mes precioso. Todo vuelve a empezar en Año Nuevo. Las visitas se han ido y, si Dios quiere, no volverás a verlas ni a oírlas hasta las Navidades siguientes. En cuanto te despistas los días se hacen más largos. Los terneros nacen en enero y con cada nueva vida que entra bamboleándose en el establo aumenta un poco tu riqueza. Más vale así; has de intentar recuperar lo derrochado en diciembre en porquerías que en el fondo nadie necesitaba. La dentellada de la escarcha acaba con cualquier maldad persistente. Es lo que tiene enero; hace que el mundo se renueve. Al menos eso decía madre cuando era más conversadora.

Eugene Penrose y sus compinches estaban otra vez sentados en el murete frente al monumento del IRA. ¿No es una ofensa al Señor que un hombre no pueda ir andando a su casa sin que unos brutos lo atormenten todos los santos días? Últimamente, en varias ocasiones, al pasar Johnsey delante de ellos, Eugene le había dado un golpe en el talón que lo había hecho tropezar y casi acabar en el suelo. Por cierto, ¿cómo hacían para estar siempre ahí? El paro es genial, dice madre. Permite a los matones vivir como pachás. ¿Por qué no podía ser un hombre como Dios manda, en lugar de arrastrarse como un crío con la cara colorada, temeroso hasta de su sombra, y los ojos llenos de lágrimas de vergüenza? Papá no lo habría aguantado, eso seguro.

La gente le solía tener miedo al padre de Johnsey. No se doblegaba ante nadie. Disfrutaba de una buena riña en el mercado, en el corral o en un partido sobre la valía de un jugador o el precio de un animal o cualquier otra cosa por la que los hombres puedan discutir. Pero era tan conocido por su amabilidad como por su cólera. Eso sí, que fuera amable no se consideraba una debilidad: papá era un tipo duro. En su época de jugador de hurling, había empujado de aquí a la eternidad a más de un delantero fornido; Johnsey había oído muchas veces ese comentario o algo por el estilo. Una vez, en un uno de sus ataques de rabia casi desgastó el palo de hurling de tanto darle con él a un chico que, después de aquello, nunca volvió a ser el mismo. Johnsey había oído esa historia una sola vez, y cuando el hombre que la contaba se dio cuenta de que lo estaba escuchando, cerró la boca, clavó la vista en el vaso de whiskey y se puso colorado.

Si pensaba en otra cosa mientras recorría los ciento y pico pasos desde donde empezaba el murete hasta el fondo del recinto de la iglesia, casi podía engañarse y creer que no estaban ahí, viéndolo venir, impacientes por ningunearlo. Como la poza honda del arroyo,

pasado el sauce llorón, al final de la ribera del río, en dirección a Shannon Callows, donde papá y él iban a nadar. A veces, Johnsey se preguntaba cómo sería tenderse debajo de aquella agua y, cuando se le acabara el aire de los pulmones, seguir ahí y respirar agua en vez de aire. Quizá ocurriera un milagro como los de hace unos años en Cork, donde la estatua de la virgen María cobró vida, saludó a todos y lloró sangre por el estado del mundo. Madre decía que lo que la hizo llorar fue el estado de todos aquellos coñazos mirándola embobados. ¿Acaso no llorarías tú también si tuvieras a esa panda de inútiles rezándote el rosario día y noche? A lo mejor, en vez de ahogarse, descubriría que tenía poderes sobrenaturales, que podía seguir vivo debajo del agua y controlar los arroyos, los ríos, el mar y cuanto vivía en ellos, y que podría vivir allí y ser el rey, con un tridente afiladísimo, rodeado de montones de hermosas sirenas que nadaban con los pechos al aire y le preparaban la cena y lo besaban.

Quizá cuando llegue a casa, madre habrá hecho una tarta para después de cenar, y justo cuando entre, la sacará del horno. Se comerá un trozo enorme mientras ella se queda de pie, a sus espaldas, con una taza de té (apenas una gotita de leche, dice madre, si no, se estropea), contándole cómo, menos de una hora antes, las manzanas seguían creciendo allá fuera. Él le dirá que la cena estaba rica. ¿De veras, tesoro?, dirá ella, menos mal, te hace falta comer bien porque has tenido un día duro. Últimamente, sin embargo, casi siempre le dejaba la cena en el horno y, una de dos, o quemaba como el demonio o estaba helada; a veces se dejaba el horno encendido a una temperatura demasiado alta o directamente se olvidaba de encenderlo, y podías encontrarla en el cementerio de Height, en la tumba de papá, rezando y maldiciendo las malas hierbas. Le rezaba tanto que allá en el cielo el pobre no debía tener descanso. En la misa del funeral, el padre Cotter dijo que allá arriba a papá le esperaba una casa magnífica y que probablemente empezaría a pelearse con los ángeles por el diseño y pediría que la echaran abajo y la reconstruyeran siguiendo sus propias especificaciones. Todos los vecinos se rieron. Algunos se miraron y sonrieron maliciosos; claro, era un fanático de la exactitud, para él nunca había un trabajo bien hecho.

Madre no estaba en casa. En el horno, a la temperatura adecuada, había un pastel de patata y carne tapado con papel de aluminio, y los cubiertos en la mesa. Se lo comió deprisa y se bebió de un trago el vaso de leche. En la tele, a las siete, daban ese programa sobre las vacaciones y saldría esa señora rubia. A veces, si había silencio suficiente, si madre no estaba en casa y no había ningún gato maullando y arañando la ventana, se imaginaba que la rubia le hablaba, que era su novia, que estaba lejos, en algún lugar cálido con

palmeras, y que iría a reunirse con ella cuando hubiese terminado de construir una gran mansión para los dos. Hablaban por un teléfono especial con una pantalla gigante. Ella le describía el lugar donde irían a pasar juntos las vacaciones. Si estabas cenando, no podías ver bien el programa, tenías que bajar la vista al plato, y entonces dejabas de verla varios segundos ahí de pie con su pelo rubio reluciente y esa ropa que apenas tapaba lo que había que tapar y, a veces, el agua limpia y azul bañándole el trasero con sus olitas suertudas.

Justo cuando terminó, a Dios gracias, entró madre. Le preguntó si había tenido mucho trabajo en la cooperativa, cómo se había portado Packie y si se sabía algo de la señora escocesa. Se decía que la hija mayor de Packie se había fugado a Escocia con un tipo extranjero. Ahora la llamaban la señora escocesa. Era como cuando un hombre se iba a trabajar un año o dos a Estados Unidos y después lo llamaban «el yanqui» para siempre. Algún sábado la hija de Packie se pasaba por la cooperativa y hacía como que ayudaba. Lo único que Johnsey la veía hacer era mirarse las uñas, mascar chicle y pulsar las teclas de su móvil. En realidad, nunca se fijaba en él ni le hablaba, salvo aquella vez que le ofreció un bombón Rolo y él dijo que sí (serás subnormal, ¿para qué tenías que decir que sí?), y ella le tendió el paquete y el maldito Rolo se atascó y a él le temblaba la mano de lo lindo y el Rolo casi estaba derretido cuando por fin consiguió sacarlo y ahora solo de recordarlo notaba otra vez las mejillas ardiendo.

Si antes de la gran fuga a Packie no le gustaban los extranjeros, ahora le inspiraban un odio especial. Lo quemaba por dentro y casi notabas el calor que despedía. Ahora se los veía de vez en cuando, gente de cara oscura, o incluso negros del todo, cruzando el pueblo en coche, de camino a la ciudad para engañar al sistema, según Packie, claro que este es un gran país. Si en ese momento ellos dos estaban delante de la cooperativa, para una entrega o algo así, Packie le daba un toque y los señalaba con una inclinación de la frente. Sus ojos desprendían un brillo malvado y era entonces cuando casi se notaba ese calor, como si el alma de Packie ya estuviera ardiendo en el fuego eterno por los pecados que estaba cometiendo con el pensamiento. A veces los extranjeros volvían la cabeza para mirar, pero en sus ojos no se veía nada que delatase lo que estaban pensando. Probablemente son jutús, Johnsey, decía Packie. Escupía las palabras como cuando toses y sacas la flema de los pulmones. Probablemente mataron a una pila de tusís y ahora han venido aquí a esconderse. Johnsey se reía y le daba la razón, y entonces le venía a la cabeza la imagen de los chicos en paro carcajeándose de los chistes malos de Eugene Penrose, y se entristecía y se avergonzaba de sí mismo. A todo esto, ¿qué diablos eran los tusís y los jutús?

Los extranjeros nunca se paraban ni entraban. Al menos en la cooperativa. ¿Por qué iban a hacerlo? Quizá en el Spar de más abajo los trataban mejor.

Madre ya no escuchaba sus respuestas cuando lo acribillaba a preguntas. Apenas oía sus propias preguntas. Las hacía de un modo mecánico que a Johnsey le recordaba a la clase entera cuando, hace años, en la escuela, recitaban las tablas de multiplicar. Podía decirle, me fue de fábula, madre, le clavé un hacha en la frente a Packie, robé todo el dinero de la cooperativa, salí con el jeep y atropellé a Eugene Penrose y a todos los chicos en paro, los maté bien muertos a todos, y ahora que he terminado de cenar, me voy a la ciudad a darme aires de pez gordo y a ligar con las chicas. Lo más probable es que madre siguiera doblando la ropa, toda tensa, asintiendo con la cabeza sin verlo ni oírlo. Mejor así.

Salió al corral a practicar con el coche. El viejo Fiesta de madre iba de fábula y ella le permitía dar unas vueltas por el corral. Pero se negaba a incluirlo en el seguro. Asegurar a chicos como tú ahora cuesta unas veinte mil libras, Johnsey. ¿Veinte mil? ¿Acaso sabían que era corto? ¿Era esa una de las preguntas que hacían? A ver, señor Cunliffe, hummm… en vista de que es un poco subnormal… (se oirían los clics de las teclas del ordenador y suspiros de impaciencia)… el seguro básico le costará veinte mil millones de billones de libras por ese cascajo de mierda, viejo y destartalado. ¿De acuerdo? Así que confórmese con dar vueltas por el corral. ¿De acuerdo? Idiota del copón. Clic.

Cambió de idea sobre lo de practicar con el coche. El otro día madre se quejó del precio de la gasolina y, de todos modos, era muy frustrante no poder pasar de la cancela y salir camino abajo haciendo rugir el motor. Se planteó recorrer a pie la cañada y bajar por la ribera del río hasta el arroyo. Tenía algo de satisfactorio el crujido de las botas cuando andabas por la hierba decorada de escarcha. Allá, junto al arroyo, en una loma que se elevaba por encima de la playa de estiércol dejada por el ganado sediento, debajo del sauce llorón donde podías sentarte, rodeado de ramas verde claro, había un lugar donde nadie podía verte. Y si te sentabas sin moverte, podías imaginar que también eras un árbol. Nadie llamaba subnormal a un árbol, ni trataba de ponerle la zancadilla, ni le montaba un escándalo por no apilar bien las cosas. Papá decía que toda forma de vida depende de los árboles. Ellos fabrican el aire que respiramos.

Casi había llegado a los escalones del portillo cuando pensó en Dermot McDermott y cambió de idea. Les había arrendado la granja,

pero por su fanfarronería, cualquiera diría que era el dueño. Cuando Johnsey se lo encontraba en las tierras de la granja, era como si él, Johnsey, fuese un intruso. Le preguntaba adónde iba, y nunca lo llamaba Johnsey, siempre John. Era demasiado altivo para usar diminutivos cariñosos. Y examinaba a Johnsey con un rápido vistazo de arriba abajo, los ojos entornados y una sonrisita. Seguramente estaría pensando, ¡fíjate en el muy bruto, se le muere el padre y es incapaz de llevar la granjita que le ha dejado! ¡Y yo aquí, conduciendo mi tractor por su hacienda! ¡Será inútil!

Madre dice que la gente que le pone a sus hijos nombres como Dermot McDermott se lo tiene muy creído. Es como decir, nosotros somos los McDermott auténticos y nuestro hijo se llama Dermot, hijo de Dermot, descendiente directo de reyes supremos. Se piensan que están dos escalones por encima de los ojito-con-estos y como mínimo un escalón por encima de sus vecinos. Madre dice que los ojito-con-estos son los que viven en las casas de protección oficial que están a la salida del pueblo, al final de Ashdown Road. Casi todos tienen perros mestizos y montones de hijos. O montones de perros e hijos mestizos, Johnsey no estaba seguro de cuál de las dos cosas decía madre.

La cerradura de la puerta del establo estaba rota y la madera, combada por la humedad y la podredumbre, así que la puerta se atascaba y no cerraba del todo. Aunque ya habían pasado tres años se hacía raro que el establo estuviese vacío en enero. Las vacas se hacían allí sus camas cada invierno; estaban cómodas, calentitas y a salvo de la lluvia fría y la escarcha punzante, apretadas, usándose unas a otras de radiadores enormes. Y su mierda bajaba por un tubo todo el invierno e iba a parar a un tanque subterráneo de donde la aspiraban para desparramarla sobre la tierra y abonar la hierba que se comerían y transformarían otra vez en leche y mierda. Cuando en la escuela la maestra describía la natividad, Johnsey siempre se imaginaba el portal de Belén como el establo que separaba claramente los dos corrales, el de delante y el grande, y a los Reyes Magos como papá, Paddy Rourke y el señor Unthank. El niño Jesús habría estado allí en la gloria, abrigadito y a salvo.

Entraba luz suficiente y Johnsey alcanzaba a ver la gruesa viga transversal que dividía el techo. ¿Aguantaría su peso? En otros tiempos las cosas se construían bien, decía siempre papá. Pero él estaba muy gordo. ¡Imagínate que lo hacía mal, se caía de culo y se rompía una pierna! Y pongamos que Dermot McDermott lo encontraba. Y llamaba a madre. Y a los bomberos. Y al padre Cotter. Y que al ver a los bomberos salir volando, llegaban Eugene Penrose y el resto de los chicos en paro. Al final, el pueblo entero estaría ahí, en el

corral, haciendo cola para asomarse a la puerta y echarle un vistazo al gordo imbécil tirado en el suelo del establo con la pierna reventada y doblada en un ángulo raro, llorando como un crío, con la cara morada e hinchada y la cuerda todavía ceñida al cuello, y lo señalarían, y negarían con la cabeza y se harían cruces hasta que se abriese paso un alma caritativa y los echara a todos y tratara de ayudarlo, y esa bondad se le clavaría más hondo que las risas de los otros, porque él no se la merecía, y aunque esa persona lo supiera, seguiría siendo buena con él.

El padre Cotter era así, los Unthank también. Packie Collins no. No pasaba un día sin que le dijera a Johnsey que si lo dejaba trabajar en la cooperativa era por respeto a su padre, que Dios lo tenga en la gloria. Sin que le dijera que era una carga. A menudo, Johnsey oía a Packie quejarse de él a los clientes, que miraban para otro lado y sonreían, y si cruzaban la mirada con él, lo saludaban, pero de un modo demasiado amable, más falso que el pastel del escaparate de la tienda de vestidos de novia que hay en la ciudad. Más falso que un billete de tres libras, como decía madre. El trabajo del padre Cotter era ser amable con la gente; trabajaba para Dios, que daba a todos instrucciones rigurosas para que fuesen buenos y amables. Y el señor Unthank era un viejo amigo de papá; habían sido compinches desde niños. En la funeraria se pasó siglos al lado del ataúd de papá, agarrado al borde, negando con la cabeza y diciendo en voz muy muy bajita, Jack, Jack, Jackie, chasqueando la lengua como hacía papá cuando las cosas se echaban a perder o no estaban bien hechas, y Johnsey vio una lágrima bajar por la barbilla del señor Unthank y aterrizar en la mejilla de su padre, de tal modo que parecía que era papá quien estaba llorando.

Papá siempre decía que había que decir la verdad. Papá era incapaz de mentir. Una vez, hace años, una vieja del pueblo telefoneó para saber si madre podía hornearle con urgencia unas veinte tartas para la fiesta de la Asociación de Mujeres de Irlanda. Papá le pidió que no colgara, dejó el teléfono y se fue al gallinero del pajar a preguntárselo y madre contestó, dile a esa vieja que las tartas se las hornee ella, no, dile que me he ido a la ciudad y que no volveré hasta las nueve, pero papá le contestó, no, Sarah, yo no sé mentir. Y lo dijo de un modo que fue como si el cura hubiese pronunciado «y el verbo se hizo carne»: era una realidad, un hecho reconocido; no tenía vuelta de hoja. Madre entró en tromba en el vestíbulo, enfadadísima, y fue ella quien tuvo que mentir. Después le dijo a papá que había conseguido hacerla sentir fatal y que, para que su mentira fuera cierta, al final, tendría que ir a la ciudad y quedarse hasta las nueve para asegurarse de que ese día triunfara la verdad. Era una de las cosas que

tenía papá: de tan bueno que era conseguía que te sintieras mal, por eso te veías obligado a ser bueno como él.

No podía pensar bien ahí fuera, en el corral, o cerca de las casas, ni siquiera en la oscuridad del establo. Todo olía a papá. Cada vez que levantaba la vista y miraba el corral, esperaba verlo caminar hacia él, saludarlo con la vara, cargado de noticias incluso cuando no las había. En el corral todo parecía haber muerto con papá, como si solo hubiese existido para servirlo a él. Las cosas seguían conservando la forma dejada por su peso y el roce de sus manos de modo que nadie más encajaba por completo en ellas: el surco formado a lo largo del corral en el sendero que él había recorrido a diario cientos de veces y con el que las visitas tropezaban a menudo porque no lo veían hasta que los bordes rozaban las suelas; las aureolas brillantes y despintadas alrededor de los picaportes de las puertas del establo, de la sala de ordeño y del taller que, a diario, durante años y años, había abierto y cerrado; los asientos del tractor y el jeep, donde estaba el hueco moldeado por su peso; las paredes mismas de los edificios que ahora parecían seguir en pie solo para honrar el recuerdo de su fuerza pétrea.

No hacía ningún bien, el estado en que se encontraba ahora la casa. Hasta un tonto como él se daba cuenta. Tristeza más tristeza da más tristeza. La tristeza engendra tristeza. La falta de vida del corral y los edificios hacía que el aire fuera más denso y resultase más difícil atravesarlo. Dermot McDermott tenía bastante con su corral y los edificios de más arriba; solo les arrendaba los pastizales. De todos modos, le habría dolido en el alma ver a ese hijoputa y sus rizos entrar y salir del corral de papá con su tractorazo John Deere último modelo, destrozándolo todo, sin preocuparse por mantener la integridad del mundo de papá. Habría sido una invasión. Era preferible la soledad sepulcral que imperaba ahora a la ruidosa ignorancia de aquel tipo y su maquinaria de lujo. Eso mismo habría pensado papá, Johnsey estaba seguro.

Una vez oyó a papá decirle a madre que él era un chico tranquilo y fabuloso cuando se pensaba que Johnsey no lo escuchaba. Madre debía de estar rezongando, diciendo que era tonto, y papá lo estaba defendiendo. Johnsey notó cariño en la voz de papá. Pero por un cachorro mestizo e imbécil al que deberían haber ahogado nada más nacer también sentirías cariño. No serviría para nada más que comer y cagar y sería un estorbo tremendo, pero, aun así, de vez en cuando lo acariciarías o le darías algo de comer, y casi siempre lo tratarías con amabilidad porque él no tendría la culpa de ser un tonto del culo que no para de babear. Eso sí, no irías por ahí enseñándoselo a la gente,

eso seguro.

Su cuarto era el mejor sitio para pensar en sus cosas. Pensar demasiado puede fastidiarte a base de bien. La cabeza podría empezar a funcionarte como un reproductor de vídeo y mostrarte lo tarugo que eres. La cosa empeoraba si tenía que hablar con la gente, como cuando en el camino de vuelta a casa o en la panadería una de las viejas chismosas le preguntaba por madre o cuando alguien lo paraba en la calle para saber qué tal estaba él o qué tal estaba su tía Theresa y si el pequeño Frank había terminado los exámenes y él se quedaba ahí parado notando el ardor en las mejillas mientras hacía lo imposible por contestar bien y con tino como un chico normal; pero las palabras podían hacerte quedar como un auténtico bobo. ¿De qué servía hablar, pues? ¿Qué se conseguía con las palabras?

En su cuarto, Johnsey pensaba con frecuencia en las chicas. Guardaba una revista guarra que había sido de Anthony Dwyer, que no era tan tonto como Johnsey, pero tenía la desgracia añadida de ser un tarado debilucho con una pierna más corta que la otra. Mirar la revista de Dwyer lo llevaba a menudo a un lugar pecaminoso y solo de pensar en echarle un vistazo lo hacía sentir como cuando iba a comulgar y las chicas de los Moran ocupaban los primeros bancos con sus faldas cortas: notaba que el corazón le brincaba enloquecido dentro del pecho como si fuera a salírsele por la boca y abofetearlo en toda la jeta antes de salir corriendo con sus patitas rojas dejando un rastro de sangre y gritándole, ¡buena suerte, tonto del culo! ¡Me voy! ¡Total, no me necesitas! Se asomó a la ventana y echó un vistazo al corral. Todo tranquilo ahí fuera. ¿Por qué iba a ser de otro modo?

Se imaginó a Dermot McDermott con una chica bonita en minifalda y a ella pegada al muy soplagaitas, arrinconada, y a él tratando de salirse con la suya y diciéndole, vamos, no te hagas la estrecha, y a ella resistiéndose y tratando de soltarse. Entonces se imaginó a sí mismo, Johnsey, acercándose a Dermot McDermott por la espalda y a este dándose la vuelta y a sí mismo, Johnsey, propinándole un guantazo en la mandíbula, y a la chica bonita diciendo entre lágrimas, gracias, gracias, y entonces Johnsey la abrazaba y de repente ella decidía que después de todo quería hacer las cosas sucias que Dermot McDermott había querido hacer con ella, pero con Johnsey, y no con el hijoputa de los rizos, postrado ahora en la bosta.

Johnsey nunca le había dirigido la palabra a una mujer, salvo a madre, las tías y las viejas chismosas, que en realidad no eran mujeres de verdad como las de la ciudad o las que salían a fumar a la puerta

del Molloy vestidas con «enfríatraseros», como los llamaba madre. Unos cuantos hola y adiós y qué bien y sí por favor y muchas gracias dichos a la hija de Packie y a alguna que otra clienta de la cooperativa, y se acabó. Una vez sus padres lo convencieron para que fuera a una discoteca. No sabía a qué venía tanto empeño en que fuera. Era solo para adolescentes y se organizaba en un salón parroquial como a veinte kilómetros de ahí. Los llevarían desde el pueblo en autobús, uno de veinticinco asientos, pero algunos tendrían que ir de pie. Al pensar en aquel autobús y en un salón lleno de chicas y en Eugene Penrose y en los chicos más populares riéndose y mirándolo como diciendo, dónde se creerá que va este, no es uno de los nuestros, en el riesgo de tener que hablar o que esperasen que bailara, Johnsey se preguntó por qué sus padres le hacían eso. ¿Por qué no podía quedarse en casa con ellos, como siempre, y ver The Late Late Show y tomar té y comer bollos o bizcocho de pasas?

Johnsey tenía entonces trece años, su pelo abundante y negro desobedecía las órdenes del peine, tenía la cara colorada y las manos demasiado grandes, los pies casi siempre lo traicionaban, la voz se le entrecortaba en la garganta y le salía aguda por la boca o demasiado grave y la cabeza negaba sola cuando se veía obligado a hablar; aquello era demasiado suplicio para que un chico pudiera soportarlo, estaba claro.

Madre le había comprado pantalones nuevos para la ocasión — después servirían para los días de fiesta, así que los aprovecharía bien — y una camisa y un jersey. El jersey era bien caro y llevaba un golfista pequeñito como los que se ponían los chicos más populares. Y también tenía zapatos Doc Marten. Papá se los había llevado a casa en una caja que ponía «Air Wear». Pero como eran demasiado pequeños tuvo que volver a la ciudad y cambiarlos por otros más grandes, pero a papá no le importó, dijo que la culpa era suya por no haberse fijado bien.

Aquella noche, al salir para la discoteca, madre le había echado el pelo hacia atrás con la mano, lo había besado en la frente y había dicho, mi hombrecito ya se va a su primer baile. Papá lo acercó al pueblo en el jeep, así que se sintió todo un hombre cuando se apeó del asiento alto, papá le guiñó el ojo y le dijo, ve con cuidado, ¡deja unas cuantas chicas para los demás! Johnsey no supo muy bien qué había querido decirle papá, pero había sonado muy varonil y divertido y rio con él y dijo, buena suerte, gracias, papá; menos mal que se acordó de no decir «papi» por si alguno de los chicos más populares llegaba a oírlo. En el trayecto al pueblo papá le había dado un billete de cinco libras que ahora guardaba calentito en un puño. El autobús estaba

pagado y la entrada costaría dos libras, así que le quedarían otras tres para gastar. ¿Qué se podía comprar en las discotecas? Johnsey no tenía ni idea. Seguramente venderían Coca-Cola. Pese a los nervios, estaba emocionado.

Confiaba en que Dwyer estuviera esperando el autobús junto al monumento, así tendría un compañero de subnormalidad. Aún no había dejado de oír el jeep de papá y de oler el humo del tubo de escape cuando Eugene Penrose se le acercó con calma, flanqueado por el pequeño Mickey Farrell y un chico rubio de quinto que un día se peleó con un tipo del equipo de segunda, lo hizo sangrar de lo lindo, ganó la pelea y el tipo del equipo de segunda, que tenía dieciocho, se echó a llorar mientras la sangre le salía a borbotones por la nariz.

¿Qué haces tú por aquí? Eugene Penrose llevaba el pelo largo, le bajaba a los lados del flequillo y le cubría las orejas. Como diría papá, tenía cara de auténtico gilipichas. ¡Un bruto con muy mala pinta!

Voy a la discoteca, contestó Johnsey.

¡No me digas! Anda, vente para acá con nosotros, que el conductor del autobús es el Loco Paddy y tardará siglos en llegar. Todavía estará en su casa quitándose los restos que le quedaron pegados en el ojete.

Johnsey no sabía qué hacer. Eugene Penrose había sido amable con él antes y la cosa siempre había acabado mal. Una vez le había durado un día entero, la amabilidad, y después le había quitado la mochila cuando cruzaba las puertas de la iglesia y se la había colgado de las rejas altas y cuando Johnsey había levantado los brazos para recuperarla, Eugene Penrose le había bajado los pantalones, le había metido un buen puñado de estiércol dentro del calzoncillo, se lo había aplastado de una patada, gritando que Johnsey se había cagado en los pantalones y los que iban en el autobús de la escuela lo habían visto con estiércol en todo el culo y en las piernas y después de aquello, durante casi un año lo llamaron Culodemierda Cunliffe.

Pero Johnsey siguió a Eugene Penrose y al pequeño Mickey Farrell de ojos achinados (un domingo, cuando volvían de misa, madre le había preguntado a papá, ¿será mongol el pequeño de los Farrell?; papá se había reído y había dicho, no, es una rata como su padre) hasta el monumento donde estaban los chicos más populares y unas cuantas chicas que se fingían indignadas con los chicos más populares pero se notaba que no era así, en realidad, y un par de subnormales con cara de nerviosos apartados a un lado, como pedazos

de brócoli aguado en el borde de un plato de filete con patatas fritas.

Eh, chicos, dijo Penrose, y lo tiró del brazo para presentarlo a los demás, fijaos en el jersey de Cunliffe, para mí que se lo tejió su madre y después le cosió el golfista.

Para mí que su padre se lo compró en el mercadillo gitano, sugirió alguien más. Johnsey vio que sus compañeros subnormales se carcajeaban como los chicos más populares; al verse momentáneamente ignorados se sentían a salvo e intentaban ganar terreno.

Eh, Johnsey Comecoños, no vayas a cagarte ahora en los pantalones, ¡que el autobús es pequeño!

¡Meteremos al hijoputa en el maletero!

Alguien lo agarró del jersey por la espalda, tiró de la etiqueta y chilló, ¡es de Penneys!

Johnsey sabía que madre no le había comprado el jersey en Penneys; había ido a una tienda bien cara de la ciudad. Lo sabía porque la había oído cuando le contaba a papá que le había costado un dineral y papá le dijo, ya, y qué, y ella dijo, tienes razón y qué. Entonces oyó un desgarrón y los dos botones del hombro de su jersey acabaron en el suelo. Se agachó para recogerlos, pero quien lo tenía agarrado no lo había soltado; se oyó otro desgarrón. Notó el cuello del jersey muy desbocado, vio que se le deslizaba hombro abajo y se preguntó qué les diría a papá y a madre para explicarles cómo se había roto el jersey que costaba un dineral.

El Loco Paddy llegó y, por el momento, el suplicio de Johnsey tocó a su fin. Estaba claro que en el autobús, con un adulto al volante, lo dejarían en paz. Se sentó en los primeros asientos, lo más cerca posible del conductor. Los otros dos chicos inofensivos se sentaron en su misma fila, al otro lado del pasillo. Parecían un tanto avergonzados. Pero su refugio no tardó en quedar destruido: Eugene Penrose aterrizó a su lado y, alucina, le puso el brazo sobre el hombro amistosamente, y Johnsey tuvo que dejarle sitio; el muy rata de Mickey Farrell y el chico rubio aterrizaron en el asiento de atrás y cuando empezaron a martirizarlo otra vez tratando de quitarle el jersey, el viejo Loco Paddy se volvió apenas de lado y gritó, eh, cuidado con eso, y sonrió a medias; Johnsey alcanzó a ver que solo tenía tres dientes delanteros en la boca de viejo y que resollaba y tosía como el autobús cuando metió la marcha y arrancó.

¡En el fondo del autobús alguien llegó incluso a encender un cigarrillo! El mismo Eugene Penrose se sorprendió un poco. Pero él no se iba a dejar ganar en el terreno de la maldad. Fue a pedirle uno al chico que fumaba, regresó al asiento con el pitillo encendido y empezó a acercarlo a la cara de Johnsey, obligándolo a dar un brinco y a sacar la cabeza por la ventanilla con cada respingo. Caray, parad de una vez, dijo el Loco Paddy, y rio y tosió. Johnsey notaba el calor del pitillo en la piel. Pensó en madre y papá cuando le preguntaran cómo se había quemado, quién había sido; papá saldría pitando en el jeep para la casa de Eugene Penrose, se enfrentaría al padre de ese desgraciado y se armaría la gorda y el lunes, Eugene Penrose se pasaría todo el día llamándolo «hijoputa acusica» y quizá también lo moliera a golpes.

En lugar de agujerearle la cara a Johnsey, le hizo un agujero en el jersey nuevo. Justo en la delantera; allí donde tocaba el pitillo, el material se prendía fuego un segundo y aquello provocó una gran carcajada general; se oyeron alaridos y chillidos de deleite y cuando Johnsey se levantó de un salto para apagar la llamita dándose palmadas, el billete de cinco libras salió volando del bolsillo de sus pantalones de pana nuevos, Eugene Penrose lo agarró al vuelo y dijo que era suyo. Anda, devuélveselo, joder, gritó alguien; Eugene Penrose contestó, ¿me vas a obligar tú? Y ahí quedó la cosa.

Johnsey se imaginó a madre en la tienda comprándole el jersey nuevo y probablemente preguntándole al dependiente si era de los que molaban y de los que se ponían los adolescentes; se le partió el corazón al pensar en ella y en cómo se preocupaba por él y en lo feliz que se había sentido al verlo salir tan conjuntado, como un chico normal.

Cuando por fin llegaron al salón parroquial donde habían montado la discoteca, Johnsey se escabulló de la cola. Uno de los chicos inofensivos le preguntó adónde iba. No contestó. Se internó en la oscuridad, detrás del salón, donde había un bosquecillo de árboles con ramas gruesas. Se pasó allí toda la noche hasta que terminó el baile y oyó al Loco Paddy subir la colina entre chirridos. En un par de ocasiones había tenido que ocultarse más en las sombras porque los chicos salían amarraditos a las chicas y se metían entre los árboles a besarse y Johnsey intentaba contener la respiración y fundirse con la oscuridad, porque imaginaba que si llegaban a verlo, la chica empezaría a chillar y probablemente el chico lo llamaría pervertido y le daría un guantazo.

Oyó a Bon Jovi cantar Living on a Prayer, su canción de rock

preferida, y a todo el mundo haciendo coro, y cuando el DJ quitaba el volumen en el estribillo, solo se oía cantar a los chicos y las chicas de la discoteca casi más alto de lo que había sonado la música. Luego sonó el himno nacional, entonces salieron todos en tropel y se subieron al autobús. Aquella noche no tuvo que hablar con ninguna chica, ni llegó a tomarse una Coca-Cola en el bar como un hombre de verdad. Tiró el jersey quemado en la oscuridad, entre los árboles. En el trayecto de regreso nadie se fijó en él, estuvieron todos comentando a voces de un extremo al otro del autobús quién le había tocado el culo a quién, quién había conseguido morrearse con quién, y cuando uno de los subnormales murmuró, ¿dónde te metiste toda la noche?, él lo mandó a la mierda.

Dwyer le había prestado la revista guarra hacía años, cuando eran muy amigos. Johnsey se la había quedado más tiempo del que Dwyer tenía previsto. Al final, Dwyer empezó a cabrearse un poco, pero no demasiado. Un chico en la situación de Dwyer no podía permitirse el lujo de salirse de sus casillas; según decía todo el mundo, tenía el corazón mucho peor que la pierna mala. Antes de que Johnsey tuviera ocasión de devolverle la revista, fue y se murió. El corazón dejó de latirle una noche, mientras dormía.

Sus padres estaban locos por él. Claro, por qué no iban a estar locos por el pobrecillo, le dijo madre a Molly Kinsella el día en que Dwyer murió y unas cuantas viejas de la Asociación de Mujeres de Irlanda se juntaron en la cocina de la madre de Johnsey a picotear en la tragedia como los cuervos en una bolsa de patatas fritas tirada a la basura. Molly Kinsella reconoció que ya lo suponía, arqueando las pobladas cejas de vieja y levantando la barbilla de bruja hacia el cielo, como dando a entender que a un chico así no se lo podía querer igual que a uno que fuera guapo, alto y bien plantado, como Dermot McDermott, y jugara al hurling y tuviera a las muchachas apiñadas en las gradas soñando con él en grupitos de los que brotaban risas tontas.

Una vez Johnsey vio a Dermot McDermott patear a su propio perro por la zona del cementerio de Height, donde las tierras de los McDermott lindaban con la pequeña granja de papá. Johnsey estaba echándole pienso a los animales, pero como había dejado el tractor en el campo cercano tuvo que llevar a pie el bieldo cargado. Había oído gritos, la voz de una chica que llamaba cabrón a alguien, y cuando Johnsey alcanzó a atisbar el campo de arriba de los McDermott, Dermot McDermott estaba solo con su vieja border collie. Los collies son perros capaces de quererte sin falta y sin condiciones. Johnsey vio a Dermot McDermott encajarle a aquella perra preciosa una patada en el flanco que casi la derriba, y la pobre se alejó rengueando y

gañendo. Imaginó a una muchacha joven, después de pelearse con Dermot McDermott, y la vio pasar echa una furia frente a la casa de la familia, y a su gente dentro riéndose de ella mientras atravesaba el corral a la carrera; y se lo imaginó a él negando con la cabeza para seguir luego ocupándose de sus cosas, de sus graneles cultivos experimentales por los que todo el mundo lo felicitaría en la cooperativa y le haría preguntas y lo pondría por las nubes. ¿Era así como se comportaban ahora los hombres y las mujeres?

Sus padres no, solo se decían palabras fuertes muy de tanto en tanto, y cuando se las decían solo era por bobadas como cuando al entrar en casa quedaba el suelo perdido de estiércol e incluso entonces papá apaciguaba a madre haciéndola reír y Johnsey también se reía de las payasadas de papá y de cómo se hacía el que no sabía nada del estiércol y de cómo fingía que iba a llamar a la policía porque seguro que un intruso andaba suelto por ahí, y cuando pasaban esas cosas era casi como si su mundo hubiese mejorado gracias a la pelea. Y los Unthank, el mismísimo y la mismísima como los llamaban siempre papá y madre, tenían una forma sosegada de tratarse; se notaba que se querían con locura por cómo se reían de los comentarios del otro y por cómo escuchaban cuando el otro hablaba y por cómo se llamaban «tesoro» todo el tiempo.

Sin embargo, en la puerta del pub de Ciss Brien, Johnsey había visto parejas jóvenes que ni por asomo se trataban con esa amabilidad. Un viernes por la noche Johnsey había tenido que detenerse en el surtidor, antes de llegar a la esquina donde estaba el pub, porque se había puesto nervioso con el alboroto y los gritos que venían de la calle. Nunca había oído a una mujer chillarle así a un hombre; Johnsey intentó no escuchar, pero el caso es que aquellos dos tenían hijos y ella iba a algún sitio y se suponía que él debía ocuparse de los niños y se lo había prometido y ahí estaba el hombre, bebiéndose hasta el último céntimo del dinero que ella guardaba para pagar una entrada de «gallinero».

¿Gallinero? Johnsey no se imaginaba a esa, con aquellos vaqueros ajustados y aquellos tacones tan altos, comprando un gallinero. Cuando se arriesgó a pasar por donde estaban, le vio bien la cara a la mujer; le bajaban unos chorretones negros por las mejillas y el hombre era un tipo tan gordo como él, pero llevaba una cruz tatuada en el cuello. Eran de la ciudad, como muchos de por aquí, realojados por el Consejo del Condado. El tipo de la cruz tatuada fumaba un cigarrillo y no le hacía ni caso a la mujer del vaquero ajustado y, para rematar, ella seguía allí parada diciéndole, serás desgraciado, y cuando Johnsey pasó por delante tratando de ser invisible, ella le soltó, ¿qué miras,

subnormal?, con esa voz cantarina de ciudad.

A Johnsey lo ofendió que la mujer se hubiese dado cuenta. El tipo de la cruz tatuada pareció alegrarse de que hubiese encontrado una distracción. Es un pobre retrasado, dijo el hombre. Johnsey apuró el paso. «Un pobre retrasado». Re-tra-sa-do. Mira qué bien, viniendo de un gordo, con una cruz grabada en el cuello, que no se ocupaba de sus hijos, y que encima se bebía los ahorros para el gallinero. Si estuviera casado, Johnsey no le haría algo así a su mujer, aunque tuviese pinta de loca y llevara los vaqueros encolados al culo; la cuidaría a ella y a sus hijos y llevaría a casa el sueldo entero y haría tonterías para que todos se riesen. Al pensar en aquellos vaqueros y en el encaje rosa que asomaba por la cinturilla, Johnsey se acordó otra vez de la revista. ¿Y si alguno de los finados lo estaba observando y lo pescaba en el baño toqueteándose? Según el padre Cotter, los difuntos nos rodean. Así que estarán riéndose de mí a base de bien.

Johnsey fue a la sala donde madre estaba viendo las noticias y tejiendo algo todavía sin forma, mientras el reloj grande de color marrón marcaba el paso de la noche con sus tictacs. Antes de morir papá, apenas utilizaban la sala buena. Si los tres veían la tele, se sentaban en el largo y destartalado sofá verde, que escondían cerca de la trascocina, para que las visitas no lo viesen cuando no se utilizaba. Para ponerlo en uso, papá lo arrastraba hasta colocarlo delante de la chimenea, siguiendo las instrucciones de madre, como si estuviese en el corral haciendo marcha atrás en un camión con remolque, y Johnsey se sentaba en medio de los dos y veían una película o un programa de humor y en una de las pausas para los anuncios, madre preparaba té y servía tarta y crema en una bandeja y aquello era lo mejor del mundo. Ahora, para madre ya no había más cuarto que la sala. Sobre aquel sofá largo y destartalado se amontonaban cajas y cachivaches que no pintaban nada ahí. De todos modos, sin papá no habría quedado bien derechito. Habría sobrado mucho sitio, y ese sitio vacío te habría sacado la tristeza de dentro como una aspiradora saca el polvo de detrás del televisor, ese del que no te acordabas que estaba hasta que te dio por apartar los muebles y limpiar.

Cuando llegaba la hora de acostarse, se alegraba de darle las buenas noches a madre y de retirarse a pensar al piso de arriba. Uno no podía pensar en las cosas si madre se encontraba en el mismo cuarto; ya bastante difícil resultaba pensar en cosas que decirle a una mujer a la que apenas le quedaban palabras para el mundo, solo pensamientos sombríos y plegarias masculladas. La cabreada de los vaqueros ajustados se parecía un poco a las chicas de la revista guarra de Dwyer. A Johnsey le costaba creer que fueran reales, aquellas tipas.

¿Cómo era posible que una parte de una mujer se viera tan rara, como la cara de un alienígena, y aun así no pudieras dejar de mirarla?

A Johnsey le gustaba pensar en las historias que papá le contaba antes de dormir. Cinco de sus tíos abuelos eran curas en Escocia, Estados Unidos y Canadá. Se ordenaron sacerdotes y se exiliaron como penitencia por haberle quitado la vida años atrás a tantos Black and Tans durante la guerra de independencia. El padre de papá era muy niño, el menor de siete hermanos, seis varones y una chica, y el pequeño y su hermana se pasaban toda la noche calentando ladrillos y colocándolos en las camas vacías de los mayores, en la parte donde pondrían los pies si no hubiesen estado patrullando los campos y matando ingleses; así, cuando regresaban a casa, se quitaban la ropa y se metían en la cama de un salto, los pies se les calentaban enseguida, y en caso de sufrir una redada, madre gritaba, fíjese, señor, toque los pies de mis muchachos, se acostaron al caer el sol, porque todos tienen que estar en pie al primer canto del gallo. Y efectivamente, el maldito cabrón los levantaba de la cama a culatazos con su asqueroso fusil inglés, los obligaba a formar fila para inspeccionarlos y los muchachos hacían como si acabaran de despertar del más profundo de los sueños, con los pies calentitos; y con ese truco pudo salvarse más de un joven rebelde.

El oficial inglés les perdonaba la vida, pero antes de marcharse, soltaba a los cabronazos de los Black and Tans, que trataban de tirar por el váter a la Virgen María, sacaban al corral el cuadro de Nuestro Señor y se meaban encima, y sabe Dios a qué otras depravaciones sometían a las cosas sagradas antes de que los tíos abuelos ganaran la guerra y John Bull y su legión de salvajes se fueran al cuerno. Johnsey pensaba en la valentía y el arrojo de aquellos hombres y se preguntaba por qué él no tenía su misma audacia. ¿Acaso no llevaba su misma sangre? Aquellos tíos abuelos, que no llegó a conocer, no habrían tenido ninguna dificultad en defenderse ni en conseguir que las chicas hicieran las cosas que se veían en la revista americana de Dwyer. A tipos como Eugene Penrose le habrían arrancado la cabeza por pura diversión.

¿Y qué me dices del abuelo? Bueno, él no se crio tan valiente, pero por entonces ya se había formado el Estado Libre de Irlanda, los irlandeses se pelearon entre ellos y, alucina, luego hicieron las paces y sus hermanos se desperdigaron en todas direcciones. Una vez, el abuelo cruzó en motocicleta el lago Lough Derg cuando estaba completamente helado, desde Youghal Quay hasta el condado de Clare, para ver si era capaz de hacerlo sin romper el hielo y caer al agua, cruzó el lago enterito y al llegar se tomó un coñac, se fumó un

pitillo y seguro que habló con un montón de chicas de Clare y después regresó a toda velocidad por donde había venido y lo aclamaron como a un héroe.

Quizá para ser valiente hacía falta tener hermanos; ellos podían encargarse de endurecerte a golpes. El abuelo se casó con una mujer tan hermosa que la gente —hombres y mujeres— se paraban a mirarla con la boca abierta, preguntándose si semejante criatura era real. Y papá era otro héroe, querido y temido a partes iguales por cuantos lo conocían. ¿Y qué me dices del hermano de papá, el tío Michael, que llevaba mucho tiempo muerto y del que casi nunca se hablaba? Se cayó de un andamio allá en Londres y se mató con apenas veintiún años. Era «precioso», dijo una vez madre. Era raro decir eso de un hombre. Habría sido capaz de cautivar a los pájaros y convencerlos de bajarse de los árboles, según decía todo el mundo.

En aquella casa Johnsey se sentía rodeado de fantasmas de héroes y ahí tumbado estaba él, un tonto solitario, decepcionándolos a todos.

Febrero

Enero era desolado y lento, por lo general interminable, daba igual lo que opinara madre. El uno de febrero es el primer día de primavera, decía papá, como si pudieras ordenarle a una estación cuándo comenzar. Muchos argumentarían que la primavera empieza en marzo, pero tal como acostumbraba a decirlo papá, mirando el cielo y comprobando si Dios lo escuchaba para recordarle que enviara la nueva estación, era como si sus palabras diesen calor al mundo.

La parición empezaba de veras a principios de febrero. Un año, cuando era apenas un niño de cinco o seis, Johnsey, papá y madre se pasaron casi toda la noche en el establo con una vaca cuya ternera venía de nalgas. Eso quería decir que no se había dado la vuelta. Papá decía que trataba de venir al mundo marcha atrás. Papá metió la mano dentro de la pobre novilla doliente, le sacó la ternera por las patas y la depositó con cuidado en la paja. El animalito se estremeció, se bamboleó, intentó caminar, después se echó de nuevo y se murió. Llegó demasiado pronto, dijo papá. Johnsey lloró por la ternerita que había llegado demasiado pronto, pero madre le dijo que aquella ternerita era una suertuda. Todas las primaveras había que mandar para el cielo a unos cuantos terneros porque, allá arriba, Dios tenía una preciosa granja rodeada de estrellas donde vivirían, jugarían y nunca pasarían privaciones, y eso lo hizo sentir mejor.

El aire era frío pero el sol se recuperaría pronto del esfuerzo de elevarse por detrás de las montañas y comenzaría su breve trabajo diario, antes de hundirse de nuevo en la tierra. A Johnsey le encantaba cómo se veía y se sentía el mundo a primeras horas de una mañana clara y fría: fresco y limpio y aparentemente vacío de toda otra vida. En el paseo al pueblo, Johnsey se imaginaba que era el último hombre vivo después de que un profesor loco tirara una bomba que convertía en polvo a todos los demás seres humanos, y que solo quedaban él y un puñado de chicas como las de la serie Home and Away. Johnsey tendría que salvarlas de los animales asilvestrados por el hambre. Recorrería la zona con la escopeta de papá atada a la espalda y la cartuchera en la cintura, y las muchachas lo adorarían e irían detrás de él, su salvador.

La escopeta de papá seguía guardada en casa, en el desván, apenas después de la trampilla, dormida en su vaina de cuero, en una cama blanda de material aislante. Cuando la sacabas, despedía una mezcla de olores a madera, metal y aceite. Una Winchester de dos cañones superpuestos, dos ojos negros mirando de soslayo. Un arma

fría y pesada, casi se podía palpar su oscuro peso a través del techo. Últimamente pensaba mucho en la escopeta. Papá le había enseñado a disparar bien cuando tenía catorce años, a agarrarla con firmeza, a colocarla ceñida al hombro. Después lo había llevado a la ribera y le había señalado un conejo en lo alto de una loma, las orejas levantadas oliendo el aire. Lo había ayudado a apuntar y le había dicho que se mantuviera firme, que apuntase a la cabeza, que se lo tomara con calma. Cuando recogieron el conejo muerto y papá lo felicitó por el tiro limpio, Johnsey hubiera dado el mundo entero y todo lo que había en él para retroceder tres minutos y dejar que aquel conejito disfrutara en el prado de aquel día precioso y feliz de primavera.

En cuanto llegaron a casa madre se dio cuenta enseguida. Notó el dolor de su corazón como si lo sufriera ella; míralo, Jack, por el amor de Dios, está pálido como un fantasma. No tiene madera para esas cosas.

A veces no sabes cómo te sentirás al hacer algo hasta que vas y lo haces. Y entonces es demasiado tarde; ya no hay vuelta atrás.

Los hermanos Johnston, que servían fruta y verdura a la cooperativa, llegaron antes que él; uno de ellos daba saltitos y batía palmas como si estuvieran en la puta Antártida o algo así y el otro seguía sentado en la cabina de su inmenso camión verde fumando un cigarrillo. El saltarín tenía una nariz que nadie debería estar obligado a lucir en la cara y curvaba la espalda, como si el peso de aquella napia lo obligara a inclinar la cabeza hacia el suelo. Johnsey se sorprendía a veces mirándolo. Entonces se daba cuenta de que se había quedado boquiabierto y que el hermano narigudo se había callado y hasta un ciego habría visto que Johnsey le había estado mirando la nariz, pero había una palabra para describir el efecto de aquella nariz, Johnsey se la sabía… ¡hipnótico! Así se decía. ¡Imagínate una nariz hipnotizándote!

Si papá hubiese llegado a ver la vieja narizota dublinesa de aquel tipo, Johnsey estaba seguro de que la habría parodiado muy bien. Le habría dicho a Johnsey algo así, si este llega a dejarte con un palmo de narices, ¡te mata! Y entonces le habría dado a Johnsey un codazo y lo habría repetido, y entonces Johnsey lo habría pillado y le habría entrado flojera de tanto reír. Y al llegar a casa papá le habría descrito aquella nariz a madre y su descripción habría sido tan graciosa que Johnsey habría tenido que desternillarse de risa otra vez.

El otro muchacho era larguirucho, tenía cara de taimado, la cabeza cubierta de rizos apretados y los dedos amarillentos por el

tabaco. Siempre intentaba tomarle el pelo a Johnsey y le decía cosas como que necesitaba que le prestase una escalera para zócalos o un martillo de cristal o un gancho para nubes y que por qué no iba y se lo pedía a Packie, pero Johnsey ya conocía esas bromas, las había oído antes. Mientras le hablaba e intentaba engañarlo, le echaba miradas a Narizotas y guiñaba el ojo y Johnsey trataba de reír con ellos, pero la verdad, no tenía gracia.

Packie llegaba al trabajo con cara de perro, gruñía y despotricaba contra el gobierno y enseguida se ponía a mover las bolsas de veinticinco kilos que Johnsey acababa de apilar con cuidado, bien derechitas. Esos soplagaitas taimados nos la quieren meter doblada, a que no pesaste las bolsas, claro que no, total a ti qué te importa, vas a cobrar lo mismo, venga, trae la balanza, ya me estás pesando esas bolsas una por una. Ay, Dios, qué pecado tener que pagarte un sueldo por estar ahí rascándote como un gorila.

Packie se pasaba la vida quejándose del sueldo que se veía obligado a pagarle a Johnsey y de la tremenda injusticia que iba a ser para la pequeña empresa la tontada esa del sueldo mínimo. Si se llegaba a aprobar, iba a tener que ganárselo, refunfuñaba Packie. Bueno, la ley aquella decía algo sobre que a los que no estaban en pleno uso de sus facultades no les correspondía. Johnsey no estaba seguro de qué eran las «facultades», pero sabía que por fuera él estaba enterito y no le faltaba nada, así que tenía que ser algo dentro de él lo que, según Packie, no estaba bien y le impedía ganar el salario mínimo; Johnsey sabía qué quería decir «mínimo»: un punto por debajo del cual no se puede pasar. Johnsey no era tan corto de luces como pretendía Packie. Sabía que se iba a aprobar una nueva ley. ¿Y qué? Para Packie no había más ley que la suya, y los puntos por debajo de los cuales no se puede pasar no se referían a Johnsey.

El día se alargaba y se alargaba como suele pasar con los martes —un día que no está en ninguna parte, según decía papá—; no está al comienzo de la semana ni en el medio ni al final, es simplemente el día largo antes de la loma. La loma es el miércoles. Los miércoles hacían que Johnsey pensara en un puentecito que había que cruzar para llegar de un extremo al otro de la semana. Los días laborables de Johnsey eran casi siempre idénticos: se levantaba por la mañana, iba al trabajo, comía en la panadería, volvía al trabajo, salía del trabajo, lo maltrataban en el camino de vuelta a casa, procuraba no llorar, llegaba a casa, cenaba, veía la televisión con madre silenciosa, subía a acostarse, leía un libro, se dormía pensando en papá o en las chicas, o repasaba las tonterías que había dicho hasta ese momento y vuelta a empezar, el cansancio mortal, el vacío infinito.

A la hora del almuerzo iba a la panadería de los Unthank y el mismísimo le servía un buen panecillo, calentito, recién salido del horno y dentro le ponía jamón y queso, y le daba un pastelito danés para después, o un dónut relleno de mermelada. Al pensar en la panadería las horas pasaban todavía más despacio; el olor a pan tibio y las mesitas puestas con manteles rojos y blancos, el aspecto de los Unthank, sonriéndole detrás del largo mostrador de madera, en la pared los mismos cuadros desde que Johnsey era niño y la sensación de ternura que había siempre allí. Incluso cuando el local estaba lleno y la gente tomaba té, comía sándwiches o pasteles o bollos ocupando todas las sillas y todos los taburetes altos a lo largo de la ventana y hacían cola en el mostrador del pan fresco y calentito, para Johnsey siempre había un sitio donde sentarse, porque la mismísima se lo llevaba a su cocina con bombo y platillo. Nada que ver con la hamburguesería, donde a veces los muchachos se plantaban delante de Johnsey, como aquella vez, cuando Johnsey ya había pagado la hamburguesa y las patatas fritas y salía por la puerta y se le estaba haciendo la boca agua al pensar en el festín que tenía por delante; un chico le arrancó la bolsa de las manos y esta salió volando y aterrizó en medio de la calzada; sus patatas quedaron desparramadas por el suelo, y un perro apareció corriendo y se zampó la hamburguesa de un bocado.

En la panadería trabajaba una chica mayor que era un poco tonta —madre la llamaba Mary Ojos de Besugo— y cuando te hablaba nunca te miraba a la cara y tenía una voz chirriante y pequeñita que a Johnsey le recordaba a los ratones de los dibujos animados. Ella sí que no estaba en pleno uso de sus facultades, Johnsey lo tenía claro. Y dudaba que los Unthank le hablaran a gritos sobre el salario mínimo y le dijeran que a ver si se lo ganaba.

Johnsey estaba sentado a la mesa de la cocina de los Unthank y Mary Ojos de Besugo le sirvió el panecillo y el té. Una cortina de bolitas separaba la cocina de la zona del mostrador y de la abertura en el mostrador largo que daba justo enfrente. Johnsey alcanzaba a ver fuera, donde estaban las mesas. La gente no podía verlo a él, porque en la cocina de los Unthank había menos luz que en la tienda.

El viejo Paddy Rourke ocupaba él solo una de las mesitas. La taza de té se sacudía cada vez que se la llevaba a los labios y chocaba contra el plato cuando volvía a dejarla. En la mano grande de Paddy parecían el plato y la taza de juguete de una casa de muñecas. Johnsey se preguntó por qué Paddy no le pedía a Mary Ojos de Besugo que le pusiera directamente un tazón, como hacían algunos de los hombres más bullangueros. Tendría que haber espabilado y no

obligarlo a que se lo pidiera, la verdad.

A Paddy Rourke lo atracaron una vez en el corral de su propia casa. Llegó una furgoneta, se bajaron tres tipos, entraron corriendo en el corral y la casa y empezaron a cargar maquinaria, una mezcladora de cemento, una motosierra y unas cuantas cosas más. Según papá, debían de saber que Paddy no tenía teléfono. Cuando salió Paddy y soltó un rugido, uno de los ladrones lo golpeó en la cara con una pala y después, entre todos debieron de turnarse para patearlo. Se pasó casi dos meses en el hospital. Papá decía que el gran error de Paddy había sido salir a enfrentarse a ellos sin escopeta. Tendría que haberles dado su merecido, según papá. Tendría que haber salido a tiro limpio, y al diablo con la ley. Hacia finales del verano en que se fue consumiendo hasta morirse, papá le dijo a Johnsey que siempre tuviera cuidado con las visitas y que nunca saliera al corral para atender a ningún gitano sin la escopeta, cargada y lista para disparar. Sin embargo, Johnsey no sabía si sería capaz de apuntar a un hombre con la escopeta. ¿Y si se le disparaba y por error le volaba la cabeza? ¿Y si después resultaba que solo estaba vendiendo carne congelada o algo por el estilo?

Paddy parecía más pequeño desde que los gitanos le dieron aquella paliza. Ahora, además, siempre andaba como avergonzado, como si pensara que era un defecto, una deshonra, casi, haber recibido semejante tunda. Papá y Paddy Rourke eran unos hombretones fuertes hasta que llegaron el cáncer y los gitanos. No se habrían dejado atormentar por gente como Eugene Penrose. Hicieron falta tres gitanazos muy bestias para derribar a Paddy Rourke, que ahora había vuelto a ponerse en pie, y tres tipos distintos de cáncer para acabar con papá: en el estómago, los pulmones y el cerebro. ¡Tres distintos, imagínate!

Encima estuvo a punto de vencerlos.

Eugene Penrose empezó su campaña en la escuela primaria y la siguió a lo largo de la secundaria, aunque los dos últimos años Johnsey fue a la escuela técnica y Eugene Penrose a los Hermanos Cristianos, porque los de la técnica le dieron el pasaporte por portarse como un imbécil. Aun así tenían que volver a casa en el mismo autobús. Después, cuando completaron los estudios, los padecimientos de Johnsey cesaron temporalmente gracias a la desaparición de Eugene Penrose. Se fue a Inglaterra a trabajar de enlucidor para su tío. Se rumoreaba que tuvo que irse por culpa de un incidente ocurrido una noche, en la ciudad; se había aprovechado de una chica. Pero al cabo de unos años regresó a casa (ni siquiera su propio tío aguantaba al muy cabrón, dijo madre) y a Johnsey se le partió el corazón cuando

lo vio pasar a toda velocidad por el centro del pueblo con su cabezota pelirroja y su sonrisa cruel.

Consiguió trabajo en Kill, en una fábrica de carne que se había ido a pique dos años atrás, y desde entonces se pasaba los días holgazaneando en el pueblo con su pandilla de rufianes, por la zona del monumento del IRA, donde a diario le hacían un pasillo a Johnsey para darle su cotidiana ración de golpes, gritos y escupitajos. Al parecer Eugene Penrose odiaba más a Johnsey ahora que tenía empleo y él no. ¿Era un pecado muy grande, se preguntaba Johnsey, desearle a alguien la muerte o, algo peor, querer matarlo con tus propias manos? Se imaginaba haciéndole a Eugene Penrose una llave de cabeza y apretándole el cuello hasta cerrarle la boca para siempre.

Lo peor era que de pequeños habían empezado siendo muy amigos. En los primeros cuatro años de la primaria, Johnsey, Dwyer, Eugene Penrose, Seanie Mac, Murty Donnell, Billy Hassett, Cookie Ryan, Joe Counihan, Conor Quinn y unos cuantos más habían sido una piña. Los desacuerdos surgieron al llegar los de fuera, los de la ciudad, y los chicos empezaron a hacer caso a lo que se comentaba en sus casas y a mirarse con otros ojos. Así, los hijos de los peces gordos fueron juntándose entre ellos, y los hijos de los trabajadores y de los de fuera formaron sus propios grupos. Dwyer era el más cascado, así que formaba un grupo aparte. A Johnsey le daba pena Dwyer pero no tanto como para salir en su defensa. Ya bastantes problemas tenía con ser el más corpulento, el más torpe y el más tartaja.

La mayoría de los muchachos de su edad ahora tenían novia. Johnsey los veía por ahí, se paseaban en coche con chicas, caminaban por el pueblo agarrados de la mano, al terminar los partidos iban juntos al pub en grandes grupos alegres; algunos muchachos incluso se habían casado. Un tipo que en el colegio iba a un curso inferior se había hecho construir una casa enorme en las afueras de Roskeeda, pero su padre era un pez gordo que compraba y vendía grandes extensiones de terreno como quien compra y vende ovejas o reses.

Esos sí que sabían cómo usar las piseogs, decía madre, la maldición irlandesa. Claro, habían empezado de cero. Es muy fácil tenerlo todo en este mundo cuando te entregas al demonio. Johnsey se preguntaba si madre lo creía de veras o si lo decía porque tenía a los peces gordos metidos entre ceja y ceja. Pero Johnsey había oído anécdotas sobre parientes lejanos a los que les habían metido huevos rotos en el pajar para que se les pudrieran las reservas de heno, o les habían regado el corral de ordeño con leche agria para que a las vacas se les cuajara la leche, o les habían dejado corderos nacidos muertos

en la puerta trasera para que enfermaran sus rebaños y tuvieran que sacrificarlos. La cosa llegó a estar tan mal que un viejo pariente de Holyford tuvo que acudir a la Comisión de Tierras para que le dieran una granja sin explotar a kilómetros de su casa. Tuvo que dejar su heredad a los vecinos que se habían conchabado con el diablo para echarlo con sus negros conjuros.

Si ya era malo tener tratos con el diablo, ¿hasta qué punto corría peligro su alma inmortal solo por querer saber si había un modo de que Eugene Penrose lo dejara en paz de una vez por todas? Incluso había ido al entierro de papá. Antes de que el cortejo fúnebre saliera de casa con el ataúd para ir a la iglesia, le estrechó la mano a Johnsey y se la notó floja y sudada. Se limitó a sonreírle sin decirle nada. Detrás de él iba su padre, la cara roja, los ojitos saltones. Años atrás, papá le había dado trabajo al hombre. Pero papá nunca habría permitido que se sintiera en deuda. Lo justo es justo. Ahora bien, en este mundo, a la gente como Patsy Penrose les das hasta tu último centavo y vuelven para quitarte la cartera. Y mientras se beben el salario que les pagas, te maldicen delante de tus vecinos.

Según decían, a papá lo habían acribillado. Johnsey se lo había oído comentar en la sala a una de las viejas de la Asociación de Mujeres de Irlanda. El invierno anterior, cuando a papá lo ingresaron con dolores de estómago, lo abrieron, echaron un vistazo y lo volvieron a cerrar. Lo mandaron de vuelta a casa. No podían hacer nada. Estaba acribillado, el pobrecillo. Estaba. A-CRI-BI-LLA-DO.

Pueden dejarte acribillado a balazos en un western. Una silla vieja puede quedar acribillada por la carcoma. Y el cáncer se te puede desparramar por todo el cuerpo y dejarte acribillado. Si te llega a pasar, ya puedes agachar la cabeza y despedirte del mundo. Johnsey se imaginó las tripas de papá, negras y agujeradas como un colador. Hacia el final, había olido el aliento de papá, apestaba a podrido. Papá era como una castaña que alguien hubiera abierto. Una castaña de Indias pelada, de buen aspecto, dura por un tiempo, que después se quedaba hueca, se resecaba, se arrugaba y tenía pinta de muerta.

Si Johnsey se ponía a pensar en eso cuando estaba en la cooperativa, por ejemplo, o en la panadería llena de gente, notaba un dolor en el fondo de la garganta y no conseguía tragar su propia saliva. Por lo general, lograba impedir que se le cayeran las lágrimas pestañeando como loco, respirando hondo y conteniendo el aliento, pero se trataba de un ejercicio que había tardado unas cuantas semanas en dominar después de la muerte de papá. Si estaba solo, caminando tranquilo de vuelta a casa o en su cuarto de arriba, a

menudo no se daba cuenta de que lloraba hasta que las lágrimas le mojaban la barbilla. Ojalá pudiera ser duro y cerrado como parecían algunos hombres. Se acordó de Raphael Clancy cuando el menor de sus hijos se mató al quedarse enganchado en un eje de transmisión; en la iglesia aguantó firme como una roca, blanco como un fantasma, sin palabras para nadie, pero sin sollozos ni lágrimas mujeriles. A los hombres duros y corpulentos como él no los veías llorar dando traspiés por la calle, ni tampoco de pie junto al lecho de muerte de su padre gimiendo como un alma en pena.

Esto no podía seguir así, la verdad, esta manía que tenía últimamente de no ver más que negrura. ¿Cómo era posible que en la vida de un hombre solo hubiera tristeza por su padre muerto, preocupación por su madre menguante y miedo a que, todas las tardes, su enemigo de la infancia se le apareciera de repente de detrás de un estúpido monumento del IRA? Madre estaba menguando de veras. De ser una mujer erguida dos años atrás, pasó, después de morir papá, a estar un poco encorvada y luego a transformarse en una cosa doblada como un signo de interrogación, envuelta en tristeza y silencio. Antes todo en ella era moverse, charlar, hornear pasteles, enfadarse, a menudo, apenas alcanzabas a verla porque quedaba envuelta en una nube de harina o porque se movía muy deprisa, y casi no la oías de tanto que cotorreaba y reía y de las historias que contaba de esta que había hecho tal comentario o de aquella que iba vestida así o asá y de aquella otra a la que habían vuelto a ver en la ciudad con ese tipo de Silvermines que había abandonado a su mujer. Hasta que enterraron a papá, cuando por fin la casa se vació de gente que llegó cargada de condolencias y se marchó cargada de bocadillos, tarta de manzana, té y bebidas, madre no paró en seco y se vino abajo. Ahora solo se movía despacio y sin rumbo, por lo general, fijaba la vista en el suelo y rara vez iba más allá del cementerio de Height donde papá está enterrado.

El pésame no dura para siempre. Como el guijarro que lanzas a un río, es un chapoteo, unas cuantas onditas y se acabó. Muchas veces había oído a madre y a las viejas hablar de mujeres que se habían quedado viudas. Por Dios, ya va siendo hora de que lo supere, decían, ha pasado un año y sigue yendo por ahí con cara larga, como si llevara encima todo el peso del puñetero mundo. Una vez que entre la muerte y el presente habían pasado unas Navidades ya no tenías derecho a lamentarte más. Al parecer, el pésame empezaba a perder fuelle al cabo de unos meses y al año se agotaba por completo. Ahora que las Navidades están al caer, ya se le pasará, decían; ni que fuera una norma estricta, como guardar una hora de ayuno antes de comulgar. ¡Imagínate lo que estarían diciendo de ella! De las

confabulaciones que se organizaban con frecuencia en la cocina de madre ya no había señales. Las mujeres estarían ahora criticando y chasqueando la lengua en alguna otra cocina y ahora madre es la vieja rara que va siendo hora de que lo supere.

A Eugene Penrose y su pandilla no se les vio el pelo en el camino de vuelta a casa. Johnsey se quitó un peso de encima. Hacía un día bastante fresco, pero soleado y agradable. El sol tenía ese efecto, te levantaba el ánimo. Era verdad, no era ningún invento. A veces papá leía revistas de ciencias. Madre decía que con su inteligencia podría haber sido cualquier cosa. Pero por aquel entonces solo los peces gordos se podían permitir enviar a sus hijos a la universidad. De todos modos, sus padres lo necesitaban en casa. Johnsey se preguntó cómo había hecho un hombre como él para tener un hijo tan inútil. En la secundaria, la señorita Malone les había enseñado todo sobre la reproducción sexual. Los hombres descargaban billones de espermatozoides dentro de las mujeres. Un espermatozoide nadaba contracorriente hasta llegar al óvulo. Por el amor de Dios, ¿cómo había hecho Johnsey para ganar esa carrera de natación? Los demás espermatozoides debían de ser unos subnormales. ¿Cuántos billones de espermatozoides había descargado Johnsey en pañuelos y eliminado tirando de la cadena? ¿Eran todos semihumanos chiquititos? Seguramente puedes ir a parar al infierno por semejante matanza desenfrenada.

Cuando Johnsey cruzó la verja, posada en medio del corral, una urraca solitaria lo miró de arriba abajo. Johnsey buscó en vano un instante que le trajese alegría, después ahuyentó la carga de mala suerte de la urraca solitaria. La urraca negó con la cabeza y se fue dando brincos. Ni siquiera echó a volar. Hasta los pájaros del cielo sabían que era inofensivo. Madre no estaba en la cocina. Y no le había dejado nada de cenar. Antes, a duras penas podía terminarse las cenas que madre le servía: cortes de ternera o cordero bañados en salsa, como a él le gustaban, puré cremoso, de nabo y zanahoria bien ligados con mantequilla y sal, tarta o crumble recién hechos con natillas para postre. O panceta salada con col rizada y cucharadas de salsa blanca cremosa; su plato favorito, también el de papá. Johnsey no había pasado un solo día sin su cena, hasta ese momento. Desde la muerte de papá la calidad había ido mermando, de acuerdo, pero nunca antes se había tolerado la falta total de cena. El puño de la preocupación apretó las tripas de Johnsey. La casa se notaba fría, rara.

Encontró a madre tumbada en la sala. Llevaba el vestido verde que solía ponerse para ir a misa. Tenía una pierna estirada y la otra flexionada por la rodilla, como en señal de decoro. Y los brazos

extendidos como Jesucristo en la cruz. La cabeza estaba ladeada. Al parecer miraba algo debajo del sofá, y se mostraba sorprendida por lo que fuera que allí había, porque tenía la boca abierta como una O y los labios se le habían quedado morados por la emoción. Si madre había querido echarse, ¿por qué no se había acostado en el sofá o había subido para meterse en cama? Madre. Levántate. Madre. Abrió la boca pero de ella no salió sonido alguno. Como en un sueño en el que unas sombras negras vienen a buscarte y las piernas se niegan a responderte e intentas gritar y no puedes.

Más tarde, esa noche, el padre Cotter le dijo que había estado muy tranquilo durante aquella terrible prueba. Cuando llegó la ambulancia Johnsey estaba sentado en el suelo mirando a su madre. Tenía una de sus manos entre las suyas. Le había cerrado los ojos. Había contestado todas las preguntas. Llevaba muerta por lo menos cinco horas, dijo el médico.

Marzo

Dios mío de mi alma, cómo se alargan las tardes. ¡Imagínate, ya estamos en marzo! Viene marzo como fiera y se va como cordera. Ay, Jesús, el año se nos va volando. De todos modos, ya ha pasado lo peor del frío, a Dios gracias.

Todos los años, a comienzos de marzo, papá hacía estos mismos comentarios. También daba su pronóstico del tiempo que haría. La cantidad y la ubicación de las babosas y escarabajos y demás bichos; el brinco del petirrojo macho; el zigzagueo de los conejos y zorros en los campos; el color de las sombras vespertinas proyectadas por los montes Arra sobre los campos acurrucados a sus pies; la partida o el regreso tempranos o tardíos de las aves migratorias y la altura de su vuelo; todas estas cosas y muchas otras le hablaban a papá sobre el temperamento de la próxima estación en un lenguaje secreto de señales y presagios.

Caray, déjate ya de discursos, le decía madre mirando al cielo. Pero después iba ella y repetía, palabra por palabra, las predicciones de papá a sus amigas, las viejas de la Asociación de Mujeres de Irlanda, mientras tomaban té con bizcocho de pasas y chasqueaban la lengua en la cocina, y exclamaban todo el rato ooh y aah maravilladas por la sabiduría y la habilidad de papá, y se hacían señas de complicidad y decían, ¡Vaya! ¿Cómo es que los cabritos de la oficina meteorológica, con lo listos que son, no nos lo dijeron?

La soledad envuelve la tierra como una manta. Baja por el arroyo y cruza la llanura de Callows hasta el lago. Está en el estiércol del corral y en el brezo del pajar y llena a rebosar los cobertizos vacíos. Se desliza por las paredes interiores de la casa como lágrimas y crece en los muros externos como una mala hierba venenosa que todo lo ahoga. Está en el cielo y en las piedras y en las nubes y en la hierba. El aire viene cargado de ella: al respirar se te mete en los pulmones y sientes que puede asfixiarte. Se cuela por los huecos como el agua de lluvia. Se deposita sobre la hierba y en los árboles y toma sus formas y empapa la tierra entera. Huele como el interior de una cacerola: metal raspado, frío y afilado. Cuando te embiste, duele como un golpe seco en los nudillos con el palo de hurling una mañana helada de invierno en la clase de gimnasia: un dolor fuerte y lancinante, pero por dentro, por eso no se ve y nadie puede disculparse por causarlo ni preguntarte si te encuentras bien, y ningún maestro amable quiere echarle un vistazo, darte una palmadita y decirte vamos, vamos, ya se te pasará.

Pero sabes que si otro hombre estuviera donde tú estás ahora y mirara las mismas cosas, no vería la soledad ni la sentiría. Solo vería que los campos están mojados de rocío y las paredes exudan agua porque los respiraderos están tapados de mugre y polvo o porque la casa está cubierta de parra virgen cuyos hermosos colores de fuego la gente se detenía a admirar al cruzar el corral en dirección a la puerta de entrada. De modo que solo existe en tu cabeza. Apenas ocupa un pequeño espacio. ¿Llegará al centímetro cuadrado? Tal vez no. ¿Cuánto mide un sentimiento? No alcanzará siquiera el tamaño de uno de esos átomos con los que la profesora de ciencias daba la lata. Es todo y nada a la vez.

Ni el mundo ni nada de lo que hay en él cambia cuando alguien muere. Las montañas conservan su fuerza inmóvil, el sol, su calor, la lluvia, su humedad. En el prado de atrás los mirlos siguen brincando y revoloteando, disputándose las lombrices. La gata sigue arañando y tocando con la pata la ventana de atrás para pedir comida. Las abejas siguen bailando entre las flores y los manzanos, buscando siempre, buscando. Hay una crueldad tremenda en la naturaleza y su obra, en la monotonía brutal de las cosas. Al día siguiente de morir papá el cielo era del mismo azul que el día anterior; la lluvia indiferente no paró cuando enterraron a madre, siguió cayendo a cántaros, sin enterarse, y formando regatos en el barro desde el cementerio de Height al camino de abajo.

Eugene Penrose y los muchachos en paro se calmaron un tiempo. Si una tarde estaban en el surtidor o en el monumento, lo dejaban pasar sin molestarlo. Pero a Johnsey le constaba que no tardarían en cansarse de cumplir con las normas de cortesía y volverían a burlarse de él, a zarandearlo y martirizarlo. Incluso Packie se mostró bastante amable unas cuantas semanas. Los Unthank le preparaban a diario un buen almuerzo en la panadería, y en varias ocasiones, mientras comía, la mismísima se inclinó y le dio un beso en la cabeza. Cuando lo hacía, a él le entraban otra vez ganas de llorar. Al principio, la mismísima también le ponía de cenar todos los días en su propia cocina; al cabo de una semana o así, cuando volvió a trabajar en la cooperativa, todas las noches le daba un plato de algo, envuelto en papel de aluminio, para que se lo llevara a casa y lo calentara en el microondas.

Madre casi nunca había usado el microondas. Se lo había regalado una de las tías. Madre comentaba que la vieja bruja tenía tanto miedo de usarlo que por eso se lo había enchufado a ella. Madre decía que te podía causar todo tipo de enfermedades, ¿cómo saberlo? Contaba que a una señora, que se había plantado delante de uno en funcionamiento, se le había achicharrado el hígado y se había muerto

gritando de dolor. La primera vez que Johnsey lo encendió solo, siguiendo con cuidado las instrucciones que el mismísimo le había escrito en un sobre, se mantuvo a distancia. Y cuando sonó el timbre para indicarle que ya estaba, casi se muere del susto. El mismísimo dijo que si un microondas le había achicharrado el hígado a alguien, habría sido hacía un montón de años, cuando acababan de inventarlos y no eran herméticos. Ahora, las microondas no se escapaban. Johnsey no estaba del todo convencido. Siempre abría y cerraba la puerta muy deprisa. No quería que las microondas fugitivas salieran por ahí volando y lo achicharrasen por partes.

Los Unthank habían sugerido que fuera a quedarse con ellos. No podía. Sería demasiado violento. Entre otras vergüenzas, tendría que usar su baño. ¡Imagínatelos a los dos, tan amables y cariñosos, haciendo como que no notaban el pestazo del simio grandullón al que habían invitado a su casa! No sería justo. Probablemente, si llegaba a quedarse con ellos un tiempo, ni pisaría el baño. Como aquella vez que el primo de papá vino de Nueva Jersey, Estados Unidos, con su terrorífica mujer rubia y sus hijos asilvestrados a quedarse en su casa cuando Johnsey tenía doce años. Estaban recorriendo Europa, no te lo pierdas (¡habrase visto, dijo madre, cuando era chico, su familia no tenía dónde caerse muerta y míralo ahora, recorriendo Europa por su cuenta! Y yo me pregunto, ya que tanto presume, ¿cómo es que no se quedó en el nuevo hotel de la ciudad en vez presentarse así en mi casa y tomarse la licencia de invitarse él y toda la familia?); se quedaron una semana y pico, y en ese tiempo Johnsey no cagó ni una sola vez y, para rematarlo, acabó doblado de dolor. Cuando se marcharon de una vez y pudo por fin ir al baño, tuvo que hacer tanta fuerza para echar aquel bloque de hormigón que casi se le rompe el culo.

O podía usar el de la granja. Pero le costaba hacerse a la idea de estar invitado en casa de alguien, aunque fueran los Unthank, a los que conocía y apreciaba desde la niñez. Sería un fastidio enorme, maloliente y sudoroso, acabarían aborreciéndolo y deseando que se fuera. Johnsey no se explicaba siquiera cómo hacían para mostrarse tan amables con él a diario a la hora del almuerzo.

Johnsey se había acostumbrado a estar triste después de la muerte de papá. Esta tristeza extra era como coger más peso al mover la paja con el bieldo: ibas aumentando de a poco de manera que cuando la carga se hacía más pesada, los músculos estaban preparados y no te venías abajo. Madre estuvo dos años y pico envuelta en un manto de tristeza, sin hablar apenas y, ahora lo entendía, esperando a que le llegase el momento de reunirse con papá. ¿Cómo había podido dejarlo de ese modo? De acuerdo, tenerlo a él de hijo no era ninguna lotería;

nunca le había dado motivos para que fuera a la oficina de correos a presumir de sus logros como otras mujeres que, mientras esperaban en la cola, hablaban en voz alta por temor a que nadie se enterase de que sus hijos cursaban másteres, o estaban a punto de terminar los exámenes de contabilidad, o estaban pasando un año en Australia porque, claro, se merecían un poco de diversión después de años y años estudiando tanto y bla, bla, bla, bla.

De todos modos, lo de madre lo sorprendió. Lo dejó bien en la estacada. Era como si hubiese planeado a sus espaldas marcharse para reunirse con papá y dejarlo solo. Como si con todos aquellos rezos hubiese estado hablando con él por lo bajo desde el principio para organizar el viaje. ¿Tan poco valía él que no le merecía la pena quedarse en la tierra? También estaba un poco enfadado con papá, la verdad sea dicha. En cierto modo, era como si papá lo hubiese sabido. ¿Estarían los dos vigilándolo al menos, como dijo el padre Cotter? A veces ansiaba ver sus fantasmas, pero si sucedía de veras, quizá se pusiera a gritar y echara a correr. O empezara a chillarles por no haberlo llevado con ellos.

Esa era otra de las cosas de haberse quedado completamente solo que Johnsey sabía que no iba a aguantar mucho más: la sensación de no estar solo. Por las noches la casa crujía y gemía como siempre, pero antes también oía la respiración y los suspiros de madre que venían del fondo del pasillo. El único consuelo real que tuvo en los dos años y pico que madre siguió viviendo y papá estuvo muerto era por las noches cuando se iba a la cama antes que ella y la dejaba abajo atareada en algo y rezando (¿o hablando con papá?) entre dientes: la casa vieja enviaba los sonidos de madre hasta sus oídos y él podía dejarse llevar sabiendo que ella al menos estaba en carne y hueso, y que a la larga, tal vez terminaría recuperándose y volvería a reír, o a cotillear, o a rezongar al menos. Ahora, cada chirrido se convertía en una bota de cuero rozando contra su compañera mientras alguien avanzaba sigiloso por el pasillo hacia su dormitorio; cada tintineo o golpe seco o tableteo se convertía en un enemigo armándose, o en un demonio disponiéndose a chuparle la vida por la boca para llevarse su alma al infierno. Estos pensamientos se transformaban a menudo en visiones de la viga transversal del establo y de la cuerda colgada del gancho en la trascocina. ¿Cuánto pecado había en querer irte al cielo con tu madre y tu padre? ¿Para qué quería Dios que él siguiera cargando con aquella pena hueca? El padre Cotter dice: Dios tiene un plan para todos nosotros. Gracias, Dios, por este gran plan.

Se levantaba por la mañana, tomaba cereales y tostadas, iba al pueblo a trabajar, almorzaba en la panadería, regresaba a casa

pasando por delante de Eugene Penrose y sus monos, que empezaban a volver tranquilamente a las andadas, se calentaba la cena, veía la tele y a la cama. Se pasaba las largas noches tratando de quitarse de la cabeza aquellos negros pensamientos para poder dormirse. Los fines de semana eran peores. Antes le encantaban. Papá y él dedicaban el sábado entero a hacer trabajitos fuera; en verano iban casi todos los domingos a un partido o en invierno a lo mejor al cine, o veían una película en casa, o el fútbol en la televisión. El fuego siempre estaba encendido. Los domingos madre preparaba un banquete y tenía costumbre de hornear los sábados, así que había una selección de postres. Ahora los sábados dormía hasta bien entrada la mañana, despertaba de unos sueños feroces para encontrarse con una casa fría y muerta, hacía la colada, iba al pueblo a tomarse una hamburguesa con patatas fritas y esperaba que en el Canal 4 esa noche dieran una película guarra. Los domingos iba temprano a misa, y allí se quedaba sentado con sus pensamientos blasfemos sobre Dios y sus extraños planes, comía con los Unthank sintiéndose cada vez más culpable por abusar de su hospitalidad e imponerles su presencia torpe y corpulenta en su íntimo y agradable día festivo. Y una tarde cualquiera, la tía Theresa podía presentarse sin avisar, acompañada de la tímida Nonie y de Frank, el aburrido y malhumorado marido de Theresa, para decirle que debía empezar a hacer planes y a poner la casa en orden y por qué no subían ahora y revisaban las cosas de Sarah y entonces, tartamudeando y balbuceando, tendría que darle largas porque si dejabas que los cuervos le picotearan los ojos a tu perro muerto, ya no podrías seguir diciéndote que estaba dormido.

Al morir madre, los Unthank y sus tías y un pequeño ejército de viejas se habían encargado de todo. Se habían ocupado de los trámites con el juez de instrucción y mantenido conversaciones telefónicas a gritos con algún funcionario para averiguar por qué demoraban en entregar el cuerpo y le habían explicado con paciencia que las cosas tardan más cuando una persona muere en casa y no hay un médico presente. Habían limpiado la casa de arriba abajo, horneado pasteles, preparado sándwiches, comprado bebidas alcohólicas, dado instrucciones a las pompas fúnebres, elegido un traje y una corbata para Johnsey y hasta le habían lustrado los zapatos. Incluso habían conseguido de algún modo averiguar cómo pagarlo todo; había una carpeta con papeles y extractos bancarios y demás en una caja en el cuartito de arriba donde papá acostumbraba a despotricar cuando hacía las cuentas, con las gafas que se le resbalaban nariz abajo, y entre todos consiguieron ordenar aquel lío de documentos y explicarle las cosas a Johnsey y aquellas explicaciones le entraron por un oído y le salieron por el otro, sin que su paso se viera obstaculizado por

ningún tipo de comprensión.

Había tenido que firmar unas cuantas cosas relacionadas con sabe Dios qué y lo hizo con su mejor letra ligada e inclinada hacia delante. Le dijeron que no había manera de organizar aquellas cosas sin ayuda, que una persona necesitaba tiempo para asimilar el golpe, que era una carga muy grande aquella pena de perder al padre y la madre en tan poco tiempo. En realidad querían decir: Verás, como eres un poco tonto, mejor te vas y dejas que nosotros resolvamos la cuestión importante de enterrar a tu madre como es debido y poner sus asuntos en orden para que no tengas que hacerlo tú. ¿De acuerdo? Sé buen chico. Anda, vete arriba a rezar, a cascártela o a hacer lo que suelen hacer los imbéciles entre las cuatro paredes de su habitación.

No había nada de malo en que la gente que quería ser amable a veces no pudiera serlo sin hacerte sentir que eras un alma de Dios. No lo hacían a propósito, pero se les notaba en la actitud; la forma en que sonreían con pena, te miraban asintiendo y luego apartaban la vista y sonreían con pena a otra persona como queriendo decir: Ay, pobre criaturita, no tiene ni idea, no sabe ni limpiarse el culo y no tiene ni pizca de sentido común. Pero los Unthank no eran así. Ni hablar. Te hacían sentir como si fueras tú quien les hacía un favor dejando que te ayudaran. El padre Cotter tres cuartos de lo mismo, pero claro, eso de ser bueno con todos sin prejuicios formaba parte de su acuerdo con Dios. La mayoría de la gente quería algo a cambio de sus amabilidades, aunque solo fuera la sensación de haberse entregado desinteresadamente, porque eso podía contribuir a que sus camas Rieran más blandas o a que durmieran mejor por las noches, o a que las puertas del paraíso se abrieran más deprisa cuando les llegara la hora. Johnsey lo veía en las miradas disimuladas de las viejas de la Asociación de Mujeres de Irlanda y de sus tías y de las pocas señoras adineradas que acudieron en bandadas como gallinas para arremolinarse graznando a su alrededor cuando se murieron sus padres. Hubiera preferido que se quedasen fuera en vez de entrar en su casa y comportarse como si estuvieran en África salvando negritos de morirse de hambre.

Ahora que madre no estaba y no podía hacerla sufrir, ¿no era de puro sentido común seguir con el plan de la cuerda y la viga transversal en el establo? Por el amor de Dios, ¿para qué servía un trasto grande y torpe como él que, sin protestar, había cedido la tierra de su padre a los vecinos taimados y que era incapaz de mantener una conversación sin sentir que estallaría en llamas y que encima no tenía nada interesante que decir, porque nunca había ido a ningún sitio sin que sus padres le estuviesen detrás, y que nunca había besado a una

chica ni plantado cara a los matones ni conducido el coche más allá de la verja?

Había llegado incluso a descolgar de la trascocina la vieja cuerda de papá. La había lanzado por encima de la viga, se había subido al último travesaño de uno de los rediles y la había anudado a la madera recia. Había hecho algo parecido a un nudo, guiándose por los wésterns. Había comprobado si se ajustaba agarrando la lazada a través de la cual metería la cabeza y tirando con fuerza. Le había parecido que la longitud era correcta, de modo que si se tiraba desde lo alto del redil, la caída le partiría el cuello y los pies no tocarían el suelo. Alguien tendría que encontrarlo, claro. Probablemente serían los Unthank. Johnsey no soportaba la idea de causarles semejante disgusto. El mismísimo tendría como sesenta y siete o sesenta y ocho años, y la mismísima más o menos la misma edad. ¿Vivirían diez o veinte años más? ¿No suponía una fatiga para aquella gente encantadora que él fuese a diario a almorzar a su panadería, la cruzara con sus grandes botas, dejara caer su culo gordo en una silla de la cocina y les babeara la mesa? Y por si la penitencia de los Unthank no fuera lo bastante dura, ahora encima abusaba de su caridad y les sacaba la cena y el almuerzo del domingo. En el pueblo todos sabían que era un gordo imbécil, nunca había jugado bien al hurling, las chicas lo miraban con cara de lástima o se unían a los muchachos cuando se reían de él. En algún momento, los grandes planes de los que el padre Cotter no paraba de hablar debían de haberse torcido. Claro que siendo el universo tan inmenso, Dios podía permitirse meter la pata de vez en cuando. No es que hubiera un comité de ángeles que fuera a aporrear la puerta de Dios para gritarle, ¡eh, Dios, te has olvidado de darle una justificación a la existencia de Johnsey Cunliffe, está allá abajo rascándose el culo como un tonto, tratando de encontrar un motivo para no matarse!

Pronto llegaría el verano. Los Unthank siempre se iban como a mil kilómetros, a un lugar como Sligo o a uno de esos condados raros donde pasaban semanas enteras con una sobrina que, según decían, se había casado con un pez gordo y tenía una parva de niños y una casa enorme. Dejarían a Kitty Whelan o Bridie Mac a cargo de la panadería. Por un tiempo eso echaría por tierra los almuerzos de lujo de Johnsey. Entonces su soledad sería absoluta. Es decir, completa, total.

Algo tenía que pasar antes del verano. ¿Cómo se las arreglaría para estar tan solo y a la vez hacer frente al tipo de situaciones que exigían más palabras habladas y formas más complicadas de hilarlas de las que él era capaz? ¿Y si se tomaba vacaciones en la cooperativa al mismo tiempo que los Unthank, cerraba la verja y la casa, bajaba

las persianas, echaba las cortinas y decía que también se había ido? Johnsey le importaba un cuerno a Packie Collins o a cualquiera de sus parientes despreciativos así que podía estar saliendo en serio con una chica de la ciudad y haberse ido con ella a tomar el sol al extranjero. ¡O a una estación de esquí! ¡Imagínate, a menos de tres kilómetros de allí había muchachos de su edad que habían hecho justamente eso! Se iban en avión a una estación de esquí de un país lejano lleno de encanto con una chica y bajaban volando por montañas nevadas y tomaban bebidas alcohólicas con nombres extranjeros y montaban a la chica toda la noche y regresaban a casa prometidos para casarse y todo el mundo hablando de lo fantástico que era aquello y diciéndoles lo estupendos que eran. Muchachos que iban con él al colegio, al mismo curso, llevaban ese tipo de vida. Imagínate.

Johnsey se preguntaba si había una manera de marcharse de este mundo limpiamente, de desaparecer un día sin causar alboroto ni complicarle la vida a nadie. Un chico de la zona de Gurtabogle se largó para Australia unos cuantos años atrás y allá desapareció. Listo, se acabó. ¿Qué iban a hacer, viajar a Australia, remover cielo y tierra hasta encontrarlo? Australia era tan grande que era un continente.

Ese chico había estado en la misma clase que Johnsey en la primaria. Una vez se fueron de excursión lejos, a Lahinch. Por entonces todavía eran todos bastante amigos. Eugene Penrose aún no había decidido emprenderla a golpes con el mundo, en general, y con Johnsey, en particular. El chico de Gurtabogle, Mikey Kennedy se llamaba, fue a nadar con los demás. Mientras estaban todos bromeando en la orilla, salpicándose, tirándose barro y echando a correr al topar con una medusa, Kennedy empezó a alejarse a nado. Al bajar a la playa, el profe y la profe les habían dado órdenes estrictas de quedarse cerca de ellos y nadar siempre en paralelo a la orilla. ¡EN PARALELO A LA ORILLA! Granujas.

Pero Kennedy se metió mar adentro y casi no llega a vivir para contarlo; cuando la profe lo divisó, le chilló al profe que perseguía a los niños con una medusa en la mano, tal cual en la mano, y el profe tiró la medusa y a voces le ordenó a Kennedy que volviera de inmediato. Para entonces Kennedy era una bolita negra que flotaba a lo lejos. Ya no se le veían los brazos, aunque seguramente seguían braceando con fuerza porque él se iba alejando más y más hacia el horizonte. Nadaba en dirección al sol. Todos dejaron de bromear y de gritar y con la mano haciendo visera se quedaron mirando el horizonte brillante y siguiendo al pequeño Mikey Kennedy, y lo único que se oía eran los gritos del profe que le pedía que volviera, que volviera, por el amor de Dios. Entonces, un socorrista llegó como una

exhalación, a punto estuvo de tirar al profe, y la profe se tapó la cara con las manos y no paraba de repetir, Dios mío de mi alma. Poco después, Johnsey oyó decir a otro socorrista que era una suerte que Sean estuviera de guardia; era campeón de natación junior, y el chico se había alejado tanto de la orilla que de haber estado otro en lugar de Sean, el rescate no habría salido tan bien.

Cuando Sean, el socorrista, llegó donde hacía pie y vadeó hasta la orilla cargando a Kennedy en sus grandes brazos pecosos, lo depositó en la arena y ahí se quedó Kennedy llorando. El profe le preguntó a qué mierda había venido esa travesura. Kennedy contestó, no lo sé, profesor, y siguió llorando y tosiendo, y todos los de la clase, incómodos, formaron un círculo a su alrededor y se quedaron mirándolo, tan asombrados por el «mierda» del profe como por el hecho de que Kennedy se hubiese salvado por los pelos. Luego la profe le echó una toalla sobre los hombros diminutos, le dio un abrazo y un beso y le dijo que ya había pasado todo, y más de un niño deseó haber sido quien emprendiera el camino hacia el horizonte.

Diez años después, ese mismo chico, Mikey Kennedy de Gurtabogle, se largó a Australia, desapareció allá y nunca más se supo de él.

El tiempo pasa a cuentagotas. Nunca vuela, en realidad. El tiempo solo vuela los últimos minutos de un partido cuando el equipo al que tú animas va un punto por detrás en el marcador. Y ocurre a la inversa cuando va un punto por delante. Una vez, un chico de la ciudad contó en el colegio que si atabas a un tipo para que no pudiera moverse y dejabas que el agua le goteara en la cabeza, al final se volvía loco y cada gota era para él como un martillazo. Hace siglos los chinos se lo hacían a sus enemigos. Johnsey no se lo creyó del todo entonces, pero ahora sí, a pies juntillas. Notaba cómo cada segundo del reloj de encima de la alacena caía gota a gota en su cabeza. A veces tenías que engañar a la mente, distraerla de las gotas para que no se convirtieran en martillazos y acabar como uno de aquellos chinos. Si estabas fuera, en el corral, lanzando una sliotar contra la pared, podías imaginar que eras el lanzador de hurling Nicky English, imbatible en el 89. Si estabas dando vueltas por el corral y pedorreando en el viejo Fiesta de madre, podías imaginar que recorrías Estados Unidos de punta a punta en tu Ford Mustang reluciente. Podías imaginar que eras un agente secreto, ultrasecreto, disfrazado de misterioso joven soltero, que vivía en soledad a la espera de instrucciones de la oficina central.

Si te sentías solo y desamparado, y digamos que estabas en la cocina sin hacer nada, y la dejabas escapar por la puerta porque no te

concentrabas lo suficiente para mantenerla a raya, la cabeza podía irse por ahí sola a darse un buen paseo. Si iba muy a la deriva, quizá se ponía a señalar las cosas que, de otro modo, podías pasar por alto o arrinconar en los espacios oscuros. Se ponía a calcular el tiempo que pasabas solo, ahora que papá y madre ya no estaban, y el tiempo que te quedaba por delante si vivías toda una vida. Setenta eran los años que Dios asignaba. Hasta podías durar unos cuantos más. A papá no le tocaron los asignados, eso seguro. Y la gente como el pobre Dwyer y el más chico de los Clancy no se le acercaron ni por asomo. O se ponía a recordarte cómo parecía que la vida había quedado en suspenso por un tiempo cuando madre vivía y a lo mejor volvía a arrancar de alguna forma en cuanto el cielo despejara, pero ahora parecía haberse detenido. O podía darle por sumar el número de almuerzos y cenas que te habían servido los Unthank, y tú no habías metido la mano en el bolsillo ni una sola vez, salvo para rascarte los cojones con disimulo. O podía darle por recordarte las distintas formas en que no estabas a la altura de los otros muchachos de tu edad: no tenías novia, ni la más remota posibilidad de encontrar una; tus únicos amigos eran dos personas mayores y encima la amistad era heredada; un cabrito llamado Eugene Penrose te había aterrorizado desde que eras niño; no podías cruzar el pueblo y volver a casa andando sin cagarte en los pantalones del miedo que le tenías. Eras incapaz de mantener una conversación normal, te recordaba tu cabeza. Y además nadie quería hablar contigo. La gente que lo hacía, era porque se sentía obligada. O podía recordarte que eras un huérfano inútil, un subnormal. O podía hacer que la poza honda del río o la viga transversal del establo parecieran una dulce salvación del lastimoso tormento de ser.

La cabeza podía separarse de ti por completo. Johnsey empezaba a comprenderlo ahora. Si no ibas con cuidado, podías acabar ahí fuera, en el corral, persiguiéndola como un loco. Podía liberarse de ti con facilidad e irse volando sola por el sendero. Varias noches, mientras veía televisión, de repente cayó en la cuenta de que había estado ahí sentado en medio de la negrura; ni dormido ni despierto, no recordaba qué estaba viendo en la tele, y en una ocasión, colgando de la barbilla, se notó un largo hilo de baba.

Cuando regresaban del mercado, papá le contaba sobre los muchachos mayores que habían conocido ese día y que vivían solos en el quinto infierno, en casitas incrustadas en la ladera de la montaña a las que no se acercaba ni un alma de un fin de año al siguiente. Chapoteaban con la mierda hasta las rodillas, calzados con botas de goma llenas de agujeros; andaban siempre negros de mugre y tenían unos pantalones para entre semana y unos para los domingos, y los de entre semana podían salir andando solos por el sendero estrecho. Le

ponían nombre a cada uno de los animales del rebaño. Y cuánto los querían. Así vivían muchos pequeños granjeros que no se casaban nunca. A menudo eran dos hermanos mayores que cultivaban la misma tierra y vivían como dos viejos guisantes malolientes en la vaina medio destruida que era su casa. También se daban casos de alguna mujer vieja que no se había casado nunca y le hacía de esposa al hermano solterón. No en todos los sentidos, claro. Aunque pasaban cosas raras; Johnsey lo sabía por comentarios que había oído.

Un día, en la cooperativa, al poco tiempo de que Packie lo hubiese contratado como «ayudante general», había oído a una señora grandota de cara colorada hablando con dos hombres que, de tan interesados en su relato, casi se habían doblado por la mitad para acercar las orejas peludas a aquella boca parlanchina. Al parecer la policía se había llevado lejos de su granja y su familia a un tipo llamado Formley, que vivía en un municipio de esos raros, donde Cristo perdió el gorro, del que Johnsey no había oído hablar. A los hijos los habían puesto en manos de los servicios sociales. La propia familia no lamentó verlo marchar, según contaba la señora de cara colorada. La mujer de aquel tipo había muerto hacía años. Tenía una hija y dos hijos. Cuando apenas tenía dieciséis años, a la chica la había dejado preñada su propio padre o uno de sus hermanos. El tal Formley se había encargado de ese problema con una cuerda y un palo de escoba roto. Le quedaron las entrañas hechas trizas a la chica. Se le infectaron las heridas, se le envenenó la sangre y se estaba muriendo cuando llegó la policía. Encontraron al bebé en el suelo, al lado del pozo negro, envuelto en una sábana. Llamaron a la policía porque, después de la pequeña operación, el hombre se había hinchado a whisky, había perdido la chaveta y se había puesto a disparar con la escopeta; el más joven de sus hijos había salido corriendo a casa del vecino que pidió ayuda.

Esas eran las partes que Johnsey había oído. Era imposible juntarlas para que tuviesen sentido. ¿Se la habían beneficiado entre todos, su padre al que Dios le había encargado protegerla de todo daño y sus hermanos también? El sufrimiento de aquella chica se le clavó en el centro de la cabeza el resto de aquel día. Para colmo, de tanto pensar en ello le entró una especie de debilidad, sintió náuseas en el estómago, se le quedó la cabeza embotada y tuvo que sentarse en una pila de bolsas de fertilizante para tratar de serenarse antes de que Packie lo viese. Imagínate, el palo de escoba roto y puntiagudo entrando en ella, pinchando al bebé no nacido y sacándolo de un tirón a este mundo, muerto y ensangrentado.

De todos modos, era probable que fuera un monstruo, dijo la

señora de cara colorada. ¿Un monstruo? Bendito Dios del cielo, ¿cómo puede ser un monstruo algo con el alma pura y sin mancha de un bebé? Pero Johnsey tenía en la cabeza cierta idea, algo sobre padres montando a sus hijas y hermanos montando a sus hermanas. Incesto se llamaba. Si hacían un bebé podía salir un monstruo retardado, tener dos cabezas o algo peor. Pensándolo bien, los hijos de Adán y Eva tuvieron que hacer algo parecido para que se propagara la raza humana, y también debió de pasar otra vez después del diluvio universal cuando solo se salvaron Noé y su familia. ¿O es que Dios permitió que las esposas de los hijos de Noé también vivieran? Pero incluso en ese caso, se habrían montado entre primos hermanos. Y Johnsey había oído usar ese argumento para explicar casos más serios de subnormalidad y discapacidad: Dios santo, ¿no eran sus padres primos hermanos?

Para que un hombre se sintiera solo, no hacía falta que estuviera a solas. Johnsey lo sabía. En la cooperativa, la gente le estrechaba la mano y no se la soltaba, y se dedicaba a recordar a sus padres mientras a él le ardía la cara y su otra mano buscaba en vano dónde meterse. Podías sentirte solo incluso entonces, teniendo a alguien delante de ti, agarrándote la mano y hablándote. Hubo un par de días en que fue como si hubiese una cola de gente así. Algunos habían ido al entierro, pero pensaron que no estaría de más estrecharle la mano una segunda vez y aprovechar para decirle que le esperaba una época muy mala, y que fuera a visitarlos cuando quisiera, en serio, cuando quisiera, que estaban siempre en casa. La puerta siempre estaría abierta. Le habría gustado verles la cara si de veras le hubiera dado por cruzar esa puerta. ¡Hola, aquí estoy! Estaba invitado, ¿no? ¡Me sentaré a comer, luego me tomaré una buena ración de esa tarta y un par de botellas de cerveza negra, y a lo mejor le meto mano a esa jovencita de ahí, ¿es vuestra hija?, ay, Jesús, toda una mujercita ya, después me iré yendo! ¡Uuuh!

Seguro que les daría un ataque de histeria si llegaba a poner los pies en sus corrales. ¿Por qué iba la gente por ahí diciendo cosas que no sentía?

Había un viejo, se llamaba Quigley, vivía lejos del camino, pasado el puentecito, más allá de la represa, en dirección al criadero de caballos, propiedad de los Shire, esos negros protestantes. Los Shire tenían dinero añejo. Que valía más que el dinero nuevo. El viejo era dueño de unas pocas tierras lindantes con la finca tapiada de los Shire. El hombre tenía una pinta agreste y el pelo tupido le asomaba a los lados de la cabeza y debajo de la gorra. Llevaba todo el año un sobretodo atado con una cuerda de bramante, y calzaba botas de

goma cubiertas del limo que dejaba fermentar por todo el corral. A propósito, para fastidiar a los protestantes, según decía papá, mierda católica de la buena. Cuando Johnsey era niño, aquel hombre de los Quigley pasaba en bicicleta por el camino frente a su verja, siempre saludaba alegre con la mano e iba hasta Clonvourneen. Todas las tardes sin falta, con lluvia, granizo, sol o tormenta, hacía aquel viaje. Pedaleaba en su vieja bici herrumbrada y chirriante aquellos kilómetros a la ida y a la dura vuelta a casa para visitar a un viejo tío suyo internado en el hogar de ancianos que allí había. Y allá se sentaba con él, charlaban, se tomaban un brandy, preparaba a su viejo tío para pasar la noche y se ocupaba de que estuviese cómodo. Según papá lo hacía para que cuando el viejo tío muriera, se lo dejara todo a él. Al final, después de haber hecho miles de kilómetros en bici, de haberse enfrentado a todos los elementos, el hombre se murió antes que su tío. Duró más que él, el muy cabrón.

Papá siempre decía que aquel hombre hizo lo que hizo por avaricia, y entonces Johnsey se lo creyó, porque cuando papá decía algo, siempre era verdad. Pero ahora, Johnsey no estaba tan seguro. A lo mejor lo hizo por pasar las tardes sentado en un sitio calentito, en compañía de alguien conocido a quien cuidar y con quien estar cómodamente en silencio. A lo mejor sabía que eso valía más que unas tierras cultivables o un montón de dinero manoseado, cubierto con las sucias huellas de las manos de otros hombres.

Abril

Papá dejaba las vacas fuera del establo a principios de abril. Las vacas se pensaban que las iban a ordeñar y hacían cola como tontas delante de la puerta del establo de ordeño. Entonces madre, papá y Johnsey las perseguían por el corral para conducirlas hacia la cañada y ellas miraban hacia atrás con sus ojazos asustados como queriendo decir, ¿estáis seguros? ¿De verdad nos podemos quedar aquí fuera? Madre solía decir, fíjate en las muy idiotas, venga, venga, viejas chochas, y los tres se quedaban observando mientras una de las veteranas se alejaba dando un paseo por la hierba y, las demás, al verla, se armaban de valor y la seguían. Las frisonas son unas criaturas de lo más mansas. Papá decía que, de haber sido limusinas, te habrían pisoteado para llegar al campo. ¡Habrían derribado la maldita pared!

Dermot McDermott se presentó en la casa un lunes por la tarde, a principios de abril. Johnsey lo hizo pasar a la cocina. Cuando entrabas al vestíbulo por el porche del frente, a la izquierda tenías la cocina, a la derecha, la sala buena. De ninguna manera iba aquel cabrón de pelo rizado a pisar con sus sucias botas la sala buena por la que tanto se había preocupado madre a lo largo de los años y que tanto había limpiado siempre por miedo a que se presentara alguna visita. Probablemente se burlaría para sus adentros al ver tanto cojín rosa con volantes y tanto tapete de encaje que madre colocaba en los respaldos del sofá y los sillones. Y en lugar destacado, en la pared encima de la chimenea, la foto de papá, madre y Johnsey, tomada cuando este era niño por un fotógrafo profesional de la ciudad, en la que salía con el pelo peinado hacia atrás y la ropa de domingo. Probablemente Dermot McDermott se lo pasaría en grande describiéndoselo todo a los peces gordos de su familia. Aunque probablemente ya se habían hartado de fisgonear por la casa cuando papá y madre murieron. Seguro que se encontraban entre la riada de gente que había ido a dar el pésame o presentar sus respetos. Johnsey no se acordaba bien; aquellas dos ocasiones eran como los sueños que retienes a medias al despertar.

¿En qué clase de tratos querían meterlo? ¿Acaso tendría que tomar una decisión o dar permiso para algo o hablar del arrendamiento de las tierras o conceder una servidumbre de paso o alguna de esas cosas de adultos que papá, Paddy Rourke o incluso madre serían capaces de arreglar con un gesto de la mano y unas cuantas palabras sencillas? Cuando hablaban de ese modo, el oyente no avezado podía marcharse sin mucha idea de lo que se había dicho, pero en aquellas conversaciones breves no se derrochaba una sola

palabra, cada frase contenía un cúmulo de significados. Dermot McDermott jamás le había dicho a Johnsey una mala palabra —jamás le había dicho a Johnsey más de cuatro palabras seguidas, la verdad —; tenía esa forma de no mirarte, o de mirar alrededor cuando te hablaba, como si no merecieras del todo su atención, por eso analizaba el paisaje circundante hasta que te ibas y dejabas de usurpar su valioso tiempo. Al menos no decía sandeces como sube a verme, baja a verme, la puerta está siempre abierta y demás embustes que la gente cree que son ciertos mientras los dice.

Así debían de sentirse aquellos hombres en las guerras antes de que el imbécil de un oficial tocara el silbato y tuvieran que encaramarse a lo alto de la trinchera y echar a correr hacia el enemigo. Ahí estaba él sintiendo el mismo miedo atroz ante una conversación. La idea de tener que hablar con un tipo de su edad, que vivía al otro lado del camino, era como correr en dirección a un ejército de alemanes locos que te disparaban con ametralladoras. Imagínate. A él lo habrían matado por cobarde, eso seguro. Aunque quizá correr, disparar un fusil e intentar que no te volaran por los aires fuera más fácil que hablar. Era menos complicado, eso seguro. Si sobrevivías, probablemente no te pasabas esa noche despierto pensando, ¿habré quedado como un subnormal al cruzar corriendo el campo cubierto de alambre de púas? ¿Estarán los demás soldados riéndose de mí?

Dermot McDermott quería saber si podía comprarle las tierras.

A Johnsey lo pilló desprevenido. Se limitó a quedarse allí de pie con la boca abierta, mirando a Dermot McDermott como un auténtico imbécil, mientras las palabras le daban vueltas en la cabeza como las bolas de la lotería. Dermot McDermott le comentó que pronto aumentaría su cuota de leche, y, alucina, quería asegurarse las tierras. ¿Cómo es que no pudo decirle que se fuera a cagar al sereno, que nadie iba a comprar las tierras de su padre? Para colmo, le dijo a Dermot McDermott que no lo sabía, que tendría que preguntar. ¡Que tendría que preguntar! Imagínate, decir semejante cosa. ¿A quién iba a preguntarle? Dermot McDermott echó miradas a diestro y siniestro y arrugó el entrecejo peludo, como buscando el fantasma al que había que consultar lo de las tierras. Quizá el espíritu de madre o de papá saliera de la chimenea y dijera, anda, hijo, tú vete al corral, que nosotros nos encargamos del asunto. Probablemente se les daría mejor a ellos estando muertos que a él estando vivo.

¿Por qué el cáncer no se metió en sus asuntos en vez de meterse con papá? ¿Por qué madre no pudo aguantar un tiempo más sin papá?

¿No era una verdadera ofensa que a uno lo dejaran tirado, sin la cena ni la cama hecha, y que tuviera que vérselas con vecinos taimados por asuntos como las tierras y no sé qué más? Era una ofensa a Dios, eso seguro. Oía cada palabra que había dicho, clara como el agua, el eco le vibraba en el cráneo duro, y le entraban ganas de apagar las luces, taparse la cabeza y no volver a salir a la luz del sol. «Tendré que preguntar». Ay. Madre. De. Dios.

Mantener una conversación así, cuando menos te lo esperas, cuando no estás preparado, podía quitarte las fuerzas. Debías dejar que las ideas fueran y vinieran solas. No tenía sentido obligarte a pensar las cosas o a no pensarlas. Podías salir perjudicado si tratabas de resolverlas demasiado deprisa. No había manera de vender las tierras. Total no eran suyas. El tío Michael, que se cayó y se mató en Londres, el abuelo, papá, los tíos abuelos del IRA, seguían todos rondando por la finca, Johnsey lo sabía, vigilaban. Él era el último de la estirpe, imagínate. Debían de estar bien disgustados por eso. Vender las tierras sería el colmo. Podías ser una gran decepción y que no te lo tuvieran en cuenta porque eras un subnormal y no estabas en pleno uso de tus facultades. Ahora bien, vender la finca y pasarte el resto de tu vida con el culo pegado a la silla, viendo la televisión, sin tierras y además sin amigos, eso sería lo peor de lo peor.

Johnsey echó un vistazo a la cocina. No relucía como los chorros del oro, pero la había mandado adecentar bastante bien. Dermot McDermott no podía ir a contarle a la vieja bruja de su madre que la tenía como una pocilga porque, desde luego, Johnsey era incapaz de arreglárselas solo. Pero imagínate que fuera un mal tipo, que lo vendiera todo y al diablo. ¡Imagínate la de cosas que podría comprar! En la cuenta bancaria que antes era de madre y ahora era suya había dinero. Era lo que el seguro le había pagado al morir papá. En la cuenta del Credit Union del pueblo también había un montón de dinero suyo que madre había ido ahorrando a lo largo de los años. Una de las tías se lo había dicho y también le había dicho cómo hacer si lo necesitaba, pero ¿para qué iba a necesitarlo? Todo lo que tenía que ver con el dinero, con las escrituras y demás estaba bien guardado arriba, en el despachito de papá, y ahí seguiría hasta que consiguiera hacer algo de sitio en su cabeza para esos asuntos. De todas maneras, no podías vender lo que no era tuyo, y las tierras nunca serían realmente suyas. Podía vivir en ellas y recorrerlas, había pasado años ayudando a cultivarlas, o al menos pateando detrás de papá y esmerándose en no fastidiar nada, pero no estaba hecho para eso como papá. Si aceptaba dinero y permitía que la finca dejara de estar en manos de los Cunliffe, sería un traidor y un canalla.

Papá siempre había hablado del dinero como si fuera un incordio del que había que ocuparse a ratos perdidos. Madre le echaba en cara esa actitud, era des-cui-da-do. Jamás verías a los McDermott, o los Flynn, o los Creamer no ocuparse de su dinero. Ni a los Grogan del pueblo, que irritaban a madre a más no poder y eran dueños de la tienda de comestibles y la oficina de correos, de la mercería y la ferretería, de la funeraria y el bar, del hotelito y el garaje, de una granja y fincas propias y de tres o cuatro más heredadas (¡ellos sí que sabían!) y el consejo de administración del Banco de Irlanda no podía ni tirarse un pedo sin permiso de Herbert Grogan de tanto dinero que tenía depositado en sus cuentas, y reclamaba dietas cada vez que se rascaba, imagínate, porque todos los imbéciles del lugar seguían votándolo para el Consejo del Condado y ¿acaso crees por un segundo que Herbert Grogan hacía en un mes el trabajo que tu padre hacía en un día? ¡Ni a tiros! Eso sí, la astucia le salía hasta por las orejas, ahí estaba la diferencia. Era más listo que el hambre, el tipo ese.

Madre se preguntaba por qué un hombre que trabajaba tanto le daba tan poca importancia al dinero que conseguía con su trabajo. Además de cultivar la tierra papá era albañil. Aceptaba sin rechistar lo que los constructores le pagaban. Nunca le dio por pedir un aumento. ¿No era propio de hombres querer que te pagaran adecuadamente por el dolor de tu espalda o el sudor de tu frente? Había tratado de enseñarle a Johnsey a colocar bloques de hormigón, pero le faltaba habilidad. Tenías que ser muy hábil para destacar en ese oficio. Había que colocar bien la plomada, tener mano firme con el esparavel, buen ojo para poner bien el bloque en su sitio. Johnsey no tenía problema en sostener el bloque con una mano, pero no podía colocar la argamasa al mismo tiempo. O podía colocar la argamasa pero solo si con la otra mano no tenía que hacer algo más. A la larga, papá le quitaba el esparavel y el bloque y le pedía que fuera a asearse, que ya se marchaban. Si Johnsey se volvía a mirar atrás, por regla general, lo veía negar con la cabeza.

Madre le decía a menudo que cuidara el trabajito que tenía, que con él se mantendría. El que no trabaja, no consigue trabajo, decía. Aunque no tuvieras mucha traza para cultivar la tierra o para una carrera profesional, debías ser puntual, concienzudo y trabajador. Debías sacar el mayor partido a lo que tenías. ¿Qué tenía Johnsey? Una cabezota dura en la que no entraban más que pensamientos negros sobre cuánto odiaba estar solo en esta tierra y dos manos grandes que para lo único que servían era para levantar sacos de fertilizantes y patatas, y un corazón cobarde y roto. ¿Cómo superar todo eso y llegar a un lugar de razón, felicidad y alivio? ¿Cómo podía tu mente estar tranquila cuando debías andar siempre con miedo al siguiente grito de ese perro viejo de Packie o al siguiente comentario agudo, el siguiente desprecio o la siguiente patada de Eugene Penrose? ¿Cómo podías considerarte hombre cuando venías de una familia de hombres capaces de enfrentarse al diablo en persona y tú eras incapaz de enfrentarte a un viejo mamarracho enfadado o a un soplagaitas de tres al cuarto?

El día siguiente se presentó ventoso y bravo. Una brisa que, al azotar las paredes altas de la entrada, arrancaría con rapidez la suavidad que los últimos días habían traído consigo y haría lo imposible por empujarlo hacia dentro. Nadie le había dicho a este viento, oye, cálmate un poco, que ya casi estamos en verano. Luchó contra él todo el trayecto hasta el pueblo y entonces, justo cuando llegó al viejo surtidor, los cielos se abrieron y un tremendo chaparrón de lluvia helada descargó sobre él. Llevaba la chaqueta sin capucha, claro. Y mejor que no te vieran con paraguas a menos que fueras mujer o muy viejo. Si subía la calle a toda velocidad debajo de un paraguas, se lo quitarían a la fuerza y seguro que se burlarían de él llamándolo maricón.

A Packie le hizo mucha gracia verlo llegar congelado y hecho una sopa. Se rio y negó con la cabeza como queriendo decir, de un gordo idiota solo se puede esperar que se deje sorprender por un chaparrón, y lo mandó ponerse delante de la Dimplex. La estufa secaba poco, no era nada del otro mundo: la cooperativa era una cueva inmensa y húmeda y la Dimplex estaba vieja y cansada, y probablemente tan harta de oír a Packie rezongar por su mal funcionamiento como Johnsey. Antes de que el aire caliente le hubiese llegado a las piernas empapadas, Packie se cansó de tanta beneficencia y mandó a Johnsey a freír espárragos al almacén exterior. Al menos le lanzó un poncho. Johnsey se lo puso y aquella piel de plástico hizo que sintiera más frío aún.

Packie quería que despejara un espacio porque esperaba una remesa de las gordas. Hacer una limpieza a fondo llevaría una jornada completa o tal vez dos. En algunos sitios tenían carretillas elevadoras; en la cooperativa de Packie tenían un burro grande de carga llamado Johnsey Cunliffe. La remesa llegaría a las cuatro, mala suerte; el plazo para despejar el almacén terminaba a las cuatro. Había que trasladar de uno en uno hasta la pared lateral la tira de palés; sacos y sacos de pienso cubiertos con una lona que había que destapar, entrar y hacerles sitio; estantes repletos de palas y bieldos y accesorios de jardinería que Packie había comprado hacía tiempo, cuando le dio la ventolera de pensar que la gente de la ciudad iría al pueblo a comprar herramientas de jardinería en una pequeña cooperativa del campo. Packie se creyó que sería el no va más. Hasta Johnsey se daba perfecta cuenta de que Packie Collins nunca volvería a ser el no va más. Quizá en algún momento llegó a ser una gran atracción, cuando el hecho de que su familia tuviera la cooperativa lo convirtió en la hostia en lata.

La remesa gorda llegó media hora tarde. Una suerte, la verdad, porque apenas había dado tiempo a terminar de despejar cuando el camión llegó ruidoso subiendo la cuesta y resoplando y chirriando se detuvo frente a la entrada del almacén. Packie estaba como una vieja en un mercadillo de beneficencia; daba vueltas como loco y hacía como si le importara un pito lo que se avecinaba, pero se notaba que la rojez le iba subiendo por el cogote y que los ojos se le salían de la cabeza colérica un poco más de lo acostumbrado. El camión llegó cargado de madera, tablones largos y limpios, de diez por cinco, de diez por diez y demás.

Al día siguiente, justo antes del almuerzo, descargaron dos enormes contenedores azules de dos camiones provistos de largos brazos articulados con cadenas que servían para levantar cosas y dejarlas en el suelo. Había que echar a los contenedores las estanterías de madera que Packie había llenado de plantas y flores en los tiempos en que era el no va más junto con todas las cosas sin usar, inservibles, pasadas de moda y rotas que vivían en el almacén de Packie. Johnsey llegó a pensar que lo mandaría meterse dentro él también, así de despiadada fue la purga de Packie. Incluso agarró un hacha y fue donde las estanterías, pero en cuanto dio unos hachazos, se le cayeron las gafas y entonces maldijo, escupió, se desarremangó las mangas del guardapolvo, se fue para dentro y se metió detrás del mostrador.

La siguiente remesa sería de bloques de hormigón. Un tipo con cara de hurón, que llevaba una carretilla elevadora guardada en la trasera del camión, los depositó en el almacén exterior. Trabajó deprisa y, con exactitud maligna, colocó los palés de bloques uno al

lado del otro, a lo largo de la pared del fondo. Puso nervioso a Johnsey. Ni él ni el almacén estaban acostumbrados a un ruido y una actividad tan frenéticos. Packie no paraba de restregarse las manos. Hasta la vieja Biddy, la mujer barbuda de Packie, llegó para echar un vistazo a la remesa gorda, bien alineada ahora como una fila gris de soldados extraterrestres gigantescos. Biddy tenía pinta de gata demasiado bien alimentada. Johnsey se la imaginaba limpiándose la crema de los bigotes de un lengüetazo.

Después trajeron una remesa de sacos de cemento. El cemento había que colocarlo en un lugar seco por miedo a que empezara a fraguar. Johnsey no podía creer el tremendo peso muerto de los sacos. Cuando terminó, le dolían los brazos y las piernas. Aunque la espalda la tenía bien; Packie se empeñó una vez en enseñarle un vídeo sobre cómo levantar cosas pesadas sin fastidiarse la columna. Debías poner todo el peso en las piernas y sujetar la carga bien pegada al cuerpo.

Ese día Eugene Penrose y los chicos en paro estaban acechando en el surtidor. Al parecer habían establecido un nuevo campamento, más cerca de la cooperativa para no tener que esperarlo tanto por las tardes. Eso de atormentar al prójimo debía de ser un trabajo que daba sed: todos bebían latas de cerveza Harp. Johnsey se preguntó cómo sería pasarse el día entero bebiendo latas de Harp. ¿Una gran jarana? Estar en paro debía de ser divertido porque Eugene y sus amigos siempre se estaban riendo. Hoy los acompañaba un chico nuevo; Johnsey supo que era de la ciudad: llevaba los pantalones del chándal metidos dentro de los calcetines. Los chicos de la ciudad los llevaban siempre así. Los veías en pandillas por la zona del mercado si ibas con papá, todos llevaban las perneras del chándal metidas dentro de los calcetines. Quizá era para que no se les engancharan con algo cuando salían por pies delante de la policía.

Eugene Penrose dijo, ahí viene Comemierda Cunliffe con su granja y sus tierras que valen millones y encima con un trabajo de fábula cuando toda la puta parroquia está en paro. ¿Veis a ese tipo, muchachos? ¡Está cargado de millones, muchachos, y todos los días va a la cooperativa a trabajar de retardado para Packie Collins!

El chico de la ciudad tenía más pinta de duro que los otros tres. Y una de esas caras afiladas, con mala baba, como las de muchos chicos de la ciudad, y en el cuello llevaba tatuados tres pájaros azules. Le volaban en dirección a la oreja. Tenía la cabeza rapada. Miraba a Johnsey con una sonrisa de exaltado, como haría un niño ante un animal del zoo que viera por primera vez. Tuvo que mirar a sus nuevos amigos para asegurarse de que estaban viendo lo mismo; y que

ese gordo, con aspecto blandengue, hijo de un granjero, que acababa de acercarse a toda velocidad para proporcionarle diversión, era real.

Johnsey no creía que toda la parroquia estuviera en paro. Muchos chicos tenían un negocio, otros estaban empleados en la ciudad, y otros más se habían ido a tomar por saco y eran profesionales en Dublín y otras capitales grandes. Los chicos que habían salido corriendo por la verja del colegio para cruzar la puerta de la fábrica de carne eran los que ahora estaban desempleados. Los sitios así nunca iban a durar, decía papá. Solo podías contar con los árabes para que te compraran toda esa carne de ternera, y había montones de países haciendo cola para vendérsela más barata.

Eugene Penrose dijo, cuando te den todos esos millones por la granja, seguirás teniendo a Packie Collins dándote por culo, me imagino.

¿Por qué seguía insistiendo con eso de los millones? Papá siempre decía que la granja no valía una mierda. Ya se sabe, los que no son de campo siempre van por ahí diciendo que los granjeros son todos millonarios. Madre siempre lo había dicho. Eugene Penrose se le plantó delante, Johnsey notaba en la cara su aliento tibio y rancio y vio en sus ojos unas venitas rojas zigzagueantes. Eugene respiraba con fuerza por la nariz y su morro húmedo temblaba como el de un torito. A Johnsey no le habría extrañado nada que se hubiese puesto a escarbar el suelo con el pie.

Eugene se fue acercando, faltaba poco para que sus narices se tocaran y Johnsey notó esa conocida flojera entre las piernas. Dwyer dijo una vez que era la forma que tenía la naturaleza de velar por los cataplines de los hombres, esa sensación de flojera, de encogimiento, eran tus huevos que se retiraban hacia arriba para cobijarse de la violencia, de modo que si un tipo llegaba a patearte, tú pudieras seguir cumpliendo con tu mujer y la supervivencia de la humanidad quedara a salvo. Según dicen, los hombres han venido recibiendo patadas en los huevos desde hace millones de años, así que la naturaleza tuvo que hacer algo al respecto por temor a que no quedaran espermatozoides capaces de nadar en línea recta. Eugene Penrose le estaba preguntando, ¿es así? ¿O no es así, granjero comemierda?

Su cara estaba como crispada, los labios dejaban los dientes al descubierto y las cejas se habían puesto de acuerdo para formar una V que le daba a sus ojos un aspecto enfurecido. Tenía cara de malvado. ¿Cómo era que Johnsey acababa siempre castigado por lo peor de esa

maldad?

Algunos muchachos, al verse enfrentados a napias llenas de mocos como las de Eugene Penrose, echarían el brazo hacia atrás y le pegarían una trompada en toda la jeta tan deprisa que lo dejarían fuera de combate antes de que se enterase de cómo lo habían golpeado. O le meterían un cabezazo en todo el morro. Una vez, en un partido de hurling, Johnsey vio a un chico menor que él quitarle el casco a uno de los jugadores de los Toom y destrozarle la cara a puñetazos. Johnsey nunca había sido capaz de dar una patada o un golpe a nadie. Siempre había algo que se lo impedía. Probablemente se debía a esa gran veta cobarde que, de algún modo, a contrapelo de la naturaleza y la estirpe, había encontrado la manera de colarse en su alma. ¿Qué poder tenía una veta cobarde? Podía paralizar el brazo y la pierna de un hombre y aunque su cabeza le ordenase que atacara, la veta cobarde lo obligaba a encogerse, a replegarse sobre sí mismo, a convertirse en erizo, en una pequeña bola temblorosa frente a las ruedas de un coche.

Eugene Penrose le estaba diciendo, pero qué pinta tienes, gordo imbécil. ¿Qué haces tú en esa granja, si puede saberse? ¿Darle por culo todas las noches a una oveja distinta? El chico de la ciudad se partió de risa. El truco consistía en tratar de seguir andando hacia la derecha o la izquierda y si el otro empujaba hacia atrás, había que inclinarse hacia delante de modo que se pudiera seguir avanzando y, a la larga, con la ayuda de Dios, el otro se cansaba del juego y tú podías dejarlo atrás. Pero hoy Eugene lo empujó con más fuerza, y al tercer empujón, Johnsey cayó al suelo. Se quedó sin aliento. Sus piernas perdieron por completo la voluntad de ayudarlo. Miró calle arriba; no había un alma. Miró a su izquierda; los chicos en paro estaban dejando las latas en la pared, alrededor del surtidor. Supo que iban a darle una paliza.

Se dio cuenta de que los dos que iban con Eugene Penrose no estaban tan interesados en el jaleo como su jefe, pero que seguirían adelante porque le tenían miedo. El de la ciudad era otro cantar. Sonreía de oreja a oreja, reía dando alaridos agudos y estaba claro que pensaba plantarle a Johnsey una de sus sucias zapatillas en alguna parte del cuerpo. «Zapas» las llamaban los chicos. Ahora solo le quedaba hacerse un ovillo y cubrirse la cabeza lo mejor posible. La última vez que le había pasado algo así fue a poco de cerrar la fábrica de carne, un día en que Eugene Penrose lo pateó en el estómago tan fuerte que lo dejó un buen rato sin respiración y cuando se levantó, se sintió tan débil que casi volvió a caerse y vomitó al costado de la calle justo antes de llegar a casa. Al entrar, madre le dijo que estaba más

pálido que un muerto. Cuando él le dijo que no se sentía bien, le preparó un baño, le dio sopa y comentó que si al día siguiente seguía igual, llamaría a Packie Collins para decirle que estaba enfermo y que no iría a trabajar. El recuerdo de la ternura de madre le partió el alma.

Cuando Johnsey era niño durante un verano entero tuvo siempre el mismo sueño. Fue el verano en que Bonesy Donnell murió y su aserradero quedó clausurado y cerrado con llave. Bonesy siempre había atemorizado a los niños, no adrede, simplemente por ser jorobado, andar doblado, tener los brazos más largos de lo normal, el dorso de las manos cubiertas de vello tupido y una especie de sonrisa loca que hacía que su amabilidad pareciera más un deseo de comerte sin sal. Unas cuantas noches papá había tenido que calmarlo, y en una ocasión, lo levantó con cuidado de la cama, lo llevó en brazos pasillo abajo hasta su dormitorio, madre le dio un beso, lo arropó y dejó que durmiera toda la noche entre los dos. Pero, que él recordara, aquello pasó una sola vez.

En el sueño pasaba delante del portón alto de madera maciza del aserradero. Siempre estaba cerrado con un candado grandote y se notaba que era irrompible. Detrás del portón oía ruidos, como si alguien en el interior estuviese usando una sierra circular enorme, pero no lo hacía bien, porque el ruido que oía era el de alguien intentando serrar algo de forma menos regular que la madera, y más húmedo. Y el grito del metal al serrar cambiaba por un grito humano justo cuando el candado se partía en dos y salía despedido en mil pedazos y el portón del aserradero se abría hacia dentro y él se quedaba ahí de pie, clavado al suelo, sin poder moverse mientras una silueta negra y jorobada surgía entre las sombras y entonces veía que la silueta negra levantaba la sierra circular y el banco donde estaba montada y que la cuchilla chillona se le iba acercando y entonces se despertaba sin aire en los pulmones, con las mantas en el suelo y la sábana húmeda de sudor, y una vez, empapó de pis el pijama.

Cuando Johnsey volvió en sí no veía nada. Seguía en el suelo; notó que su mano estaba en un charco de agua y olía a lluvia y a algo más que era húmedo y sucio, como si un perro mojado anduviese rondándolo. Notó un sabor metálico en la boca. Apenas logró distinguir una luz titilante y a alguien que le decía con voz suave, te pondrás bien, chico; después sintió que lo levantaban, oyó un portazo, un motor que arrancaba y se desvaneció. Volvió a soñar lo mismo, esta vez la silueta negra tenía cara, la del muchacho de la ciudad; salía del aserradero vociferando, gritándole que era un mariconazo, un gordo hijo de puta y hasta Eugene Penrose se mostraba un tanto sorprendido, ya no participaba y decía, joder, venga, a la mierda,

déjalo estar.

Cuando despertó otra vez, estaba en una cama. No era la suya, era más dura, con barras metálicas a los costados. Estaban frías al tacto. Olía a algo parecido a desinfectante Dettol mezclado con caca. Estaba bastante seguro de que tenía los ojos abiertos, pero aun así no veía nada. Una voz de mujer joven, suave y tranquilizadora, preguntó, ¿ya estás despierto?, y lo llamó «cariño» y le dijo, no te preocupes, te recuperarás, el médico vendrá a verte enseguida. Después dijo unas palabras que no entendió y se alejó taconeando.

Estuvo unos minutos tratando de que los pensamientos le vinieran uno detrás de otro en vez de todos juntos. Se encontraba en el hospital, obvio. Recordó con claridad que Eugene Penrose lo había sentado de culo de un solo golpe. Con Eugene y los otros iba un chico de ciudad, y Johnsey recordó a aquel chico descargar sobre él un remolino de puñetazos y patadas pero, en realidad, era como si estuviese observando lo que pasaba a través del cristal de la ventana de un lavabo. Recordó también que llegó a pensar que aquel tipo lo mataría, que saldría en las noticias, que se vería el surtidor con la cinta amarilla alrededor y una agente de la Garda vigilando la escena del crimen y un ramo de flores de los Unthank, que entrevistarían al azar a los vecinos del pueblo y que estos dirían, nunca le hizo daño a nadie, sus padres eran encantadores, era reservado y no se metía con nadie, ¿no es una ofensa al Señor que esto haya podido pasar en un pueblo tan bonito como el nuestro?

Unos puntitos de luz se encendían y se apagaban; era cuanto podía ver. Debieron de patearlo en los ojos. ¿Era posible arrancarle los ojos a alguien de una patada? No parecía probable. Sin embargo, madre siempre decía que los de ciudad eran capaces de cualquier cosa. Recordó que sintió como si algo le estallara en la cabeza cada vez que la zapatilla de aquel desgraciado le daba. Tendría que haberse cubierto mejor. Pero recordó la sensación de dejar de resistirse y de venirse abajo que se apoderó de él y debió de ser después de eso que sus defensas se derrumbaron por completo.

Ahora sí que estaba preocupado: sin madre ni padre que lo cuidaran y más ciego que un topo. ¿Sería capaz, en esas condiciones, de ponerle un cartucho a la escopeta de papá? Con su mala suerte, erraría el tiro y en vez de volarse la cabeza, se volaría la cara y se pasaría el resto de su vida siendo un monstruo ciego, sentado en una silla en alguna parte con la gente haciendo cola para verlo y llevarse un susto. Algunos tendrían incluso el valor de acercársele y tocarlo. Otros se taparían la cara y se atreverían a mirar solo a través de los

dedos, sobre todo las mujeres. Los niños se echarían a llorar y tratarían de salir corriendo, pero sus padres los obligarían a mirar y dirían, mirad bien lo que os espera si sois descarados, ese de ahí es el coco que se come a los niños descarados. Y él seguiría ahí sentado, sin ver, con un solo ojo como el viejo Cíclope y, dentro de la cuenca, un globo ocular inutilizado dando vueltas como loco.

Si aquellos vecinos de los parientes de papá fueron capaces de entregarse al diablo con tal de agenciárselas para conseguir unas tierras que no eran suyas, ¿por qué no podía Johnsey hacer ahora lo mismo para levantarse de la cama y ser un hombre diferente? Podía hacer un pacto solemne por el que al morirse iría derechito al infierno y ardería en sus llamas por toda la eternidad. A cambio se transformaría en un hombre capaz de levantarse de aquella cuna de cobarde, con la vista recuperada, el cuerpo cubierto de músculos como aquel vampiro guapo y con novia rubia, le daría una palmada en el trasero a la enfermera y luego se iría de allí vestido con un traje gris elegante y gafas de sol, y todo el mundo se quedaría observando con asombro a aquel héroe apuesto saliendo del hospital con paso marcial y al menos una mujer se desmayaría al verlo. Dios lo había abandonado, ¿así que por qué no iba a cambiar de bando? En una de esas el diablo le dejaba llevar las riendas.

Aunque justamente eso era lo malo del diablo, Johnsey lo sabía: era capaz de prometerte el mundo entero, con mares, bosques y cuanto crece en él y luego no darte a cambio más que tormentos. ¿Acaso no había usado ese viejo truco con Jesús nuestro Señor en el desierto cuando estaba muerto de hambre y de sed? La mentira es la moneda del diablo. A Jesús no ibas a pillarlo haciendo tratos como esas gentes que tenían todas las tierras que querían, porque no tenían alma inmortal y para ellas no se abrirían las puertas del Paraíso.

La enfermera de la voz bonita entró otra vez como un susurro para decirle que el médico estaba muy ocupado y que lo visitaría en la ronda vespertina normal. En ese momento eran las dos. Había tenido una mala suerte tremenda con los ojos, según comentó la Voz Bonita. Sus pobres ojitos habían sufrido dos golpes de mala suerte distintos: Eugene, el chico de ciudad y los otros dos gorilas le habían arrancado de cuajo el ojo izquierdo. Un cirujano se lo había vuelto a coser. La retina del otro ojo se le había salido del sitio y el mismo cirujano tuvo que sacarle el ojo de la cabeza, arreglárselo y volver a ponérselo, pero tardaría unas cuantas semanas en curársele del todo; el resultado final era que no se quedaría ciego para siempre, a que eran buenas noticias; Johnsey supuso que lo eran.

Las otras noticias, dijo la Voz Bonita, eran que tenía el brazo derecho roto por dos sitios, las fracturas eran limpias y ya se lo habían escayolado, también tenía tres costillas rotas, pero esas tendrían que soldarse solas porque no se podían enyesar. Tenía «múltiples contusiones» en piernas y espalda. Cuando lo ingresaron, tenía la cabeza hinchada pero el cerebro no había sufrido daños (no me extraña, casi se le escapa, no había ahí mucho que dañar) y la hinchazón ya casi había desaparecido, luego le habían hecho un «es can» y a partir de ahí Johnsey volvió a perderse, nadando a contracorriente en la marea de grandes palabras.

Quería preguntar algo muy importante pero ni muerto pensaba incomodar a la dueña de aquella voz bonita. ¿Cómo iba a arreglárselas para ir al retrete? Y justo cuando la pregunta se materializó ante sus ojos ciegos, ella la contestó, como si pudiese leer sus pensamientos fragmentados —le habían colocado un «gato éter» que le permitiría vaciar la vejiga. No entendió bien qué pintaba ahí el gato. Ahora que ella lo mencionaba, por allá abajo había algo que no acababa de funcionar del todo. Notaba en la picha algo bastante raro; no era dolor, pero tampoco el colmo de la comodidad. ¿Qué le pasaba? Ojalá que al gato éter ese no le diera por pegarle un mordisco.

¿Y si le entraban ganas de cagar? Se quedó quietecito con la esperanza de que la enfermera también viese esa pregunta flotando en el aire. Y la vio, claro que la vio. La Voz Bonita le dijo que debía avisarle cuando quisiera hacer de vientre, que ella le echaría una mano. Por el amor de Dios, ¿cómo iba la Voz Bonita a ayudarlo a hacer de vientre? ¿No había un gato éter al que pudieran encargarle esa asquerosa tarea? Ella tomó su mano sana entre las suyas, se la guio hacia atrás y en dirección a la cabeza hasta tocar una perilla grande, entonces le dijo que debía pulsarla cuando quisiera llamar a una enfermera. Su turno estaba a punto de terminar, pero siempre habría alguien para atenderlo. Después se oyó el traqueteo de un carrito y el sonsonete de una voz de ciudad dijo, hola, cariño, ¿qué vas a querer de cena, pollo, ternera o ensalada de pasta? Él contestó, ternera, gracias, y la Voz Bonita anunció que si todavía seguía allí, le echaría una mano para comer, a veces pasaban primero por este pabellón porque se encontraba más cerca de la cocina. Johnsey le rezó a ese traidor de Dios para que le sirvieran primero. Si iban a darle de comer en la boca como a un bebé enorme y roto, ya podía ser la Voz Bonita quien acompañara su mortificación.

Cómo calmaba aquella voz. Podías quedarte ahí tendido, escuchándola, y perderte en ella. Reconocerla a lo lejos, al fondo del pasillo y oírla aproximarse entre risas, saludos y palabras deliciosas

lanzadas aquí y allá con despreocupación. Y eso hizo Johnsey el resto de aquel largo abril: aguzar las orejas para oír la Voz Bonita y esperar a que volviese la luz. Como las flores del jardín, abriéndose paso en la oscuridad en busca del sol.

Menuda flor era él.

Mayo

Venga como venga, mayo siempre es un mes precioso. La víspera del primero de mayo debes sellar las lindes de tus tierras contra los piseogs, rociando con agua bendita las acequias y rezándole a la Virgen María para pedirle protección contra el mal. La madre de papá se llamaba May. Era famosa por su belleza. Y encima hacía reír hasta a las piedras. Mayo era el mes preferido de papá. ¿Sería porque su madre se llamaba como el mes? Quizá fuera porque era un mes de elegancia, belleza y aromas capaces de hacer que tu corazón se sintiera a punto de estallar. Papá no era de los que se explicaran mucho, claro; era su mes preferido, y punto.

Había un altar de mayo en el pasillo, fuera de la habitación de Johnsey. La Voz Bonita le habló de él. ¡Tendrías que haber visto a la que lo montó y la cantidad de narcisos que puso a los pies de Nuestra Señora! A este paso, le saldrá un halo. ¡La muy zorra qué tonta es!

Algunas cosas son fáciles de hacer cuando no te queda más remedio que hacerlas. Como cagar en una cuña delante de la enfermera. O dejar que los médicos te palpen por partes, te examinen y te hablen con palabras raras que no suenan a inglés normal. Pensándolo bien, daba la impresión de que siempre había sido así. Es fácil que te pasen cosas. Lo único que debes hacer es existir. Lo difícil es reaccionar y hacer que las cosas pasen. Como las palabras: es fabuloso oírselas decir a otros, y si quien las dice es la Voz Bonita son como un helado 99 con su trocito de chocolate en rama en pleno verano; mucho más complicado es ordenarlas por tu cuenta. No hay placer alguno en escucharte a ti mismo, no te quepa duda, solo sufrimiento cuando te das cuenta de tu propia estupidez.

Los Unthank, siempre fieles, iban a verlo casi a diario. El mismísimo daba vueltas alrededor de la cama y la mismísima lo mandaba sentar y el hombre resoplaba por la nariz como si estuviese enfadado. Ella le decía a Johnsey, pobre cielito mío, y el mismísimo volvía a resoplar como para mostrarse de acuerdo. Un día, él se fue al baño, a la tienda o vete a saber dónde, y ella se inclinó sobre la cara de Johnsey, que percibió el olor a perfume, a pan y a misa que desprendía; entonces ella dijo, el mismísimo siempre habla de ti, sabes, y de la paliza que te dieron. Esto lo ha afectado mucho, más de lo que lo ha afectado nada en toda nuestra vida.

Johnsey se limitó a asentir.

Ella siguió diciéndole, la primera noche que te trajeron al hospital, se fue como un toro enfurecido a Ashdown Road y a las Villas, poco le faltó para entrar en casa de los Penrose por la ventana, allí estaban tres o cuatro de ellos; era tal su indignación que no fue consciente del peligro y los insultó a base de bien a todos y a cada uno de ellos, y al joven Penrose le dijo que si llegaba a mirarte siquiera de reojo otra vez, sería lo último que haría en la vida, y los otros se le rieron en la cara.

Johnsey notó un picor debajo de las vendas. Sal en las heridas. El mismísimo regresó y la mismísima se apartó. Llegó resoplando todavía más, había subido las escaleras.

¿Te comes un Twix, Johnsey?

Sí, gracias.

Comerse un Twix era fácil.

Había venido la policía, claro. Un tipo con barba, camisa y corbata —un inspector, nada menos— y un muchacho flaco de uniforme, según le había dicho la Voz Bonita. Fue poco después de que recuperase el conocimiento. Le preguntaron qué había pasado y les contó que no se acordaba demasiado, aparte de que lo empujaron, lo zarandearon y lo tiraron al suelo y que, al parecer, un tipo al que no conocía de nada y que llevaba unos pájaros tatuados en el cuello le había tomado mucha antipatía. Al oír aquello, los policías se rieron un poco. Le dijeron que no se preocupara, que volverían cuando recuperase la vista y entonces podría ver una foto e «identificar formalmente» al muchacho de los pájaros en el cuello, pero ya lo habían interrogado, igual que a sus tres compinches y les habían advertido muy claramente que no debían salir del pueblo. Johnsey les dijo a los policías que, para ser sincero, prefería que se fueran al carajo; ellos volvieron a reírse y por un instante Johnsey casi se sintió a gusto consigo mismo.

Uno de los médicos era especialista en ojos. Lo visitaba casi todos los días, le echaba un vistazo debajo de las vendas, soltaba un hummm o dos y luego se iba y seguía con sus cosas. Sonaba a extranjero. Se llamaba doctor «Blosfrys», «Blasfrys» o algo raro por el estilo. Un día, la Voz Bonita le dijo a Johnsey que ella lo llamaba doctor Bolasfrías y a él le dio tal ataque de risa que tuvo miedo de que se le saliera el gato éter. Esa enfermera era la monda, tal como habría dicho papá. ¿Qué haría cuando volviera a ver? Cuando se le curaran los ojos y la cabeza hinchada, y los riñones magullados y el brazo roto dejaran de

ser una preocupación, seguramente le darían el alta. No lo dejarían hacerse el enfermo. Y en su casa vieja y fría no habría ninguna Voz Bonita entrando y saliendo de los cuartos tan campante.

Packie Collins se presentó para inspeccionar al paciente ingresado; Johnsey se lo imaginó mirándolo desde arriba, con una mueca en la cara y arrugando la nariz como quien se descubre algo pegado en la suela del zapato. Quiso saber en qué diablos andaba para meterse en semejante pelea callejera. Johnsey no le contestó. Ahí mismo tomó una decisión: nunca más volvería a poner los pies en la cooperativa. Ya llevaba bastante tiempo cuidando de su trabajito. En eso consistía el secreto de tomar decisiones, en no pensarlas mucho de antemano y limitarse a hacer lo más conveniente para sentirse como un hombre de verdad. Como papá en el mercado cuando decidía la compra de un animal o el tipo de Urgencias que saltaba encima de la mesa del quirófano y hundía la mano en la garganta del muchacho para salvarle la vida.

Packie dijo que había tenido que buscarse a un chiquito joven para que le echase una mano. El trabajo se había animado un montón. Empezaban a construir muchos edificios por la zona y el almacén de la cooperativa sería una especie de «base de operaciones» para los constructores. Es un chiquito extranjero. Y fíjate lo que te digo, tendrías que ver cómo trabaja. Packie debía de haber superado la tremenda aversión que les tenía a los extranjeros. Johnsey dijo: te lo puedes quedar para siempre, Packie, ya no volveré a trabajar contigo, y en cuanto soltó aquellas palabras, tuvo la sensación de no haberlas pronunciado de veras; prestó atención por si oía su eco en el cerebro y esperó a ver si las notaba depositarse en su cara como la niebla fina de la cascada que había al lado del hotel donde se casó el primo de madre cuando Johnsey era niño. Incluso llegó a pensar que no habían salido de su boca cuando Packie dijo, vaya, vaya, vaya. ¡Lo que faltaba! ¡Aunque claro, ya lo entiendo! ¡El tonto soy yo por pensar que el señorito Cunliffe me iba a dar las gracias por guardarle el puesto hasta que se curara!

Qué fácil era ser valiente cuando no veías el resultado de tu valentía. Seguramente podías pegarle a un muchacho un puñetazo en la cara más rápido si no tenías que mirarlo a los ojos. Oyó a Packie retroceder. Se había quedado de piedra. Tal cual. De vuelta en la cooperativa contaría lo de Johnsey a quien quisiera oírlo. Lo tacharía de granuja e ingrato y andaría malhumorado, pero por dentro estaría dando saltos de alegría. Lo sabía todo el mundo, a los extranjeros no había que pagarles tanto. Packie dijo, vaya, vaya, vaya, unas cuantas veces más y después se largó.

Vaya, vaya.

Que te vaya bien, viejo soplagaitas.

La tía Theresa hacía su aparición triunfal cada tres o cuatro días y ponía a parir a todo Dios. La mitad de las veces aparecía con el marido y la otra mitad con la pobre tía Nonie, la solterona tímida. Papá llamaba a Frank «ese pobre cabrón», y aunque madre se hacía la ofendida en nombre de Theresa, después no podía disimular la risa. Papá decía que para que la tía Theresa se dignara mirarte debías tener una tienda en la ciudad y una granja en el campo. Muy pocos cumplían los criterios de respetabilidad de Theresa. Ni el mismo Jesucristo, que solo tenía una carpintería y le faltaban las tierras. Quedó demostrado porque los únicos que lo siguieron cuando recorrió este mundo fueron los pescadores, las prostitutas y los leprosos. Dios ponía a prueba a la pobre Theresa enviándole a gente como Johnsey con sus terribles adversidades. Tener semejante sobrino, que la dejaba en ridículo metiéndose en esos tremendos líos, era su penitencia por haber cometido unos cuantos pecadillos. Y Dios sabía que no eran nada del otro mundo, esos pocos pecadillos que había cometido y que todavía le echaban en cara, pero a algunos les toca una carga más pesada que a otros, y lo único que nos queda es soportarla sin abrir la boca.

La tía Theresa dijo que les había roto el corazón. Todos los domingos esperándolo y él metido en la panadería de los Unthank. ¡Y en misa ni siquiera los miraba! ¡Era lo único que les quedaba de la querida Sarah y fíjate tú qué pinta! El tío Frank o la tía Nonie le soltaban un chist pero no había chist que hiciera callar a esa. Aquello era el colmo, el colmo, y no se podía aguantar el disgusto constante. Una tarde, cuando tía Theresa estaba en pleno discurso sobre lo terrible que había sido que Johnsey se peleara con unos malas bestias y demás, entró el doctor Bolasfrías y, de repente, ella empezó a hablar como uno de esos protestantes caballunos de dientes tan grandes que no se les cierra la boca y que, de vez en cuando, van por la cooperativa a comprar pienso. Dijo, buenass tarrdess, doctor; el viejo Bolasfrías, como era su costumbre, soltó unos cuantos hummm y salió por pies. No tenía tiempo que dedicar a viejas irlandesas lameculos. La tía Theresa dijo que, allá en la India, el doctor estaría en una casta superior.

Supongo que sí, dijo el pobre Frank.

En la habitación solo había una cama más. Era una habitación «semiprivada». Resulta que Johnsey tenía el seguro VHI y no lo sabía.

Eso te permitía un tratamiento especial porque una gente de Dublín o de otro lugar pagaba la factura. Te ponían lo mejor de lo mejor. Imagínate, su madre seguía sacándole las castañas del fuego y eso que estaba muerta y enterrada. De todos modos, no le habría gustado que fuera a parar a uno de esos viejos pabellones de hospital; cualquiera sabe la de tipos raros con los que te puedes topar ahí, habría dicho madre.

Una vez, cuando papá se encontraba mal, lo ingresaron en urgencias para ponerle una trasfusión y después lo llevaron en camilla a un pabellón lleno de viejos donde lo tuvieron en observación. Permitieron a madre y a Johnsey quedarse con él porque tenían miedo de que muriese solo, y una enfermera echó una cortina de plástico alrededor de la cama. No había habitaciones libres, solo el viejo pabellón, que olía a ancianos, a pis, a mierda y a saber qué misteriosos medicamentos utilizados para tratar de mantener la muerte a raya. Papá estaba muerto para el mundo, sedado hasta las cejas. En mitad de la noche a uno de los viejos le dio la ventolera, saltó de la cama, corrió la cortina, y se quedó mirándolos a los tres, en la boca ni rastro de dientes, el poco pelo blanco que le quedaba estaba todo tieso en la cabeza, los ojos le brillaban como los de un galgo atrapado en un cepo, la picha vieja y arrugada le asomaba por el pijama. Madre se levantó de un brinco de la silla e hizo ademán de agarrar al viejo bribón, pero él la esquivó, se coló entre la pared y el costado de la cama de papá y, no te lo pierdas, se puso a darle en la cara a papá y madre intentó apartarlo, entonces llegaron corriendo una enfermera y un celador, se lo llevaron de vuelta a la cama y para rematarla, lo ataron; mientras aquello duró Johnsey siguió sentado como un pasmarote, mirando boquiabierto.

Gracias por ayudarme, dijo madre.

Resultó ser que el viejo se había vuelto loco por falta de alcohol. Hasta entonces no había pasado un solo día sin tomarse unas cuantas cervezas negras y sus dos o tres copitas de whiskey. Quitarle a un hombre su ración diaria cuando había vivido cincuenta años bebiendo de esa manera bastaba para hacerle perder la chaveta.

Por la habitación semiprivada de Johnsey pasó una procesión de pacientes a los que llevaban en camilla y depositaban en la otra cama. A Dios gracias, ninguno de ellos se le echó encima como aquel veterano había hecho con papá. No vio a ninguno de ellos; al final de la tarde los pocos segundos en que el doctor Bolasfrías le apartaba el vendaje y soltaba sus hummm solo veía sombras. En esos pocos segundos apenas distinguía un par de ojos marrones y una nariz

velluda, también marrón. Cómo le hubiera gustado que la Voz Bonita se ocupara de las vendas para poder verle a ella los ojos y la nariz. El doctor Bolasfrías era de gestos delicados. Sus hummm sonaban amables. Johnsey se sentía un poco culpable por las bromas que hacía a su costa con la Voz Bonita. Bueno, en realidad él se limitaba a escuchar y a reír. Era un cooperador necesario. A veces, cuando el doctor se iba, entraba ella y se ponía a imitar su acento extranjero, era más cómica que el humorista Brendan Grace. Se colocaba en la cabecera de la cama de Johnsey para hacer sus fechorías. Y Johnsey la olía: rosas y medicamentos.

Voy a leer su historia clínica, decía la Voz Bonita. Hummm… sí… hummm… Veo que no responde a mi tratamiento magistral… hummm… Tengo la impresión de que solo nos queda una solución posible, mi joven señor cegatón… hummm… ¡amputarle la cara! No se perdería nada, contestaba Johnsey, y la enfermera le decía, ya será menos, que tienes una cara preciosa.

Seguro que les enseñaban a decir esas cosas para animar a los muchachos que están destrozados y en cama. Y qué bien se le daba, la verdad. Podías llegar a creer que pensaba en serio que tenías una cara preciosa. Imagínate cómo le había quedado la jeta después de que se la rompieran a patadas, como si antes, al natural, no hubiera sido lo bastante fea. Probablemente, tener que ganarse la vida viendo tantos culos viejos y arrugados y tantas cuñas llenas de mierda la había vacunado contra la fealdad.

Dave Farfulla llegó cuando Johnsey llevaba casi tres semanas de ceguera e invalidez. No callaba nunca, pero daba igual, porque no se entendía una palabra de lo que decía, solo se lo oía farfullar, farfullar, farfullar. La Voz Bonita dijo que tras sufrir la madre de todas las caídas desde lo alto de una escalera, había aterrizado de cara en una valla. Se le rompieron todas las costillas, como a Johnsey, se quedó casi sin dientes y se fracturó un brazo, como Johnsey. Encima se rompió una pierna. Tenía la cara hinchada, llena de magulladuras, y la inflamación le había cerrado los ojos a cal y canto. Tuvieron que ponerle alambres para sujetarle la mandíbula.

Vaya par tengo a mi cargo, dijo la Voz Bonita el día en que trasladaron a Dave Farfulla en camilla a la habitación. ¡Dos besugos aplastados! Ya podías permitirte todos los atrevimientos de este mundo cuando tenías una voz capaz de enviar al diablo de vuelta al cielo. No lo llamaron Dave Farfulla enseguida, la Voz Bonita tardó casi media jornada en encontrar el apodo. Estuvo toda la mañana probando; cada vez que entraba, soltaba un nuevo mote para los dos:

besugos aplastados, dos ratones ciegos, la cosa uno y la cosa dos. Johnsey oía a su nuevo compatriota soltar resoplidos cortos por la nariz cuando ella iba a la habitación tan campante y les comunicaba otra de sus ocurrencias; era la risa trabajosa de un hombre destrozado, con las costillas rotas. Aquel giro en los acontecimientos no le hizo ninguna gracia a Johnsey: no quería compartir las atenciones de la Voz Bonita con aquel chambón infeliz caído de una escalera. Ojalá se lo llevaran de allí en camilla y lo reemplazaran por un vejestorio mudo.

Había tenido la impresión de que recibía un trato especial. Por pura lástima, ya lo sabía, pero la Voz Bonita lo disimulaba bien. Podías engañarte y creer que eras el único al que susurraba al oído bromas feroces sobre la enfermera jefa de sala, su vecino de cama, el doctor Bolasfrías, la tía Theresa o quien se pusiera a tiro de su ingenio. Johnsey no quería verse obligado a compartir a la Voz Bonita y menos ahora que estaba a punto de dejar los calmantes, los ojos se le estaban curando de lo más bien, los riñones magullados volvían a funcionarle y pronto le darían el alta y lo mandarían a casa. Se imaginaba al recién llegado: seguramente un obrero de la construcción, joven y bien plantado, rubio, musculoso y con una mandíbula potente como la del Llanero Solitario. Incluso con la cara hecha un cromo y ni un diente en la boca, lo más probable era que aquel muchacho dejara a Johnsey a la altura del betún.

Los Unthank lo conocían bien, claro. Ah, Dave, eres tú, tremendo salto pegaste, el ruido del golpetazo se oyó hasta en la panadería, ja, ja, ja, ja, oye, ¿este de aquí te cuida? ¡Desde luego estáis en el mismo barco, un ciego guiando a otro ciego, ja, ja, ja! La mismísima tuvo que mandarlo callar, pedirle que se largara y dejara en paz al pobre hombre. De vez en cuando debía pararle los pies. A Dave Farfulla no pareció importarle. Sus balbuceos en respuesta al mismísimo parecían bastante alegres. Hay gente a la que le encanta que se ocupen de ella.

Había un «notición». En el pueblo no se hablaba de otra cosa. La mismísima se había enterado a través de la Asociación de Mujeres de Irlanda. La habían llamado todas, de una en una, con la idea de ser las primeras en darle la noticia. El mismísimo se había enterado en la misa de esa mañana. El mismísimo iba a misa a diario. También iba a confesarse con la frecuencia establecida. Religiosamente iba. ¿Había otra manera de ir a confesarse? ¿Qué le contaba al cura? Seguro que tenía que inventarse pecados. ¿No sería eso un pecado más que debía contar en la siguiente confesión? Un eterno y perfecto círculo de pecado y contrición.

Dave Farfulla farfullaba a más no poder, como queriendo animar a que se contara la noticia bomba más rápido. Y la Voz Bonita aparecería de un momento a otro; se la oía trajinar en el pasillo, riéndose como de costumbre. Era fácil calcular hacia dónde se dirigía. Avanzaba como una ola dejando a su paso una estela de risas y diabluras. Ella también se enteraría del notición, si los Unthank se decidían a contarlo de una vez.

El Consejo del Condado de la ciudad llevaba años yendo, viniendo y discutiendo y al final había tomado una gran decisión. Había «recalificado» buena parte de las tierras al oeste del pueblo. Eso quería decir que en lugar de ser solo campos de hierba dedicados al cultivo o el pastoreo, las tierras señaladas por el Consejo con rotulador rojo en los mapas expuestos a la vista de todos en las oficinas municipales pasaban a ser ahora terrenos donde se podían edificar casas, tiendas, hoteles y lo que se quisiera. Eso afectaba a todas las tierras de papá, casi todas las de los Creamer, la mitad de las de Paddy Rourke y una parte de las de los McDermott.

Andaban todos alborotados como avispas alrededor de una botella abierta de Fanta ante aquel notición, de modo que por amabilidad Johnsey trató de sumarse. Asintió unas cuantas veces y dijo, caramba, qué bien, y, fíjate tú, y agitó un poco la mano sana. Le gustaba más cuando los Unthank se portaban como siempre; que conversaran tanto, que los dos se quitaran la palabra de la boca, que hablaran a esa velocidad, no acababa de cuadrarle. Podían ponerte un poco nervioso, como si un perro viejo, bueno y tranquilo durmiera junto al fuego, a tus pies, y de repente, sin venir a cuento de nada, se levantara de un brinco y empezara a ladrar como loco dando vueltas por el cuarto.

En fin, por lo visto, era lo mejor que podía pasarle a un pueblecito según la opinión de todos, salvo los protestones de siempre, capaces de tirar piedras contra su propio tejado con tal de tener razón. Aquello era una inyección de esperanza para la región. Incluso los que se habían marchado hacía años reconsiderarían su postura ante la vida y regresarían, si tenían motivos, como un trabajo en alguna de las obras de construcción y demás. En cuanto a los muchachos que se habían ido apenas unos meses antes, seguro que cuando se enteraran de la noticia harían dar media vuelta a sus aviones, o saltarían de los barcos para volver a nado. En los últimos tiempos se había especulado mucho sobre el asunto, pero era como si la gente tuviera miedo de gafarlo si hablaba de él como cosa segura. Lo importante era que se hiciera un buen uso del plan. En adelante, la gente deberá seguir de cerca las solicitudes que se presenten y protestar si consideran que se edificará algo que hará más mal que bien; con suerte, las discotecas,

los restaurantes de comida rápida y demás quedarán fuera de los planos.

El almacén de Packie Collins lleno a reventar de bloques de hormigón, madera y sacos de cemento. La oferta de Dermot McDermott de comprar las tierras. Las habladurías de Eugene Penrose sobre los millones de Johnsey. Todos habían corrido kilómetros por delante de los Unthank. Madre siempre había sostenido que la gente taimada se enteraba siempre de las noticias antes que nadie. Algunos, los más astutos, se las guardaban, pero la mayoría iba por ahí contando cuanto sabían a quien quisiera escuchar. Difundían noticias que todavía no eran noticias siquiera. Si no había nada que contar, se lo inventaban.

Algo así había pasado hacía unos años cuando a todo el mundo le dio por decir que Paddy Rourke había molido a Kathleen a correazos, y en realidad a la pobre le había quedado un ojo a la funerala porque el ternero al que estaba dando el biberón la había embestido sin querer. Una vez que se decía algo, imposible desdecirlo. Después de aquello, en la cabeza de muchos Paddy quedó mancillado. Algunos creían lo que les contaban independientemente de quién lo contaba y no esperaban a tener pruebas concluyentes. Los Unthank no eran así; la noticia era oficialmente cierta, de modo que podía tratarse como un hecho. No podías echársela por tierra diciéndoles que importaba una mierda si Jesucristo en persona quería comprarle las tierras a Johnsey para construir casas y hoteles y tiendas; las tierras de Johnsey no le pertenecían, no eran suyas, no podía venderlas ni permitir a nadie que construyera nada en ellas.

Pasados unos días, Dave Farfulla estuvo en condiciones de hablar como era debido. Le quitaron los alambres, le colocaron una bisagra en la mandíbula y le hicieron una boca nueva con una dentadura postiza provisional, no fuera a ser que de sus labios saliera algo importante y el mundo se lo perdiera. Después de practicar un poco, la farfulla dejó paso a un flujo incesante de palabras. Johnsey había envidiado aquella mandíbula alambrada a cal y canto; nadie presionaba a un hombre con la mandíbula alambrada a cal y canto para que hablase. Qué lástima no haberse destrozado la mandíbula en vez de los ojos. Porque entonces habría visto a la dueña de la Voz Bonita en vez de imaginársela y no habría tenido que calentarse los sesos para pensar qué decirle. De nada le había servido que le patearan la cabeza.

En cuanto a labia, Dave Farfulla estaba mucho mejor dotado que Johnsey. De hecho, hablar parecía ser su manera de aliviar la tensión.

Era como si en la cabeza llevara miles de palabras apelotonadas y no vieran la hora de salir a raudales por su boca como una multitud al abandonar el túnel debajo de las gradas del estadio Semple después de la final del campeonato de hurling de Munster. A Johnsey le pareció la mar de chistoso que los dos no vieran ni torta. Dave Farfulla comentaba, antes no veía la maldad, no hablaba con maldad, y ahora únicamente no veo la maldad, ¡ja, ja, ja! Eh, ¿me has oído? He dicho que antes no…

No paraba de hablar del notición de la recalificación de terrenos. Quería saber cuántos sobres marrones había dejado Johnsey en las oficinas municipales, jua, jua, jua. Quería saber si Johnsey estaba emparentado con Oliver Cunliffe de Latteragh. Ah, ¿no? Tu padre se llamaba Jackie, lo conocí bien, jugaba al hurling con el mío, seguro que estuvieron en la liga de Juveniles B hasta cumplir los cincuenta, ja, ja, ja, eran unos tipos duros. O sea que era tu madre la que murió hace poco, te acompaño en el sentimiento; por cierto, ¿me vas a decir con cuánto has untado a esos sinvergüenzas?

¿Fue a ti a quien Eugene Penrose, los otros dos gorilas y el tipo de la ciudad pegaron la paliza? Penrose se llevó un susto de muerte, que lo sepas. Casi se caga en los pantalones cuando el tipo se te echó encima y empezó a darte como si no hubiera un mañana. No sabe con quién se está juntando, la verdad. Ese muchacho es un auténtico peligro. Un cabronazo de mucho cuidado. A uno de los Comerford le pegó tanto con un taco de billar que casi lo gasta, y eso que esos tipos son duros de pelar. Cada vez que aparece un cabronazo más corpulento que él, Penrose es como un niño con un juguete nuevo. Trabajas en la cooperativa, ¿verdad? Ya me parecía. Hay días que Penrose aprovecha para tratarte como a un perro. Lo vi algunas veces. Y a los otros dos idiotas que van con él. Van tan pegados al culo de ese infeliz que si Penrose abriera la boca, verías sus cuatro ojos de besugo mirándote.

¡Packie Collins no tardó nada en sustituirte! El puto polaquito ese se lanzó como las moscas a la mierda; te voy a decir una cosa, a la que les das la espalda a esos chicos, te arrancan los ojos de la cara. No veo la hora de que se me baje la hinchazón para abrir los ojos, juraría que la enfermera esa, la de la voz bonita, está cañón, jua, jua, sí señor, he dicho que no veo la hora de que se me baje la hinchazón para abrir estos putos ojos, juraría que la enfermera esa está cañón, no veo la hora de echarle un buen vistazo, con lo bien que me vendría a mí echar un polvo, ja, ja, ja, lo cierto es que por la voz tiene que ser una preciosidad; por si acaso, tenemos que prepararnos para llevarnos un chasco, a lo mejor es una cacatúa, ja, ja, ja, claro que no está la cosa

como para hacerse el delicado, aunque pensándolo bien, quizá nos convendría que la tipa fuese más fea que el pecado, porque si no, cada vez que entra nos encontraría aquí en la cama, empalmados. Oye, ¿cómo funcionará la cosa con la picha entubada? ¿Tú también tienes un tubo en la picha? ¡Qué libertades se toman! ¡No sé qué pensarás tú, jefe, pero con mi picha, las enfermeras se pueden tomar todas las libertades que quieran, ja, ja, ja, ja!

Dave Farfulla hacía reír a la Voz Bonita. Eso era lo que más atormentaba a Johnsey. Qué lástima que no se hubiese partido esa cara de estúpido cuando se cayó de la escalera. Qué lástima que no se hubiese partido el cuello en vez de la cara. Qué lástima que no le hubiesen dejado la mandíbula cerrada un poco más. Cuántas ternezas de mierda soltaba por aquella boca Dave Farfulla. Era la monda, el tipo. Ja, ja, ja, joder. ¿Cómo hacía para tener siempre un chiste nuevo o una ocurrencia a mano cada vez que la Voz Bonita se les acercaba? Cómo te descorazonabas al fingir que reías. Si Dave Farfulla no te oía reír, repetía una y otra vez las mismas tonterías, pero en voz más alta. Te ganaba por cansancio, claro. Si esa era la alternativa a la soledad, prefería quedarse solo para siempre. Cuánto trabajo daba la gente. Antes no lo sabía.

Otra cosa de Dave Farfulla era que no paraba de tirarse pedos. Johnsey tenía dolor de barriga casi todos los días de tanto aguantarse y no soltarlos. Se pasaba la mitad del tiempo apretando las nalgas con toda el alma. Había llegado al punto en que los pedos ni se molestaban en tratar de escapar; llegaban hasta el ojo del culo y daban media vuelta. Después se ponían a rebotarle por dentro y a pelearse entre ellos para encontrar sitio. Seguro que no podía ser bueno que un hombre acumulara en su interior tanta presión. Cualquier cosa era mejor que llenar la habitación de gases, claro, y que la Voz Bonita o una de las otras enfermeras entraran y se vieran envueltas en una nube apestosa. Dave Farfulla lo consideraba el colmo de la diversión. Se pedorreaba día y noche y después, por pura maldad, le echaba la culpa a Johnsey. En un par de ocasiones sus pedos estruendosos y malolientes coincidieron con la entrada de la Voz Bonita en la habitación y justo entonces, el muy cabronazo fue y dijo, por Dios, Johnsey, qué poca vergüenza la tuya, aguántate que acaba de entrar una señora, y, alucina, el muy marrano se disculpaba en nombre de Johnsey. La Voz Bonita se echaba a reír y decía, no te preocupes, he olido cosas peores, y ya no había nada que hacer; no podías decir que tú no habías sido y quedar como un alumno de primaria. Cuando salía de la habitación, Dave Farfulla se desternillaba de risa y decía, Jesús, María y José, te he pillado, y no te quedaba más remedio que seguir tumbado e imaginar que te levantabas por la

noche, te acercabas a su cama sin hacer ruido y, con todas tus fuerzas, le clavabas un tenedor robado en la boca. Eso sí que le habría aliviado la tos.

Había días en que la Voz Bonita entraba, cerraba la puerta que daba al pasillo, se sentaba y les decía, no abráis la boca, la jefa de sala anda con ganas de pelea, estoy a salvo aquí, con los entusiastas de la ceguera, ay, Dios, no puedo con mi alma; a ver, chicos, ¿alguna novedad? Y ahí mismo Dave Farfulla le soltaba alguna ocurrencia de las suyas, como preguntarle si la víspera había salido, si había trasnochado mucho, cosas por el estilo y los dos se echaban a reír, y era como si hicieran piña dejándolo fuera, y odiaba a Dave Farfulla más de lo que nunca había odiado a Eugene Penrose o a Dermot McDermott o a Packie Collins o al muchacho de la ciudad que le había destrozado la cara a patadas o a cualquiera de los chicos más populares que se habían burlado de él en el colegio. ¿Por qué tuvo que aparecer Dave Farfulla y ganarle la partida? La Voz Bonita era su fuente de alegría, le hacía bromas que solo él entendía; no era justo que después de conocer a la primera mujer auténtica que le susurraba al oído provocándole una descarga eléctrica que le bajaba por el cuello y los brazos, le llegaba a las pelotas y seguía bajándole por las piernas hasta la punta de los dedos de los pies, viniera un fanfarrón gordo y estúpido y se la quitara.

Johnsey y Dave Farfulla recuperaron la vista el mismo día. Dave Farfulla despertó aquella mañana y dijo, ay, Jesús, eres más feo de lo que imaginé, eh, que he dicho que eres más feo de lo que imaginé, eh, eh, a ti te hablo, da gusto verte, ja, ja, ja, ja, y a Johnsey no le quedó más remedio que seguir tumbado y mirar sin ver nada hacia el burro que reía a carcajadas mientras pensaba, esta vez va en serio, le echará un vistazo, se enamorará de ella y se la llevará como Richard Gere en aquella película en la que está en la marina o algo así, tiene una trifulca con un negro, se larga en moto hasta la fábrica donde trabaja la chica guapa, la levanta como si tal cosa entre sus brazos y se la lleva, y todas las enfermeras y los médicos y los pocos pacientes que están en el pasillo pararán lo que están haciendo para reír, aplaudir y ovacionar, y a Johnsey lo dejarán solo con la enfermera jefa malhumorada, la minga pegada al costado de la pierna y sus lagrimones infantiles haciendo cola detrás del vendaje.

Se te ha bajado la hinchazón, es por el antiinflamatorio, desinflama enseguida, qué suerte que estás en mi pabellón; administro los mejores medicamentos, ja, ja, ja. Luego Dave Farfulla, su nuevo niño mimado le soltó, ja, ja, ja, ay, Jesús, eres la monda. Pero te diré una cosa, se me habrá ido la hinchazón de la cara, pero en cuanto

cruzaste la puerta, me ha empezado en otra parte, ja, ja, ja. Luego la Voz Bonita dijo, eres un salido, ja, ja, ja; y, alucina, se puso a rezongarle en serio. Qué cara tenía, ese Dave Farfulla, qué fresco era, el tipo, las cochinadas que decía, y ella riéndole las gracias, cualquiera diría que iba a pedirle que parara con las indecencias, pero los cabronazos burros e ignorantes son los que siempre salen adelante en la vida, como solía decir papá, y tenía razón. Luego la Voz Bonita dijo, en cuanto a ti, en tu historia clínica pone que hoy te quitarán las vendas para siempre, a menos que el doctor Bolasfrías cambie de idea; entonces Johnsey se dio cuenta de que le hablaba a él y contestó, ah, bueno, sí, qué bien, y ella ya se había ido como una brisa dulce y para él ya no hubo risas ni chistes como ocurría antes de Dave Farfulla.

Te diré una cosa, eh, tú, le hace justicia a la voz, es un espectáculo, un pelín demasiado dotada de trasero, pero claro, es lógico siendo irlandesa, ¡ja, ja, ja! Ya lo verás por ti mismo, claro. ¿No es divertido que los dos recuperemos la vista el mismo día? Durante un tiempo hemos sido hermanos en la ceguera. Eso sí, es fabuloso tener un compañero como tú. Chsss, ahí vuelve, aquí está, hola, flor de mi vida, ¿qué nos traes? ¿Cuándo le vas a quitar las vendas a Johnsey, el bisoño? Está muy feo que sea yo el único que tenga que aguantar ver esa jeta horrible todo el santo día, menos mal que entras y sales para que el horror me sea más leve, ja, ja, ja, espera a que aquí, el amigo, me vea la cara a mí, entonces pedirá que le vuelvan a vendar los ojos, ja, ja, ja, asegúrate de estar presente cuando el doctor Bolasfrías proceda a la gran revelación porque seguro que se desmaya, ja, ja, ja, como los pollos creen que lo primero que ven es su madre, este querrá prenderse a las tetas del doctor Bolasfrías, ja, ja, ja, eh, tú, ¿me has oído? He dicho que…

Quedarte ciego no estaba tan mal. Sobre todo sabiendo que no sería para siempre. Si era para siempre, y no debías guardar cama, entonces seguro que sería un poco incómodo. Pero había consuelo en esa oscuridad, podías dejar que las cosas a tu alrededor siguieran su curso y no era necesario pensar en que tenías que hacer esto, ir a aquel sitio, decir aquello otro. Un ciego, obligado a guardar cama, podía pasar por alto sin problemas el asunto ese de las tierras, que ahora formaban «parte de un banco de terrenos muy valioso», según comentaron los Unthank que había dicho Martin Doherty, el subastador, el otro día en la panadería. Cuando recuperara el pleno uso de los ojos, la única ancla a la que atar su consuelo sería el tubo metido en la picha, que seguramente le quitarían cuando estuviese en condiciones de levantarse de la cama y mear solo. Imagínate qué mierda de vida la tuya si lo mejor que te había pasado era que te molieran a patadas y te quedaras ciego.

Una enfermera diferente le quitó el gato éter. Lo llamó «cata éter». A lo mejor al cumplir con su función lo llamaban de otra manera. En los hospitales eran muchos los trastos con nombres rarísimos, la verdad. En el momento de sacárselo no sintió ninguna molestia, pero después el dolor fue insoportable. Era un ardor tremendo. La enfermera chasqueó la lengua unas cuantas veces y le sujetó la picha en la mano un poco más de lo estrictamente necesario. Después chasqueó otra vez la lengua y le preguntó si le dolía y él dijo que no, porque en ese momento no era para tanto y no era cuestión de quejarse. Después llegó el doctor Bolasfrías y le quitó las vendas de los ojos. Sin ellas Johnsey se notó la cabeza rara. El mundo tenía un aspecto extraño. Se había imaginado la habitación como una miniversión del pabellón general donde instalaron a papá la noche en que el loco fue a molestarlos, pero tenía un aspecto mucho más nuevo; si le quitabas las máquinas que había al lado de las camas, podía ser una habitación de hotel como aquella donde estuvo con madre y papá aquella vez que fueron a Dublín después del campeonato de Irlanda de hurling y papá se había puesto un poco achispado y madre le había rezongado pero también se había reído de él y el bar del hotel estaba lleno de gente y todos cantaron Sliabh na mBan y madre lo había sentado en su regazo y también cantó y él había tratado de cantar pero solo sabía una o dos frases y ella lo abrazaba con fuerza meciéndose de acá para allá como los demás y fue la mejor sensación que Johnsey había tenido nunca y no había vuelto a repetirse.

El doctor Bolasfrías había ido acompañado de una muchacha que se quedó sonriendo, metió las vendas en un cuenco de plata, luego le entregó una botellita y el doctor le echó a Johnsey unas gotitas en los ojos y dijo, así, muy bien, verá borroso un rato más, sus pupilas estarán «di lata das» durante una hora y después no habrá más problemas, verá cosas flotando delante del ojo, eso le quedará así para siempre, pero se acostumbrará, si llega a ver destellos, venga a verme enseguida. Después, el doctor Bolasfrías y la muchacha sonriente siguieron con sus cosas y lo que quedó entonces fue un montón de formas borrosas; Johnsey siguió tumbado y trató de dormir y disfrutar de los últimos momentos de oscuridad antes de que el mundo se materializara otra vez a su alrededor, claro como el agua, esperando a que hiciera o dijera algo.

Los pinchazos en la picha lo mantuvieron despierto. Abrió los ojos, se incorporó, levantó las mantas y formó con ellas un entoldado encima de esa zona para que nada la rozara. Algo le pasaba. Veía otra vez de fábula. Se arriesgó a echar un vistazo al tipo más raro que un perro verde y ahí estaba, sonriéndole de oreja a oreja, no se parecía en nada a como lo había imaginado: un hombre calvo, pequeño, con unos

ojos brillantes como luceros, labios gruesos, enormes, como si hubiesen estallado por la mitad, y toda la cara negra, azul y amarilla como una patata podrida que acabaras de desenterrar y tirar; tenía el brazo en cabestrillo y la pierna levantada en otro cabestrillo más grande que colgaba de algo parecido a una minigrúa, y a punto estuvo de preguntar dónde está Dave cuando el hombre calvo empezó a hablar y entonces Johnsey lo supo con certeza.

Hola, hola, eh, tú, por fin te has decidido a echarme un vistazo, vaya par de carcamales estamos hechos, al menos ahora podemos dar una ojeada por ahí, leer el diario, ver la tele, alegrarnos la vista con unas cuantas enfermeras, aunque algunas pueden darte un susto de muerte, hay una con mostacho, y te diré una cosa…

Entonces, Dave le preguntó si se encontraba bien; la habitación se puso a dar vueltas y Johnsey se sintió como aquella vez que había birlado dos pintas de cerveza negra en botella y un abridor viejo y herrumbrado que nadie echaría de menos; era Navidad y se había sentado debajo del sauce para bebérselas a morro en soledad; justo antes de que la cerveza y la comida le salieran disparadas del estómago como un chorro anaranjado, el mundo entero había empezado a volar en círculos a su alrededor y lo único que pudo hacer fue tratar de aguantar y lo único que pudo hacer antes de que regresara la oscuridad fue decirle a Dave Farfulla, que no era para nada un tipo guapo, que sentía un ardor muy fuerte en la picha y si podía llamar a alguien.

Junio

En junio papá siempre hacía la segunda siega para ensilar. Al salir por las mañanas, se oía el tractor allá en la cañada. En la ciudad, los colegios grandes ya estaban cerrados, pero aquí todavía nos quedaba un mes por delante. ¡Un mes! El sol no aguantaría tanto. El verano se habría terminado y seguiríamos metidos en el aula de ventanas pequeñas, sudorosos y condenados a escuchar los gritos alegres de los que ya habían sido liberados de la oscuridad. ¿Cómo hacía el profe para aguantar? Seguramente envidiaba como ellos el vacío asilvestrado de los días sin clases.

Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo. En junio y julio nadarás hasta no poder más. Eran refranes que papá repetía siempre a principios de junio. Para ya con esas tonterías de viejos, decía madre. ¿Ya tienes preparado el bikini, Sally?, le soltaba papá, guiñándole el ojo a Johnsey; madre se ponía colorada e intentaba que papá no le viera la sonrisa detrás de su máscara de mal genio.

Se le había infectado la «urétera». Eso es lo que tenía dentro de la picha. Las «bacterias» se le habían colado por el gato éter. Por el gato éter. O por el gato otro. O como diablos se llamase, la verdad que resultaba muy práctico cuando un hombre no podía moverse del todo, pero al final, a veces podía ser fuente de serios problemas. Johnsey solo sabía que podía mantenerse despierto apenas unos minutos a la vez y cuando abría los ojos estaba helado, pero alguien insistía en que estaba ardiendo, entonces trataba de decir que no, que estaba muerto de frío, pero enseguida se hundía otra vez en un mundo de sueños enloquecidos. Veía a madre y a papá, a los dos, en el fondo de un jardín hermoso y él quería acercarse a ellos para preguntarles qué tal se encontraban y qué tal era eso de estar muerto, y quería contarles que su vida era como una botella de salsa de tomate vacía: no quedaba nada en ella, no servía para nada, podías hundir el cuchillo hasta el fondo, hurgar sin parar y lo único que conseguías era sacar solo un poquito, aunque nunca lo suficiente para ser feliz; mecachis en todo, por qué madre no compraba otra botella de salsa cuando se terminaba la anterior, a papá nunca lo dejaba sin salsa agridulce, porque enseguida rezongaba, no queda salsa agridulce, Sally, casi siempre la llamaba Sally y era el único que la llamaba así.

A su lado había ahora un tipo grandote; la primera vez que lo vio se pegó un susto de muerte, tenía dos bolsas conectadas con tubos y los tubos metidos en el brazo. La primera vez que lo vio, parecía un robot alienígena con ojos de insecto, pensó que soñaba y trató de

arrancarse los tubos de los brazos, pero a su lado había un ángel rodeado de una luz brillante, y el ángel le decía que eso era el suero y que le estaban poniendo medicamentos, que pronto se encontraría bien y el ángel tenía una voz bonita, como la Voz Bonita y el ángel era la Voz Bonita, claro, ahora cuadraba la cosa, no estaba muerto, no se encontraba en el cielo ni en el infierno ni en el purgatorio, pero como flotaba y veía ángeles preciosos con cabellos dorados aquello no podía estar demasiado lejos del cielo.

Cuando todo aquello pasó, quedó fuera de combate. Ay, Jesús, qué pelotazo te han dado, eh, tú, le dijo Dave Farfulla, y apenas te quedaban unos días para salir de aquí, eh, tú, señor desgracias. Cómo costaba mantenerse despierto. La infección lo había debilitado mucho. Tendría que seguir ingresado un tiempo más. ¿Desgracias? Era un golpe de suerte increíble. La Voz Bonita era ahora una cara bonita, unas manos bonitas, un bonito uniforme azul celeste que Johnsey había imaginado blanco; luego entendió por qué; en cierto modo, había visualizado los de los anuncios de la última página del Sunday World, en los que salían chicas vestidas de enfermeras y se leían textos que decían «Enfermeras sexis, tratamiento especial telefónico», seguidos de números de teléfono kilométricos, y se les veían todas las tetas y la puntilla de las bragas asomaba por debajo de las cortas faldas blancas, ¿no era un pervertido por haber imaginado así a la Voz Bonita sin darse cuenta siquiera? Si llegaba a enterarse, seguro que no sería tan amable y agradable con él ni entraría constantemente para comprobar cómo se sentía sin estar obligada a ello.

Siobhán se llamaba. Imagínate, y él todas esas semanas sin saberlo. Siobhán. Sonaba suave. Qué fácil decirlo. Lo susurrabas y era como un soplo o un suspiro. Era el nombre más hermoso del mundo. Le dejaba un sabor dulce en la boca.

Siobhán volvió a mimarlo y, al parecer, se olvidó de Dave Farfulla. La enfermera se sentía un tanto responsable por la infección de Johnsey; tendría que haberle quitado el trasto ese de vez en cuando, cambiárselo por otro y controlar si había algo raro, pero la pobre no podía estar en misa y repicando, además, no contaban ni con la mitad del personal necesario, así que si esa vaca gorda de la enfermera jefa te pregunta, asegúrate de contarle que la Voz Bonita se pasaba la vida quitando, poniendo y controlando que los gato éteres, los gato otros y demás estuvieran en condiciones. A Johnsey le constaba que la chica lo sentía muchísimo; lo tenía claro.

Por ella diría las mentiras que fueran necesarias, porque no eran pecado. Sería como decirle al oficial inglés que los muchachos

llevaban toda la noche arropados en la cama cuando en realidad habían estado fuera en los campos matando Black and Tans; era una mentira, pero ni Dios ni los hombres podían afearte la conducta.

Siobhán dijo que la vieja enfermera jefa era una cacatúa horrible y algunas de sus compañeras, unas taimadas y unas lameculos de cuidado que, al menor descuido, te clavaban el puñal por la espalda. No hacían ni la mitad de trabajo que ella, y aun así no dejaban de vigilarla y de irle con el cuento a la jefa; ya sabía ella por qué estaban todas compinchadas con la enfermera a la que sustituía mientras estaba de baja por maternidad: no querían que la considerasen tan buena como su amiga. Madre las habría tachado de «arpías venenosas». Johnsey se lo comentó a Siobhán, y ella se echó a reír. Después hizo algo que normalmente solo verías en una película sensiblera: le acarició la mejilla y le sonrió, cosa que él aprovechó para mirarla a los ojos y vio en ellos algo parecido al cariño o algo que iba más allá del cariño; tal vez ella lo veía como nunca nadie lo había visto, al fin y al cabo, solo podía juzgarlo por lo que llevaba visto desde que lo habían trasladado hasta allí en ambulancia.

Tal vez tuviera por él más consideración de la que habrían tenido otras chicas porque nunca lo había visto paseándose por el pueblo con los ojos llorosos mientras Eugene Penrose lo acribillaba a pedradas o a latas abolladas, ni lo había visto cuando lo zarandeaban, le prendían fuego y le robaban el billete de cinco libras en el autobús escolar camino de la única discoteca a la que había ido en su vida. Lo único que sabía de él era que cuatro patanes lo habían atacado y lo habían hecho papilla pero nunca protestó, y que era un tipo tranquilo y fabuloso que se tomaba los medicamentos sin rezongar ni quejarse como hacían otros. ¿Acaso no le había dicho que era muy buen paciente? Aun así es probable que prefiriese a un tipo como Dave Farfulla, aunque fuera un calvito de buen tamaño con la barriga como una pelota de playa. Dave Farfulla nunca paraba de hablar. A lo mejor Siobhán veía a Johnsey como una especie de Clint Eastwood. Clint Eastwood era parco en palabras pero, ay, Jesús, qué estilazo tenía ese hombre. James Bond tampoco era el más conversador, pero las chicas siempre trataban de enrollarse con él.

Y además de decir que era muy buen paciente, algo de lo que no se podía ir presumiendo por ahí porque, a su modo de ver, ser paciente no suponía más que quedarse en la cama, Siobhán también le había echado cuatro cumplidos. Johnsey recordaba las palabras exactas y cómo había sonado su voz al decirlos. Eran los únicos cumplidos que había recibido de una muchacha que no era de la familia, ni estaba en la Asociación de Mujeres de Irlanda ni era la

señora Unthank. El primero se lo dijo como a la semana de estar ingresado, cuando seguía muy atontado y lo hinchaban a medicamentos contra el dolor. Se acordaba perfectamente de cuando le dijo que tenía unas pestañas fabulosas y muy largas, justo después de pasar la revisión diaria del doctor Bolasfrías, mientras ella le cambiaba las vendas con mucho cuidado. Poco tiempo después, cuando lo estaba ayudando a sentarse y la pobre tardaba lo suyo y él empezaba a sentirse incómodo, ella comentó, vaya, eres un muchachote, y él creyó que le decía que estaba gordo. Siobhán se apartó un momento; Johnsey tuvo la sensación de que lo estaba mirando y se puso colorado; entonces ella le soltó el segundo cumplido: le dijo que era un tipo bien fornido. Bien fornido. Lo dijo con conocimiento de causa, además, en su oficio tenía ocasión de ver gran variedad de cuerpos y sus partes. El tercer cumplido se lo había dedicado unos días antes, después de que le quitaran las vendas. Le dijo: ¿Sabías que tienes los ojos azules más bonitos que he visto? Los ojos azules más bonitos. Imagínate.

Así que, según ella, era un chico fabuloso y bien plantado con unos ojos azules de lo más bonitos y unas pestañas fabulosas y larguísimas. Era pura cháchara, claro; no iba a creerse el más gallo de la comarca ni a pensar que era cosa fina ni nada por el estilo. Aun así, no parecía que estuviera diciendo esas cosas por falta de algo mejor que decir. El cuarto cumplido fue el mejor de todos; y sonaba sincero, como si la pusiera un poco triste decírselo a un paciente. Había entrado en la habitación para ordenar un poco y de repente se detuvo, se giró, lo miró a la cara y él apartó la vista demasiado deprisa para que ella no notara que la había estado observando moverse por la habitación como el perro viejo mira un trozo de ternera recién salido del horno y le dijo, Eres un encanto. ¿Lo sabías?

La mayor desventaja de que una chica te dijera cosas agradables era que te sentías inclinado a contestar de algún modo. Pero ¿qué decirle? ¿Gracias? Sería como admitir que ya conocías esa cualidad tuya y la aceptabas sin más. Eso te convertía en un engreído. Tampoco podías rechazar el cumplido, porque entonces daría la impresión de que buscabas más elogios obligando a la otra persona a discutir contigo. Podías hacerte el interesante, asentir y dar a entender que no te importaba lo que pensaran los demás, pero entonces quedarías como un completo ignorante. Así que lo mejor era ponerse colorado y farfullar, de todos modos esa era la única reacción de la que era capaz. Pensándolo bien, ponerse colorado y farfullar era la manera perfecta de reaccionar cuando alguien te hacía un cumplido.

Cuando a Johnsey se le pasó la fiebre, Dave Farfulla ya se

levantaba a dar vueltas por ahí y a fastidiar al personal del pabellón. Un día, justo después de que Dave saliese a buscar a quién imponerle su presencia, Siobhán entró. Te echaré un vistazo, cariño, a ver si ya estás para que te demos el alta. El alta era volver a casa. Estar en casa era volver a la nada, sin más compañía que sus pensamientos que, al cabo de un tiempo, no tardarían en volverse en su contra. Se acabó Siobhán, la Voz Bonita. Se acabó Dave Farfulla, el mejor amigo que Johnsey había tenido si era brutalmente sincero consigo mismo. Era un fastidio colosal, aquel hombre; sin embargo, Johnsey no lograba imaginarse el dormitorio de su casa, con una pared vacía a la izquierda y sin el gordito calvo soltando idioteces sin parar.

Siobhán le puso la mano en la picha. Miraba por encima de la cabeza de Johnsey, hacia donde Nuestra Señora descansaba en su estante, mientras observaba la habitación y cuanto había en ella. A la enfermera se le deslizó un poco la camisa por el hombro y Johnsey le vio el tirante del sujetador. Era negro, con adornos de puntilla. Bajo la leve presión del tirante del sujetador, Johnsey entrevió la carne delicada, morena y pecosa. ¿Había estado tomando el sol? A las chicas les encantaba, según decían, aunque en la tele había oído a una comentar que, a la larga, no era bueno. Podía salirte un «melanorma». No había nada como el sol para criar pecas. No había palabras para describir la belleza de aquellas pecas, Johnsey lo sabía. Siobhán estaba callada. Después, apartó la vista de la estatua y miró a Johnsey a los ojos. Hummm, murmuró. O mmm, tal como hacía una mujer en una película cuando probaba algo delicioso como un bombón de chocolate, o si un muchacho corpulento y musculoso la besaba en el cuello tratando de enrollarse con ella. ¡Imagínate, una chica acariciándole la picha y diciendo mmm! Un acontecimiento digno de recordar. Podías incluso llegar a engañarte y creer que esa exploración no tenía un propósito estrictamente médico.

Ella seguía callada y no había hecho el menor intento de apartar la sábana y mirarle el aparato deteriorado. Probablemente, estas enfermeras diplomadas eran capaces de comprobarlo solo con el tacto. Para ella, un pirindolo como el suyo era el pan nuestro de cada día, como un solomillo para un carnicero o un bloque de hormigón para un albañil. De un momento a otro le diría que sus partes pudendas estaban bien, de nuevo, siento mucho lo de la infección, ya estás en condiciones de irte, buena suerte, vamos, andando, que necesitamos la cama. Pero no, su mano siguió acariciándole la picha y la muy condenada empezó a marcarse unos pasos de baile. Johnsey notó las mejillas ardiendo de vergüenza. Lo tomaría por un degenerado. Fingiría no notar la erección pero saldría a toda prisa a limpiarse la mano y a contarle a las otras enfermeras la clase de asqueroso que era

y todas se quedarían de piedra, horrorizadas, se mirarían, se taparían la boca y luego se partirían de risa a su costa. Y por qué no se había puesto un guante, ¿eh? Su mano fría se movió hacia abajo y a él se le retiró un poco la piel. La cosa se le estaba yendo de las manos en la mano de Siobhán, pero ella no parecía darse cuenta; se limitaba a mirarlo aunque en sus ojos azules o en sus labios no había nada que delatara sus pensamientos. Parecía muy concentrada en algo que tenía en mente.

De pronto le preguntó: ¿Cómo te sientes? Johnsey se pegó un susto al oír su voz. Entre jadeos consiguió responder, bien. Estupendo, contestó ella y siguió con aire distante y pensativo. Johnsey hizo cuanto pudo por apartar los ojos del tirante negro del sujetador. Temía sufrir una recaída y quedarse otra vez ciego de tanto esfuerzo. ¿Sus bragas también serían negras? La pregunta surgió sin avisar y salió disparada hacia su entrepierna antes de que pudiera frenarla; al parecer ella se dio cuenta; apretó un poquito y su mano empezó a subir y bajar a un ritmo pausado. La sábana que le cubría el brazo subió y bajó no más de diez veces antes de que, ay, estrellas del cielo, ay, madre mía de mi alma, ah, ah, ah, Johnsey cerró los ojos con fuerza, clavó los talones en el colchón, aferró con las manos dos puñados de sábana mientras el líquido caliente y pegajoso salía de él y se derramaba como un río desbordado por la mano de la enfermera, la cama y su pierna.

Julio

En julio nada de clases. Podías dedicarte todos los días a recorrer la granja con papá. O si estaba muy ocupado o tenía que irse a colocar bloques de hormigón, podías quedarte en la cocina donde madre te dejaba sentarte en la encimera y ver cómo hacía pasteles, o podías ir andando hasta la ribera a ver si avistabas un conejo o un erizo por las acequias e incluso un martín pescador zambulléndose. El sol no siempre partía las piedras, pero incluso si llovía, nunca hacía frío y después la tierra humeaba, hasta podías nadar mientras llovía y llegar a saber cómo se sentían los animales silvestres siendo libres.

Papá llevaba a Johnsey a la final del campeonato de hurling de Munster; por lo general, Paddy Rourke los acompañaba. Si se jugaba en Cork, hacían un alto en el camino para desayunar en el hotel de Mitchelstown, donde preparaban unos huevos fritos con beicon deliciosos. Una vez papá se desgañitó pidiendo más tostadas, pero la joven camarera debía de estar haciendo un descanso o algo por el estilo; así que papá mandó todo al diablo y entró en tromba en la cocina para prepararse las tostadas; Johnsey tenía miedo de que se metiera en líos mientras Paddy negaba con la cabeza y decía que papá estaba como una regadera; al cabo de nada llegó corriendo con un plato repleto de tostadas y un montón de beicon frito y, alucina, perseguido por una gorda que agitaba un cucharón de madera, enojadísima con él aunque en realidad se reía, y Paddy y Johnsey también se desternillaron de risa, y junto con unos cuantos más que vestían la camiseta del Tipperary se pusieron a dar vivas y aquello fue un griterío en toda regla.

Fuera del estadio, rodeado de un montón de niños con pinta de asilvestrados, se apostaba Pecker Dunne para animar con su música; a papá le encantaba, siempre le echaba algo de dinero en la caja, lo saludaba y Pecker respondía a su saludo; no todo el mundo recibía un saludo del legendario Pecker Dunne y Johnsey se henchía de orgullo. Si en la final del campeonato de Munster derrotaban al equipo del Cork, papá hacía todo el trayecto de vuelta a casa como en una nube. Y gritaba yuju, muchachos, le hemos dado una paliza al Cork y el heno ya está recogido. ¡El verano ya está aquí!

En julio es fácil ser feliz.

Ahora se podía considerar a Johnsey un hombre de mundo. En cierto modo sabía lo que era tener un amigo con quien hablar. Solo en cierto modo, porque nunca correspondía al afecto de Dave y en

realidad nunca mantenían conversaciones; la cuestión era más bien que Dave nunca paraba de hablar y Johnsey se veía obligado a escucharlo de la mañana a la noche. Como habría dicho papá, Johnsey era un «público cautivo». Eso sí, a veces no podía evitar que aquel soplagaitas le hiciera gracia. Y cuando Johnsey tuvo la infección y la fiebre de caballo, se mostró de veras preocupado. Quizá si Dave no hubiese sido tan listo y tan directo con Siobhán, Johnsey le habría prodigado más atenciones.

Ahora sabía lo que era estar enamorado. Un amor imposible, sin remedio, lo sabía, pero amor pese a todo. Cuando iba a la escuela técnica tuvo una vez una profesora suplente, una muchachita rubia recién salida de la universidad. Todos los chicos de la ciudad coincidían en que estaba como un tren y dedicaban muchos recreos a hablar de su cuerpo y a decir que pedía a gritos un revolcón, que sin duda se le veían los pezones endurecidos a través de la blusa y el sujetador y que eso era una señal clara de que se moría por que la montaran. Johnsey admiraba aquel modo valiente con que hablaban sus compañeros, pero en el fondo, prefería los ojos verde claro de la maestra a cualquier otra parte de su cuerpo, y el sonido suave de su voz. Una vez leyó un poema en voz alta a toda la clase. A Johnsey no se le olvidó nunca cómo se titulaba, «El Dong de la nariz luminosa». Hablaba de un ser feo y desconsolado llamado el Dong, que se enamoró perdidamente de una mujer hermosa que jamás lo quiso. El suyo era un amor sin «re-ci-pro-ci-dad». La señorita había escrito la palabra en la pizarra y la había subrayado dos veces; a Johnsey no se le había olvidado cómo escribirla ni su significado. Sin reciprocidad. No correspondido, no compartido.

La clase entera estuvo callada durante todo el recitado de aquel largo poema y después, en vez de carcajearse y soltar ocurrencias, se hizo un silencio un tanto extraño, como si una especie de enfermedad desesperada hubiese afectado a los chicos que, apenas minutos antes, se habían sentido embargados por la alegría primaveral. Johnsey era uno de los más tarugos de aquella clase, pero incluso él entendió la treta de la maestra, aquella muchachita rubia recién salida de la universidad, aquel ángel, que relucía en medio de todos aquellos diablillos cochinos, les decía a todos que no eran más que una panda de dongs enfermos de amor, que sabía a la perfección que hablaban de su trasero, de su ardiente deseo de sexo, pero que también sabía que cada uno de ellos estaba de algún modo enamorado de ella y que ya podían zarpar en sus barquitas y ahogarse en un mar de añoranza que a ella le daba igual; jamás correspondería su amor estúpido y sudoroso. Era un amor sin reciprocidad.

Y ahora sabía cómo era que alguien, aparte de ti mismo o ese doctor que le revisa las bolas a los niños cuando son pequeños, lo tocara. Seguro que no eran muchas más las cosas que un hombre debía experimentar para considerarse mundano. Con frecuencia los chicos de la ciudad presumían de que las alumnas del colegio de monjas les habían hecho pajas en el solar del castillo a la hora del almuerzo. Cada vez que uno de ellos contaba algo así, se producía un gran revuelo. Algunos se quedaban boquiabiertos y pedían todo lujo de detalles, otros se mostraban malhumorados, miraban al cielo, ponían los ojos en blanco y le decían al fanfarrón, estás de guasa, eso no te lo crees ni tú. Un día un muchacho de Pearse Park regresó del almuerzo y contó que una chica del colegio de monjas casi se la arranca y todos se quedaron ojipláticos al oírlo contar que se la había agarrado de la punta y había estirado con tanta fuerza que lo había hecho gritar como un poseso, y que después, se había ofendido a muerte cuando él puso en entredicho sus habilidades en la materia y juró que nunca más dejaría que se acercara a ella. Todos se descoyuntaron de risa y durante unos días el muchacho de la picha lastimada se paseó como un gallito, perseguido por los compañeros que querían saber qué tal tenía el rabo.

Dwyer le había comentado hacía mucho que si te sentabas encima de la mano un buen rato, la sangre dejaba de circular y se te quedaba como muerta. Si conseguías sostenerte la picha entre los dedos de la mano muerta, era exactamente como si te estuviera tocando la mano de otra persona. Johnsey lo había intentado, pero por más tiempo que se pasara sentado encima de su mano, nunca se le quedaba lo bastante muerta para poder engañarse. Pero claro, como Dwyer tenía una gran imaginación, a lo mejor conseguía convencerse con más facilidad. En cualquier caso, ahora sabía una cosa más que Dwyer, eso seguro.

Al salir del hospital, el tío Frank lo llevó a casa en coche. Era el cuatro de julio. Para los yanquis, el día de la Independencia. Según cuentan, ese día celebran como locos la derrota aplastante de los sucios ingleses. ¿Por qué los irlandeses no hacían lo mismo? ¿Acaso no derrotamos también a esos desgraciados? Bruce Springsteen tenía una canción buenísima que hablaba de nacer ese día. De vez en cuando Frank miraba de reojo la bolsa de Johnsey. Sí que vas ligero, comentó. Johnsey le contó que tenía las pocas prendas que los Unthank habían ido a buscar a la casa y le habían llevado al hospital. Tardarás un tiempo en acostumbrarte a vivir solo. ¿No preferirías quedarte una temporada con nosotros? A Teasie le encantaría.

Teasie. Aquel sobrenombre casi la hacía amable. Y una mierda que le encantaría, tuvo ganas de decirle Johnsey, lo que sí le

encantaría a su tía era explicarles a las viejas de la Asociación de Mujeres de Irlanda y a la gente que iba a misa lo sacrificado que era cuidar del imbécil de su sobrino para que así le dijeran que era una santa y, cuando le llegase la hora, se encontrara con las puertas del paraíso abiertas de par en par por haber cumplido de veras con su penitencia y la dejaran entrar directamente delante de san Pedro sonriente e ir a sentarse a la mesa de nuestro Señor.

Los Unthank lo esperaban en el corral. Johnsey casi alcanzó a notar la oleada de alivio que golpeó a Frank y salpicó el coche entero. Buena suerte y cuídate. Gracias, Frank, gracias. Y su tío se fue pitando. Pobre Frank, su vida consistía en hacer una y otra vez cosas que no quería hacer. Probablemente le habría encantado enterarse de la historia de Johnsey y Siobhán, la guapa enfermera, el ángel sexi del tirante del sujetador negro, y cómo le sonrió cuando él explotó dejándolo todo perdido, cómo en dos pasadas hizo desaparecer mágicamente el pringue, y después, cómo se había inclinado para darle un beso breve en los labios y le había hecho un guiño como una de esas chicas que salen en los programas de madrugada de la tele y tratan de hacerte llamar a un número de teléfono puerco, y difícilmente un tipo podía considerarse virgen después de todo lo que había pasado. Y aun así era probable que aquello no bastara para ser considerado una ofensa a la Iglesia y hacerlo sentir culpable si llegaba a cruzarse con el padre Cotter. Por lo que él sabía, no había ninguna norma que prohibiera las pajas antes del matrimonio.

Hasta pronto, le había dicho ella, y ya no la vio más. ¿Qué quería decir pronto? Cuando las ranas críen pelo, retardado del copón. No eres más que un dong grandote con la nariz luminosa. Para ya de engañarte.

Cuando terminó de comerse unas riquísimas chuletas jugosas acompañadas de patatas harinosas, y los Unthank terminaron de preocuparse y se fueron a su casa, el calorcito que llevaba en el vientre desde la paja y el beso, el abrazo varonil que le había dado Dave Farfulla antes de marcharse, la promesa de volver a verse pronto de Siobhán y la promesa de tomarse unas cuantas pintas los fines de semana con Dave empezó a enfriarse y a desaparecer, como un sueño que te esfuerzas por recordar, pero que se hace añicos y sale flotando de tu mente, y por más que intentes recuperarlo, es como intentar atrapar el aire. Probablemente nada de aquello fuera real. Probablemente Siobhán hizo lo que hizo por pura compasión: sabía que él nunca conseguiría que una mujer lo tocara. En general, las enfermeras se preocupaban por la gente; probablemente la muchacha pensaría, al diablo, la tiene tiesa desde la primera vez que me vio, no

da ningún trabajo, la verdad, pobre alma de Dios, cuando se le infectó la picha no se quejó ni una sola vez, le haré un favor y a la mierda. Por lo que Johnsey sabía formaba parte del oficio que las enfermeras aliviaran así a los pacientes varones, igual que te ayudaban a vaciar la vejiga y a ir de vientre. Claro que si a Dave Farfulla le hubiese aplicado el mismo tratamiento, lo habría proclamado a los cuatro vientos. Claro que Dave Farfulla era un adulador de primera; probablemente invitaba a todos los que conocía a tomarse unas pintas. Se las sabía todas, hablaba por los codos, y en cuanto Siobhán le daba la espalda, sonreía y gesticulaba de un modo tan cochino que daban ganas de reventarle la cara a sopapos.

Empezó a notar los dolores de los que el médico le había avisado, detrás de los ojos, a los lados de la cara, en las costillas y a lo largo del brazo ya sin escayola y con el hueso soldado. Le había dicho que no le recetaría calmantes, que fuera a la farmacia y se comprara algo cuyo nombre no recordaba, pero se lo había anotado en un papel, de todos modos sería como tomar agua comparado con todo lo que le habían metido en vena en el hospital, en vista de que se podía conseguir sin receta. En la tele no había nada, salvo Jeremy Kyle poniendo a parir a los ingleses, esos malas bestias, por usar condones y esa señorona americana negra que hace llorar a las blancas que se creen la hostia en lata. En lugar de distraerte, los programas que ponían de día en la tele no hacían más que deprimirte.

Pensó en Packie Collins con su jeta de amargado y se preguntó qué tal le estaría yendo con él al chiquito inmigrante. Johnsey todavía no acababa de creerse que hubiese sido capaz de mandar a paseo a Packie. Es lo que tiene cuando te han tratado con mucha violencia, te vuelves un poco más duro. Al diablo con Packie Collins, sus caras de asco y sus mandíbulas apretadas de rabia, ahora podría ningunear al chiquito inmigrante en vez de a él, y a ver si ese se aguantaba calladito. La caja con documentos que guardaba arriba seguramente le permitiría vivir con desahogo mientras pensaba mejor las cosas y trataba de decidir si se quedaba o se iba. ¿Acaso no decían todos que era millonario aunque no tuviera dinero contante y sonante? Se preguntaba cómo lo recibirían en la otra vida si entraba en ella sin tierras. ¿Acaso el abuelo, papá, los tíos abuelos y el guapo del tío Michael lo estarían esperando allá arriba para saber qué clase de granuja era? ¿Y madre se molestaría en prestarle atención? Señor, protégenos de todo mal, cuánto miedo da no saber nada, ni siquiera cómo sentirte.

Según pasaban los días, los tictacs del viejo reloj empezaban a sonar como el goteo constante que, a la larga, podría acabar

taladrándole el cerebro como en la tortura china. ¿Era lunes o martes? De todos modos, ¿de qué servía que sus días tuvieran nombre? A los días se les pone nombre únicamente si debes ir a algún sitio o tienes cosas que hacer. El martes por la tarde te paso a buscar para ir al entrenamiento de hurling. El viernes por la noche nos tomamos unas pintas. ¿Vamos al cine este domingo? Regresar a la soledad una vez interrumpida hacía que soportarla resultara diez veces más difícil que antes. La estancia en el hospital había sido como la «remisión» del cáncer de papá. Eso significa que se le pasó por un tiempo. Pero después se le repitió y acabó matándolo.

La casa volvía a estar rara. Se notaba más vacía que cuando terminó el funeral de madre, la última de las viejas se largó y los parientes consideraron que se habían prodigado lo suficiente para garantizarse al menos un par de indulgencias. Tal vez era la primera vez después de una eternidad que la casa había pasado varios días totalmente vacía. El aire parecía haberse cuajado, como un cuenco de jugo de carne asada dejado en reposo demasiado tiempo. Los Unthank habían recogido un poco antes de que él llegara, pero la casa seguía oliendo a encierro. Quizá ya olía así antes, pero no lo había notado. Su nariz estaba acostumbrada al olor intenso del hospital y sus ojos, que iban sanando, a la blancura limpia. Qué ganas de volver al hospital. No quería ir a la planta de arriba. Tenía la sensación de que lo vigilaban, y de que los vigilantes no eran antepasados bondadosos sino espíritus vengativos que habían tomado posesión de la casa vacía y estaban furiosos porque había regresado. Durmió en el sofá con el televisor encendido y las chicas de los teléfonos haciéndole gestos con sus boquitas de piñón y sus caídas de ojos. Soñó con Siobhán y despertó con el sonido de su voz en los oídos. Fuera, la puerta del establo seguía rota y atascada y no cerraba bien, y la oscuridad interior le resultó tan familiar y segura como debía resultarle a un bebé el vientre de su madre.

Un día caluroso y en calma, una persona cruzó ante sus ojos y le dio un susto tan grande que el corazón casi se le salió del pecho, el trasero se le deslizó por el borde duro del viejo sofá y cayó al suelo de lado. ¡El viejo Paddy Rourke estaba fuera en el corral! Johnsey jamás había sentido una felicidad tan grande al ver llegar a una visita. Normalmente, se le caía el alma a los pies ante la perspectiva de una charla trivial. Ahora era lo que más deseaba. La gente no se compadecía tanto de ti cuando recibías una paliza como cuando se te morían tus padres. La violencia abochornaba a la gente, la dejaba sin palabras. Johnsey estuvo a punto de salir corriendo al encuentro de Paddy.

Paddy no era hombre de sutilezas, ni de qué tal estás, ni de cómo van las cosas, ni de hablar del tiempo, del precio de la leche o el ganado. Dio una vuelta por el corral y echó un vistazo al establo por la puerta entreabierta. La vergüenza que envolvía a Johnsey como una nube, y que ahora comprendía algo mejor, parecía no pesarle tanto. Probablemente no sintiera ningún respeto por Johnsey, por ello no estaba incómodo en su presencia.

Tu padre, que en paz descanse, era un granjero limpio y pulcro como el que más. Esa era toda la charla trivial que podías oírle a Paddy, un tipo encorvado y lleno de arrugas; el poco pelo que le quedaba era blanco y encrespado, pero desprendía dureza por los cuatro costados, por los ojos, la voz, la forma en que cerraba y abría los puños al hablar. Paddy se acercó al muro que iba desde el hastial del establo hasta el frente de la casa y se apoyó en él mirando en dirección al pajar, casi vacío ahora salvo por los cardos y brezos. Empezó a hablar sin apartar la vista del pajar y del grupo de viejos robles que había un poco más allá.

Muchacho, Jackie se revolvería en su tumba si pensara que ibas a pasar el resto de tus días dejándote maltratar. Para él, el sol salía a tu espalda y se ponía a tus pies. De tanto interponerse entre tú y los demás, hizo de ti un blando, fíjate lo que te digo. No te hizo ningún favor. Verás, se pensaba que te transmitiría su fuerza como por arte de magia. Pero no siempre funciona así la cosa. Dios es agarrado con algunos mientras que con otros tiene manga ancha. Con él nunca se sabe. Del mejor toro y de la novilla más gorda a veces sale un ternero enclenque y tembloroso que apenas se tiene en pie. Tenía todo el derecho a dejar que anduvieras por ahí suelto, que corrieras, te cayeras, te metieras en líos, que recibieras los zarandeos y golpes que endurecen a los jóvenes. Pero no dejaba que nadie te mirase de reojo. En fin, de poco sirve que diga estas cosas, esos errores ya no tienen remedio. Estoy viejo, Johnsey, ya no tengo fuerzas para perseguir a esos muchachos. Haría el ridículo y acabaría atado a una cama en el asilo de ancianos. Me tomarían por uno de esos viejos chiflados, con esa enfermedad de los ancianos, sabes, esa que les ablanda tanto el seso que tienen que darles de comer en la boca todo hecho papilla como a los bebés y confunden el culo con el codo. Pero a ti te queda mucho tiempo por delante. Años y años en los que puedes ser un hombre y vivir feliz o pasar las de Caín.

Ahora mismo, hasta el último de los huevones taimados del país te está vigilando para ver qué vas a hacer con las tierras. Verás, Johnsey, mientras ellos están obsesionados con las tierras y cuentan el dinero que todavía no tienen y que quizá nunca tengan, tú tienes

derecho a sacar la escopeta de tu padre, cargarla con cartuchos de perdigones para patos, ir corriendo hasta el surtidor y acribillar a esos desgraciados que te pegaron la paliza. Pum, pum. Es el único idioma que entienden, chico. Los perdigones no matan a nadie, ya lo sabes. Pero joder, ¡cómo molestan! Se cubrirán de ampollas, los muy desgraciados, tendrán unos ardores como los del fuego del infierno, eso seguro, creerán que el diablo en persona ha ido a azotarlos hasta hacerlos sangrar. Una lección así la recordarán mientras vivan. Apunta bajo, hijo, y en el centro. Los perdigones se desparraman que da gusto. Con dos cartuchos acribillarás bien acribillados a esos cuatro soplagaitas. Después de la paliza que te dieron y que casi te mata, los policías te dijeron que no podían hacerles nada a esos tipos. Muy bien, lo mismo pueden decirles a esos muchachos cuando las enfermeras fabulosas del hospital les tapen los agujeros: Caramba, muchachos, cómo lo sentimos, pero no tenemos pruebas. Ni una sola prueba, muchachos, lo sentimos mucho. Si no lo haces, te arrepentirás toda la vida de haber permitido que salieran impunes. Esos son los arrepentimientos que no te dejan nunca, hijo. Esos arrepentimientos son como el cáncer, el mismo que tenía tu padre. Te carcomen por dentro.

Johnsey casi se había olvidado de la policía. Era muy difícil mantener las cosas claras y ordenadas en la cabeza. Los dos tipos que habían ido a verlo la primera vez, los mismos que lo trataron con tanta cortesía, fueron a visitarlo al hospital, a la mañana siguiente de su encuentro con Siobhán, para comunicarle que el tipo aquel con un nombre raro, ese del que hablaban en las noticias, al que le dicen fiscal, les había devuelto su expediente porque servía de bien poco, no contenía «pruebas suficientes», por lo tanto, Eugene Penrose, el chico de la ciudad y los otros dos mamones no serían juzgados por lo que le habían hecho. La noticia no había afectado tanto a Johnsey como a Dave Farfulla, que se pasó el resto del día echando pestes por la terrible injusticia cometida, diciendo que para el caso el propio fiscal podía haberle partido la cabeza con sus propias manos, y luego dijo lo que le gustaría hacerles a esos tipos que se metían cuatro contra uno, que no eran más que basura, que la puta policía de mierda no servía para nada y Johnsey casi se vio obligado a mostrarse más enfadado de que lo que realmente se sentía por todo aquello, porque de no haber sido por la paliza, nunca habría conocido a la Voz Bonita ni a Dave Farfulla.

A Paddy Rourke no podía decírselo, claro. Estaba hecho una fiera. En la comisura de la boca se le habían formado dos nubecitas de espuma blanca y cuando miraba a Johnsey a la cara, los ojos le relucían como si por detrás tuviera una hoguera. Lo mejor de Paddy

era que no había que hablarle mucho, nunca. Te soltaba sus pocas palabras, a palo seco, en una copa llena de verdades de las fuertes, podías bebértela de un sorbo o rechazarla, a Paddy le daba igual. Johnsey tuvo la sensación de que Paddy prefería que encajara todo aquello en silencio, que subiera al desván por la escopeta y fuera al surtidor a pegar unos cuantos tiros, como Clint Eastwood al final de Sin perdón.

¡Imagínate, él haciendo algo así! Se le acabarían los favores secretos de las enfermeras guapas, eso seguro. Solo delincuentes viejos y corpulentos cubiertos de cicatrices y tatuajes con los que compartir una celda estrecha en la cárcel de Mountjoy y seguro que lo machacarían como esos tipos machacaron al tal Andy Dufresne en Cadena perpetua. Si hubiese estado seguro de que se hundiría para siempre en la oscuridad del establo, sin duda podía tratar de meterles cuatro tiros a los muchachos, aunque solo fuera por darle el gusto a Paddy. Dispararle a alguien era más fácil que golpearle, eso seguro; podías hacerlo a cierta distancia. Desde luego, así se ganaría unos cuantos años más de Purgatorio, pero a lo mejor no sería tan grave. Por lo que sabía, no había más que flotar por ahí arrepintiéndote de tus pecados y de haber desperdiciado la vida que Dios te había dado tirándosela a la cara, mientras rezabas actos de contrición y esperabas a que te dejaran entrar en el Paraíso. ¿Y no estaba lleno de angelitos de bebés que no habían vivido en la tierra el tiempo suficiente para que los bautizaran? ¿O eso era el Limbo? ¿O eran el mismo sitio? Pero ¿no había liberado el Papa hacía poco a todas esas almas inocentes para que entraran en el Paraíso? Algo así había pasado, estaba seguro. Fuera como fuese, seguro que a él no lo enviarían al infierno por haber agujereado a esos malas bestias.

Paddy seguía fuera de sí. Después de todo daba la impresión de que esperaba que Johnsey dijera algo. Pero no fue así. Paddy se apartó de la pared haciendo ademán de largarse, luego se detuvo, se dio media vuelta y otra vez se puso a hablar.

Una cosa más, muchacho, y escúchame bien. Cuando venza ese contrato de arrendamiento, por el amor de Dios, no se lo vayas a renovar. Esos McDermott son unas víboras. Son capaces de pedirte un arrendamiento de trece años, ya han tenido uno de cuatro, y están seguros de que no anotarás nada porque saben de sobra que eres como tu padre, y a la que te despistes, te lo quitarán todo en los tribunales, donde argumentarán que estás mal de la cabeza y que llevan doce años haciendo uso de las tierras sin contrato ni pago de arriendo alguno, y la ley le tiene «aversión» a las tierras abandonadas y se las cederá a ellos por «prescripción adquisitiva», ¿te das cuenta? ¡Es la

forma elegante que tienen de llamar a los putos ocupantes ilegales! Los gitanos lo hacen todo el tiempo, Johnsey. Y ten por seguro que los McDermott también lo harán. Échalos ahora y cultiva tú las tierras o véndelas o vende una parte pero, por el amor del cielo, no se las dejes a esas ratas. No me explico cómo los Unthank no te han dicho estas cosas. La pobre Sarah quedó muy tocada cuando murió Jackie; no la culpo por dejar que todo se viniera abajo.

Paddy le dio otra vez la espalda y echó a andar dando un manotazo al aire como queriendo decir, al diablo con todo, no eres más que un bobo, estoy perdiendo mi valioso tiempo tratando de hacerte entrar en razón. Después de carraspear y soltar un gargajo se largó por donde había venido. A Johnsey le entraron ganas de salir corriendo detrás de él, agarrarlo del brazo y suplicarle que se quedara un rato, al menos a tomarse una taza de té y tal vez hablarle más sobre los planes de acribillar a esos bestias y quitarse de encima a los McDermott y, con suerte, le contaba el secreto de cómo llenar los días solitarios durante años interminables, a su vez, Johnsey podía revelarle su secreto con Siobhán, seguro que entonces Paddy Rourke tendría mejor opinión de él si se enteraba de sus relaciones con una enfermera preciosa y quizá retirase eso de que Johnsey era como un ternero enclenque y tembloroso. Aunque sabía que si seguía hablando se sentiría todavía más tonto. Mejor aceptar que los hombres como Paddy empezaban las conversaciones, las mantenían y las terminaban sin necesitar la reacción de gente como Johnsey Cunliffe, vergonzoso final de una larga estirpe de grandes hombres. Los hombres como Paddy decían lo que tenían que decir y después se largaban sin aceptar réplicas.

Johnsey echaba de menos a Siobhán y a Dave Farfulla. ¿Y si se caía, se partía la cabeza y volvía a aterrizar en su fabulosa habitación semiprivada, estaría ella allí para recibirlo, seguiría Dave Farfulla ahí dentro, diciendo sandeces a su costa, sonriendo y carcajeándose sin parar, burlándose de las enfermeras, siendo atrevido, molesto y obligando a la gente a considerarlo simpático contra su voluntad? Si seguía paseándose por la casa, alicaído y quejumbroso, era más probable que lo enviaran al pabellón de enfermos mentales. El sol de la mañana brillaba con fuerza, los árboles estaban colmados de verde, una bruma de moscas, bichos y mariposas flotaba sobre las tierras y a él no se le ocurría nada mejor que pensar en que algunas vidas estaban llenas a rebosar de gente, trabajo, deporte, niños y diversión y la suya no era más que espacios vacíos donde deberían estar esas cosas si él fuera el tipo de hombre capaz de aferrar las ocasiones en un puño y apretar con fuerza para no dejarlas escapar, en vez de acobardarse y esconderse en la casa de sus padres, con un susto tan grande que no se

atrevía ni a espiar fuera por temor a equivocarse y hacer el ridículo. ¿Por qué no podía haber nacido con su ración completa de hombría?

Esperó a que las palabras de Paddy se depositaran suavemente en la tierra resquebrajada y el aire recobrara su quietud. Aunque el sol ponía todo su empeño, una especie de frío se colaba por la puerta del establo. La empujó hacia dentro y soltó una especie de suspiro, como si rezongara al verlo regresar. Se detuvo en el umbral, con el sol calentándole la espalda y la oscuridad del interior enfriándole la cara. Recordó sus esfuerzos por encontrar el modo de atar una cuerda a la viga transversal, izarse a la altura necesaria, hacer un buen nudo, decidir si era mejor tirarse desde lo alto del redil o dejarse caer con todo su peso, sin más. Recordó que primero pensó en madre, después en los Unthank e incluso en las tías y las viejas y en que todos ellos lo sentirían de un modo distinto; algunos estarían realmente tristes, otros, incómodos, y en un par de ocasiones imaginó que mientras a él lo velaban, Eugene Penrose y sus bestias se pasearían por el pueblo con una sonrisa, fingiendo reverencia y pena, las cabezas agachadas para disimular las risitas, persignándose al paso del cortejo con rumbo al cementerio de Height, y nadie de los que seguían el coche fúnebre notaría que se burlaban de él incluso cuando lo llevaban a su lugar de descanso para depositarlo en la tierra cálida entre madre y papá.

Retrocedió hacia el sol, lejos del olor frío y penetrante. Y en ese mismo instante decidió que dejaría de pensar en cometer un pecado mortal en el establo. Decidió que subiría al despacho de papá y buscaría la famosa caja de los documentos. Eso le daría otras cosas de las que ocuparse, así no le vendrían esas ideas negras a la cabeza, ni se preguntaría si volvería a ver a Siobhán, ni si sentiría otra vez sus dedos delicados tocándolo, ni si de verdad tenía ganas de ir a un pub con Dave Farfulla, porque si iba, se sentiría incómodo y no sabría cómo comportarse, y al fin y al cabo daba igual, porque el tipo tenía tantas ganas de salir con él como de vivir bajo un puente.

Dermot McDermott estaba haciendo la segunda siega para ensilar. Johnsey oía a lo lejos el rugido del enorme tractor John Deere, que iba de acá para allá por la ribera, el campo preferido de papá. Papá nunca habría segado ahí el forraje por temor a molestar a los animalitos que vivían en la ribera; para preparar el ensilado, se reservaba una parcela menos buena, cerca del pueblo. Al papanatas de McDermott no se le vio más el pelo, no habló más de comprar las tierras; sabía que lo habían pillado en la mentira esa de las cuotas de leche y demás. Los McDermott estaban al tanto de la recalificación de tierras mucho antes que Johnsey y habían planeado montar una trama. Que la montaran, al diablo. El dinero es su dios, habría dicho papá, que lo disfruten

ahora. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos. Una de las excusas de papá con la que explicaba su falta de astucia. Ya se las arreglarían los McDermott para entrar en el paraíso, seguro. Plantados delante de san Pedro proclamarían su rectitud con caras compungidas, como hacían en misa, cuando entraban soberbios, bien erguidos y se sentaban delante para que el padre Cotter los viera, con unas ínfulas como si la iglesia la hubiesen construido para ellos. Cuando Johnsey entró en la casa a buscar la famosa caja de los documentos, la tos convulsa del John Deere al arrancar chirrió con rabia en sus oídos.

Aquella caja no contenía más que confusión. Cartas sueltas y papeles de bancos y compañías de seguros con palabras grandilocuentes y listas de números y dos libretas del Credit Union, una a su nombre y otra a nombre de madre y papá. Solo Dios sabía cómo podía uno convertirlas en dinero contante y sonante. Johnsey tenía una tarjeta y un código de cuatro números que madre le había hecho memorizar, sabía cómo usarla en el cajero automático del pueblo y sacar el dinero que Packie Collins le ingresaba semanalmente, pero antes de la muerte de madre casi nunca lo hacía y ahora solo sacaba treinta o cuarenta libras a la semana para las compras de la casa, como leche, jamón, galletas y algunos platos congelados fáciles de preparar en el microondas.

Como había renunciado a su trabajito, tarde o temprano el dinero de Packie se acabaría. Entonces no le quedaría más remedio que meter mano en aquellos papeles. En el cajero podías pulsar una tecla que ponía «consultar saldo». Un día de estos tendría que probar y pulsarla. La gran puta, cuántos problemas traía esa caja. Tendría que haber prestado más atención meses atrás cuando le explicaron esas cosas en vez de quedarse ahí sentado como un idiota pensando cuándo podría dejar de asentir con la cabeza y decir, muy bien, fabuloso.

Fue a su cuarto y echó un vistazo al corral desde la ventana. Qué difícil era no asomarse y más difícil todavía no esperar que papá apareciera pedaleando en su bicicleta o que madre entrara petardeando por la verja en el Fiesta, sin rozar los pilares de milagro. Uno de los profesores de la escuela técnica había explicado una vez cómo funcionaba eso de ver. Había pensado mucho en eso cuando estuvo ciego. Cuando miras un objeto, la luz del sol rebota en él, te entra en el ojo y de la «retina» sale un mensaje que se transmite al «nervio óptico» de tu cerebro, que es el que entonces te dice lo que estás viendo porque forma una imagen para que tú la veas. O sea que en realidad no ves las cosas tal como son, sino la versión que el cerebro te da de ellas. Johnsey se aprendió todo aquello de memoria,

lo escribió en un examen y aun así le pusieron una D. Una D de débil mental. Había memorizado tan bien cómo vemos que no había dejado sitio para más. En fin, que eso ahora daba igual. La retina desprendida estaba prendida otra vez y funcionaba a tope, enviaba luz por el viejo nervio óptico a esa parte de su cerebro que le mostraba la imagen de una persona con la camisa arremangada, unos pantalones con pinta de importantes y una calva reluciente que avanzaba por el corral. Era aquel tipo de los Grogan, dueños de varias tiendas, la funeraria del pueblo y no sé qué más, que irritaba a madre a más no poder. Dios santo bendito, lo que faltaba.

Estrechó la mano de Johnsey entre las suyas y, sin más preámbulos, se puso a discursear. Como Paddy Rourke, aunque el discurso de Paddy hablaba de cómo tenía que hacer Johnsey para pegarle unos tiros a Eugene Penrose y sus bestias, y este otro hablaba de cómo tenía que hacer Johnsey para vender sin falta sus tierras a un consorcio formado principalmente por vecinos preocupadísimos por el empleo y el progreso. Seguro que Jackie le había hablado del asunto; llevaba tiempo cocinándose, la planificación de la «reserva inmobiliaria», claro que Jackie había sido tan impulsor de la idea como el que más. Claro que había presionado a favor de la recalificación, y ahora que los urbanistas habían entrado en razón no quedaba más que llegar a un acuerdo sobre la venta de las tierras, de ese modo se podrían presentar los planes de «reurbanización» y las obras podrían empezar de inmediato. ¿No era una auténtica pena que Jackie, que en paz descanse, no viviera para ver cristalizar sus planes? Pero ¿no se alegraría de que el Consejo del Condado hubiese por fin entrado en razón y que su hijo y, con la ayuda de Dios, los hijos de su hijo pudiesen prosperar gracias a él?

Este hombre que, cuando se cruzaba con Johnsey en el pueblo, casi nunca se había dignado mirarlo en veinticuatro años, ahora lo agarraba de la mano igual que la gente en los funerales de madre y papá y le sonreía enseñando los dientes y las encías como un pastor alemán, echándole a la cara el aliento caliente y un montón de palabras.

Ya sabes, Johnsey, yo era amigo de tu padre, le dijo Herbert Grogan, lo sabe todo el mundo. Apreciaba mucho a tu padre, y él a mí. No tenía un pelo de tonto, Johnsey. Veía más allá de sus narices, no como otros. Johnsey, hay gente que esta noche se acostará pobre y mañana se despertará millonaria. El ganado que ayer comía hierba normal, hoy caga oro. Todo esto está pasando, Johnsey, sin que tengan que hacer el menor esfuerzo. Se pasaron toda la vida madrugando para ordeñar y dar de comer a los animales, haciendo el

mismo trabajo todos los santos días sin pensar en otra cosa que ir al mercado, comprar y vender unas cuantas cabezas y esperar a ver qué subvención les caía de Europa o de donde fuera. El esfuerzo, la lucha, el trajín y las privaciones que permiten que todos esos millones vayan a parar mágicamente a esos tipos corren a cargo de gente como yo. Somos unos tontos del bote, vemos el potencial, el «potencial», Johnsey, de sus míseros campos inundados en los que ni los animales ni los hombres llegaron a prosperar nunca, vemos en esas tierras algo grande que beneficiará a todos, traerá empleo, seguridad y felicidad. Es lo único que queremos hacer, Johnsey, dar trabajo, mejorar la comunidad y construir para el futuro. Hay quien dice que estamos locos. Otros dicen que somos «visionarios». ¡Otros más nos llaman sinvergüenzas y dicen que estamos en esto solo porque podemos sacar una buena tajada! Escúchame bien, John, me importa una mierda lo que esa gente diga de mí, por aquí hay una panda de envidiosos que quieren arramblar con todo y que a los demás les den, son los mismos que hace mucho tiempo vendían a sus vecinos a los ingleses. Que se vayan al infierno, Johnsey, morirán amargados y nadie los llorará.

¿No es una ofensa al Señor decir que un hombre puede llegar a ser un freno al progreso y negarle el empleo a la mitad del pueblo y riqueza a todos por el mero hecho de estar vivo y que la baja estima en que lo tienen sus congéneres podría reducirse más aún por asuntos en los que ese hombre no tiene ni arte ni parte? ¿No es el colmo? Al parecer, de repente el pueblo entero tenía los ojos clavados en él esperando a ver si se decidía a vender las tierras a ese consorcio de peces gordos para que así pudieran seguir con sus planes de construir casas, tiendas, una escuela, nuevos caminos y demás… Y nada de eso con ánimo de lucro, lo único que quieren esos grandes hombres es dar empleo, según Herbert Grogan. Por lo visto, los Creamer, los McDermott y Paddy Rourke ya habían firmado un «acuerdo preliminar» respecto de su parte en esta famosa operación inmobiliaria. Johnsey deseó que Paddy le hubiese explicado mejor el asunto en vez de decirle que era un enclenque tembloroso e insistirle en que cometiese violencias imposibles.

La caja del despacho de papá ahora parecía algo lastimoso. Todo el trabajo de madre y papá, alimentar las vacas, ordeñarlas, criar terneros y ovejas, esquilar, las idas y venidas al mercado, al matadero, a la cooperativa, el afán de mamá por ahorrar hasta el último céntimo y las peleas con papá porque era un manirroto, y las jornadas de sol a sol que papá dedicaba a la construcción, total ¿para qué? Podían haberse quedado sentados tan contentos, cobrar el desempleo y dedicarse a ver la televisión el resto de sus días porque las pocas libras que podrían conseguir con los documentos de la caja de papá serían como guijarros en una cantera comparadas con el dinero que los peces gordos querían pagar por las tierras.

Johnsey pensó otra vez en Jesús nuestro Señor después de pasar en el desierto cuarenta días y cuarenta noches en soledad, muerto de hambre y de sed, y en el diablo que se le aparece para tentarlo con ofertas de aplacar la sed y saciar el hambre y todas las riquezas del mundo. Lo único que quería hacer Jesucristo era recorrer los caminos con sus amigos y predicar sobre su Padre. Debió de pasarlo en grande hasta que los amargados de los fariseos lo delataron y los romanos se cabrearon. Debió de ser magnífico tener tantos amigos y además esos poderes mágicos para alimentar multitudes y convertir el agua en vino y resucitar a los muertos a la vista de todos. ¿Y él, qué tenía él? Una granja y unas tierras ya usurpadas, que estaban a punto de quitarle para siempre para cubrirlas de hormigón, ni un solo amigo con quien hablar y apenas fuerzas suficientes para poner la lavadora.

Ese Grogan había terminado de hablar. Ahora miraba a Johnsey

con el labio inferior cubriendo el superior, tocando casi la nariz puntiaguda, como uno de esos tipos que ven los partidos de brazos cruzados, en silencio, sin gritar como descosidos. ¿Esperaba a que Johnsey dijera algo? En esta ocasión, al menos, no diría, tendré que preguntar. ¿Debía invitarlo a pasar? A los vampiros hay que dejarlos entrar, de lo contrario no cruzan el umbral de tu casa.

Johnsey le dijo a Herbert Grogan que hablaría con su contable, le dio las gracias por la visita y reculó hasta la puerta de entrada, con una mano a la espalda para guiarse. Cuando cerró la puerta, se quedó quieto un rato y esperó a oír unos pasos alejarse y un coche arrancar frente a la verja y, cuando finalmente los oyó, volvió a respirar y se preguntó de dónde habría sacado eso de «hablaré con mi contable».

Por Dios, Johnsey, lo has hecho muy bien. Mucho mejor que decir «tendré que preguntar».

Agosto

Hay un poema que escribió un tipo en el que contaba que al ver a un anciano se acordaba del aspecto de su padre cuando murió. Decía así:

Cada viejo que veo

me recuerda a mi padre

enamorado de la muerte

cuando recogíamos gavillas.

Johnsey aprendió de memoria todo el poema cuando iba a la escuela. Ahora solo recordaba la primera estrofa. Agosto marca el verdadero inicio del otoño. En agosto maduran las cosas después de pasar el verano entero bebiéndose el sol. Otras empiezan a morirse, se marchitan hasta quedar en nada. En agosto se empieza a notar el aire más fresco. En los partidos, te ponías rojo como un tomate, y cuando llegabas a casa por la tarde, el sol se cansaba de pelear y dejaba que la luna fría y blanca lo batiera en retirada detrás de los cerros. En agosto el sol es más débil, acuoso, incapaz de mantener el calor el día entero.

Papá murió en agosto. A lo largo de ese último verano, cuando a su alrededor todo crecía y florecía, papá se fue debilitando y muriendo poquito a poco. Se enamoró de la muerte, como el padre de aquel otro.

El primero de agosto llegó Dave Farfulla y todo cambió. Johnsey lo vio acercarse desde la pared del pajar. Cruzó la verja derrapando, acelerando como un loco, las ruedas protestaron a chillido limpio ante tanto alarde por su parte, llegó en uno de esos coches que llevaban a papá a gritar, fíjate si será BRUTO ese, cuando pasaban a toda velocidad por el camino. A Johnsey el corazón le dio volteretas dentro del pecho. Imagínate sentir tanta alegría de ver a ese gordito adulador. Dave Farfulla abrazó a Johnsey, como uno de esos tipos de la mafia. Fue como caer en una pila de paja calentada al sol después de una larga jornada de trabajo. Se apartó enseguida por miedo a que Dave Farfulla notara su alegría y pensara que era un marica. Dave Farfulla le daba a la sinhueso a mil por hora. En eso, ningún cambio. Llevaba la boca bien arreglada con implantes permanentes, así que de farfulla nada, solo quedaba Dave. Giró sobre sí mismo por temor a perderse algo y después salió disparado para el corral grande colándose por el espacio entre el establo y el taller, al trotecito con sus

piernas cortas, antes de que Johnsey pudiera protestar.

A Johnsey no le gustaba el corral grande; el vacío lo invadía todo allí donde antes se acumulaba el estiércol, donde las vacas, animadas por los «hale hale» y los silbidos de papá, iban a que las ordeñaran camino del establo, donde olía a bosta y a gasóleo. Pero ahora que Dave Farfulla se había plantado en el medio, parecía otra vez más vivo, menos como uno de esos pueblos fantasma que se ven en las películas del Oeste y más como un lugar que podía ser despertado de su sueño y puesto de nuevo en uso.

Dave Farfulla le echó en cara a Johnsey que dejase el Land Rover de papá y el Fiesta de madre llenarse de polvo y herrumbre, y prometió ponerlos en marcha. Asombrado por la superficie del granero, aventuró que ahí podían caber por lo menos veinte apartamentos. ¿No? Claro que sí. Sin mucho esfuerzo, chico. Entraba y salía de los cobertizos, parloteando todo el rato, cualquiera hubiera dicho que era como esos monos regordetes que se balancean de rama en rama en el complejo turístico de Fota Island.

Ay, Jesús, te diré una cosa, eres la comidilla del pueblo. ¡Comentan que si vendes, vas a pedir veinte millones! ¡Y bien que haces, claro que sí! ¡Veinte millones nada menos! Dave hizo una pausa, negó con la cabeza y soltó un silbido. ¿Sabes qué te digo? Bien que haces, chico. ¡Chapó, muchacho! ¡A esos desgraciados de los McDermott, los Collins, su gran jefe Herbie Grogan y todos los demás del puto consorcio, como se hacen llamar, los vas a poner bien de los nervios, chico!

No parecía justo aguarle la fiesta. Sin haber hecho nada, tan cagado de miedo que no se atrevía a cruzar la verja más que para ir a la primera misa el domingo, tenía al pueblo entero alborotado. Por eso lo miraban raro en la iglesia y en el camino de vuelta a casa. Creía que estaba relacionado con la paliza, pero al parecer estaba más relacionado con que lo consideraban un sinvergüenza insaciable y codicioso que trataba de desplumar a unos empresarios trabajadores que lo único que quieren es dar trabajo a la gente y hacer de este mundo un sitio mejor. Al menos le había dado una alegría a Dave Farfulla, o eso parecía. Pensó en Paddy Rourke y en su mujer, cuando se les reviró el ternero y a Paddy lo etiquetaron de hombre que maltrata a una mujer. Madre tenía razón. La gente piensa, dice y cree lo que le da la gana. La verdad es aquello que se grita con más fuerza, más veces. ¿Qué más daba? Que se fueran todos al infierno. Eso es lo que habría dicho papá.

Johnsey le contó a Dave Farfulla todo sobre Herbert Grogan, el rollo que le había soltado, las mentiras sobre papá, eso de que planeaba desde el principio vender las tierras y que papá fue el primero en querer que recalificaran los terrenos, y que Dermot McDermott intentó engañarlo para que le vendiera la finca a él porque, alucina, querían conseguir una cuota mayor de leche y asegurarse las tierras; Dave Farfulla negó con la cabeza, soltó un escupitajo como Paddy Rourke y le explicó que los Grogan, con tal de comprar y vender, eran capaces de darte gato por liebre y que era bien sabido que el tal McDermott era un soplagaitas y su familia, unos aprovechados.

Dave Farfulla se preguntó cómo era posible que no fueran amigos desde hacía años. Johnsey se animó a decir que iban a escuelas distintas y además se llevaban unos años. Dave reconoció que así era, y dijo que siempre se le olvidaba que Johnsey tenía apenas veinticuatro. Era la primera vez que Johnsey oía hablar de amistad entre dos hombres. ¿Se habrían declarado su amistad papá, Jimmy Unthank y Paddy Rourke o no habrían mencionado nunca ese vínculo relegándolo al silencio, libre de las palabras? Johnsey tenía la impresión de que Dave Farfulla hablaba tanto que era capaz de convencerse y cambiar de idea hasta la eternidad y que, al fin y al cabo, ninguna de sus declaraciones de amistad o enemistad tenía demasiado peso. Con eso y con todo, en días como aquel, cuando el viejo reloj de casa marcaba sus tictacs crueles y tenías poco que hacer aparte de clavar la vista en la pared del pajar y preguntarte cómo era posible que un universo tan repleto de cosas pudiese haber dejado un espacio tan vacío, las declaraciones de cariño y amistad de Dave Farfulla, tuvieran o no peso, eran tan bien recibidas como los días de sol cuando había heno por guardar o turba por recoger.

Para rematarla, aquel agosto Dave Farfulla fue a verlo casi a diario. Los días que no iba se estiraban como chicle y era exasperante la calma con la que tardaban en pasar. Esos días, miraba la tele y la tele lo miraba a él, y fuera el sol lechoso caía sobre un mundo que parecía a punto de echarse a perder sin un Dave Farfulla con quien salir. Los días que sí iba a verlo pasaban a galope tendido, porque el tiempo es así, no es ninguna constante, como decía aquella profesora de ciencias. Ir al pueblo en el coche de Dave Farfulla a ver a las chicas en minifalda, o pasear por los Callows y tirar piedras al río como niños descarados, o quedarse sentados en la cocina viendo caer la lluvia y bebiendo unas latas de cerveza Harp mientras Dave Farfulla hablaba y hablaba y no paraba de hablar, todas estas cosas hacían que el tiempo se acelerase tanto que, en cuanto terminabas de reírte de cómo se burlaba Dave Farfulla del trasero gordo de una chica, o de la

cojera de aquel que cruzaba la calle, o del pelo de aquel muchacho teñido en casa, o de cualquier otro cuento chino que se le ocurriera, y mirabas el reloj, caías en la cuenta de que ibas a perderte el capítulo de Home and Away y ni siquiera te importaba.

Dave Farfulla le iba a reclamar un porrón de dinero a Timmy Shaughnessy, al que todos llamaban Timmy Apretón de Manos porque siempre saludaba dando la mano. Dave había apoyado la escalera en unos andamios que pertenecían a Timmy, la plataforma se desplomó, Dave y la escalera acabaron en el suelo, menos mal que un murete frenó la caída, y eso que la escalera era de las mejores, pero tú ya viste cómo acabé yo, que tuvieron que recogerme con cucharita. Timmy Apretón de Manos podía reclamar una indemnización al Consejo del Condado, propietario de la casa cuyos canalones tenía que limpiar Dave, y a su vez el Consejo podía reclamar a la Comisión de Obras que, para empezar, había mandado limpiar una casa que, para colmo, tendrían que haber demolido hacía tiempo, ¿acaso el seguro no estaba para eso, para indemnizar a un hombre por todo lo que había sufrido? La abogada que llevaba el caso no se detenía ante nada, se veía a la legua. Y, ay, Jesús, estaba para comérsela.

Dave Farfulla tenía un montón de historias sobre las cosas que había hecho y había visto, los lugares en los que había estado y las mujeres con las que había ligado. Había estado con todas las chicas más o menos de su edad de la parroquia y con la mayoría de las chicas de las parroquias vecinas. Estaba en carne viva de tanto darle a la manivela. ¡En el pueblo llegaba incluso a señalar a las chicas con las que había echado un polvo! Además de hacerse pasar por un gran amante de las mujeres, Dave Farfulla no paraba de contar historias sobre «mis compinches». Una vez, yo y mis compinches nos fuimos de fin de semana a Cork. ¡Qué juerga aquella, sí, señor! Yo y uno de mis compinches nos llevamos a casa a dos mujeres que estaban cañón, una de ellas resultó ser una loca de cuidado y se le tiró encima con una copa de vino rota, ¡fue increíble! Cuando íbamos a un club nocturno, yo y mis compinches, nos pasábamos la vida peleando con los de la ciudad y una noche, tres de aquellos matones hijos de puta me arrinconaron, me pillaron solo porque mis compinches se habían ido temprano, pero a uno de los cabrones le pegué un cabezazo en el morro, a otro le di con todo en las pelotas, el tercero de esos soplagaitas se dio media vuelta y salió corriendo y ni siquiera me molesté en perseguirlo; paré un taxi y había una tipa que también estaba esperando y dijimos, a la mierda, lo compartimos, y acabé comiéndole la boca a base de bien en el asiento de atrás y cuando le pagué al taxista, el hombre me miró y negando con la cabeza dijo: Mítico.

A esos compinches Johnsey nunca les vio el pelo, ni supo cómo se llamaban. En la calle, cuando Dave Farfulla tocaba el claxon y saludaba a la gente apoyando el dorso de la mano en el parabrisas, por lo general, ellos correspondían a su saludo amistoso levantando un dedo o inclinando la cabeza o no hacían ningún gesto. Y Dave Farfulla nunca cumplió con su promesa de llevar a Johnsey a tomarse unas pintas. ¿Qué tenía de malo? Unos cuantos cuentos chinos nunca habían hecho daño a nadie, y hasta ese momento, él había sobrevivido de fábula sin pisar un pub. Cuando madre disfrutaba con alguien acostumbraba decir que era un «reconstituyente». Como si esa persona le sentara bien. Johnsey entendía ahora a qué se refería.

El teléfono sonaba casi a diario, y cuando Johnsey contestaba, la gente quería hacerle preguntas y decirle cosas y hablar de subastas y comisiones y de qué quería hacer; al final, debajo del teléfono encontró el trasto del volumen, lo puso al mínimo y así acabó con la tortura de tener que farfullar medias verdades a desconocidos para terminar colgándoles. Aquello le recordó la historia del niño holandés que, al ver un agujero en un dique, lo tapó con el dedo para salvar a su país. Notaba dentro del teléfono silenciado la presión acumulada de todas las llamadas sin contestar, de toda la gente que quería hablar con él, preguntarle cosas y decirle cuánto podía ganar y qué oportunidad se le había presentado, así pasados unos días apenas se atrevía a pasar por delante de la mesa del vestíbulo donde descansaba el teléfono sin la sensación de que iba a explotar con un PAF para inundarlo y ahogarlo en una marea de voces airadas y palabras grandiosas e insistentes.

Después de unas cuantas visitas, a Dave Farfulla le dio por presentarse y entrar sin llamar a la puerta o la ventana. La primera vez que lo hizo, se plantó en el umbral de la cocina mirando a Johnsey y este le devolvió la mirada desde la mesa donde estaba comiendo una tostada y tomando un sorbo de té y, alucina, Dave le dijo, provocador, vamos a ver, chico, si tienes algún problema, lo arreglamos a trompadas, y conteniendo la risa, Johnsey le contestó que tenía un morro que se lo pisaba entrando ahí como Perico por su casa, entonces Dave Farfulla dijo que lo sentía, pero el caso era que, al parecer, sir Godfrey Culoestrecho, el mayordomo, estaba indispuesto, de lo contrario se habría hecho anunciar, serás soplagaitas, y los dos empezaron a reírse y qué más daba si entraba directamente, de todos modos, lo oías llegar desde la otra punta del pueblo en su coche hortera.

Así fue como Johnsey se dejó pillar por el tipo del diario. Sucedió un día, a eso de las once y media, la hora en que normalmente se

presentaba Dave Farfulla y se tomaban una taza de té con unos Mikado o una ración de tarta si los Unthank lo habían visitado antes, mientras planeaban si sería un día de paseo por la ciudad, un día de ver vídeos, un día de cervezas Harp o un día de no hacer nada. Sonó el timbre y Johnsey gritó, entra, está abierto, y cuando empezaba a preguntarse por qué al bendito de Dave Farfulla le había dado por llamar al timbre, un tipo más raro que un perro verde atravesó la puerta de la cocina con una sonrisita y dijo, el señor Cunliffe, supongo, como aquel hombre que fue a la selva a buscar a ese otro hombre, con uno de esos acentos que oyes de vez en cuando si vas con la ventanilla del coche bajada por la ciudad a la hora de la comida y pasan a tu lado los muchachos del colegio de buen tono, Monte no sé cuántos. El perro verde dijo que trabajaba para un periódico y llevaba un cartelito cuadrado con una foto y algo escrito en letra pequeña; quería saber si podía hacerle a Johnsey unas preguntas sobre su papel en la operación inmobiliaria local y Johnsey notó un nudo en el estómago y un vacío en las pelotas que esperaba no volver a notar nunca más, y ni siquiera sabía bien por qué. Le contestó, no, no puede, pensé que era otra persona, por eso le dije que entrara, tendrá que irse, y el muchacho del acento afectado le dijo, de acuerdo, no hay inconveniente, entonces me limitaré a poner «sin comentarios», porque por aquí todo el mundo tiene algo que comentar sobre usted, y la forma en que pronunció «usted» sonó como si no soportara a Johnsey y se creyera mejor que él. Un tonto de baba, como habría dicho papá.

El perro verde retrocedió por el vestíbulo, seguido de Johnsey, sin parar de hablar; le preguntó si era cierto que Johnsey pedía veinte millones por las tierras y si era consciente de que las autoridades urbanísticas habían aprobado provisionalmente los planes de una empresa de construcción local que dependían de la venta y si por eso se creía con derecho a pedir lo que le daba la gana y si no tenía sentimientos de culpa. Y cuando el perro verde se disponía a cruzar la puerta y salir al corral, otro tipo, de cara taimada y granujienta, salió de detrás del jeep que debió de entrar en el corral en punto muerto porque Johnsey no lo oyó acercarse, y le sacó una foto con una cámara que más bien parecía una ametralladora. Después, los dos se subieron al jeep, el muchacho elegante sacó el brazo por la ventanilla, le tendió una tarjeta, Johnsey la agarró y el muchacho elegante le dijo, si cambia de idea y quiere comentar algo, deme un «telefonazo», y se fueron. ¿Que le diera un tele qué? Ah, sí, que lo llamara por teléfono.

Poco después, cuando llegó Dave Farfolla, Johnsey seguía en el corral y tardó un rato en explicarle lo ocurrido porque temblaba un

poco pese a que hacía un día cálido, y tenía ganas de llorar pero no sabía bien por qué; Dave Farfolla le dijo que no se preocupara por aquellos imbéciles, que se fueran al diablo, y le dio una palmada en la espalda mientras cruzaban el corral, y ¿no es genial tener un amigo que te dé una palmada en la espada y te diga que no te preocupes?

El domingo siguiente, antes de que Johnsey se levantara de la cama para vestirse e ir a misa, oyó el trompeteo del tubo de escape de Dave Farfolla estallar por Dark Road hacia la casa. Cruzó en tromba la puerta principal, dejó atrás a Johnsey y entró en la cocina con la cara roja y reluciente, agitando un periódico. Johnsey notó un ardor en el estómago cuando Dave Farfolla puso el periódico en la mesa de la cocina como el sacerdote que deposita el cáliz y las hostias en el altar, lo abrió despacio mientras negaba con la cabeza y dijo, ¡ay, señor, espera a ver… esta… puta mierda!

Tres palabras enormes, en negrita, ocupaban la parte superior de la página: TIERRA DE CODICIA. Debajo había montones de palabras más pequeñas, pero aun así más grandes que las de tamaño normal que llenaban el resto de las dos páginas:

El joven soltero de la zona rural de Tipperary cuyas obscenas exigencias amenazan con desbaratar los planes de transformar el destino de una comunidad entera.

Al lado de esa frase salía una foto borrosa de un tipo de mejillas coloradas con la boca entreabierta, un ojo entrecerrado y una mirada enojada en la jeta… a la mierda con todo, era él. Miró a Dave Farfulla y el huevón estaba tan agitado que por poco no se sube a la mesa de la cocina. Joder Johnsey, joder Johnsey, eres una puta leyenda, no paraba de repetir una y otra vez.

Las demás palabras contaban cómo

este joven soltero, que ha hecho oídos sordos a los ruegos de sus vecinos por que mantuviera la cordura en su enfoque de la negociación de la importantísima operación inmobiliaria, heredó las tierras de sus difuntos padres y no mostró el menor interés por labrarlas sino que, por el contrario, decidió arrendar la granja a los vecinos y llevar una vida de lujos en su casa de labranza de época en cuya restauración sus difuntos padres gastaron una fortuna. Tras ser atacado por un grupo de vecinos desempleados, enfurecidos por su actitud despectiva ante sus futuros, prácticamente se ha convertido en un recluso, y ha manifestado sus delirantes exigencias a través de un despacho de contables de la ciudad. Un vecino, que ha pedido

mantenerse en el anonimato, manifestó: «Nadie aprobaría lo que le ocurrió [a Cunliffe], pero es comprensible que gente como esos muchachos esté enfurecida. Tiene la sartén por el mango y nada que perder; pase lo que pase, podría vivir el resto de sus días rodeado de lujos. Por aquí nadie entiende de dónde saca esa veta codiciosa. Su padre y su madre, Dios los tenga en la gloria, eran la sal de la tierra. Solo Dios sabe cómo es posible que alguien de una familia tan buena y decente pueda salir así».

Al pie del artículo decía «Ver análisis, página 34». No era fácil encontrar la página 34 con las manos temblorosas y sudadas. En la página 34 se veía la foto de un tipo de pelo rizado, gafas redondas, mejillas regordetas, la jeta con el ceño fruncido y los brazos cruzados como queriendo decir, a mí no se me escapa una, chico, ya le ajustaré las cuentas a todo el mundo. A Johnsey no le gustó ni pizca la cara de ese tipo. Y el ricitos de mejillas regordetas tampoco parecía muy impresionado por Johnsey. Debajo de su foto, había escrito un buen rollo. Dave Farfulla le arrancó a Johnsey el periódico, carraspeó y, alucina, era alguien importante a punto de soltar un discurso. Entonces leyó en voz alta las palabras del ricitos con un acento afectado y seguro que, al oírlo, no sabías si reír o llorar.

Dave Farfulla leyó:

En los últimos tiempos, nuestra pequeña República se ha visto afectada por múltiples acontecimientos que, hace apenas unos años, jamás habríamos creído posibles. Nos hemos convertido en el mayor productor mundial de medicamentos contra la impotencia, nada menos. Nuestros productos se venden en todo el mundo. Nos hemos convertido en un centro financiero mundial donde se concentran las más reputadas empresas tecnológicas y de innovación. Nuestras facultades y universidades han visto un ascenso meteórico de titulados universitarios y doctores. Hemos pasado a ser un contribuyente neto de la Unión Europea. La inmigración interior ha superado con creces a la emigración. Casi no tenemos desempleo. En estos tiempos de bonanza los únicos que se agarran a los subsidios son los perezosos terminales, los ancianos y los enfermos.

Se trata de unos muy buenos acontecimientos.

Sin embargo, se han dado muchas situaciones que han venido a empañar la brillante luz del dinamismo y la prosperidad y amenazan con apagarla por completo.

Nuestro gabinete se ha puesto unos sueldos muy superiores a los

de cualquier otro gobierno del mundo occidental. Nuestro funcionariado no ha parado de crecer hasta convertirse en una bestia inmensa e incontrolable que solo responde a sus propios intereses. Para los jóvenes, tener casa propia se ha convertido en un sueño imposible. El erario público se jacta de disponer de miles de millones de superávit, aun así, recientemente un hombre acabó sus días de un modo indigno en una camilla de urgencias de un hospital irlandés al no disponer de cama para su ingreso y de personal suficiente para prestarle la atención adecuada.

Ahora nos enteramos de que uno de nuestros conciudadanos, oriundo de una tranquila parroquia rural corriente y moliente, como tantas otras, un hombre sin motivos para creerse especial ni libre de las exigencias de la decencia común, ha informado a sus vecinos, con los que lleva viviendo los veinticuatro años que tiene, que si desean mejorar sus vidas, dar un techo a sus hijos y asegurar un futuro a esa pequeña zona del interior, deberán pagarle la escandalosa suma de veinte millones.

Tómense un momento para digerir esa suma, amigos. Y pregúntense lo siguiente: Si un irlandés del montón, en apariencia cabal, es capaz de una indecencia tan burda, de una codicia tan asombrosa, de tamaña arrogancia, pregúntense, mis queridas y queridos compatriotas irlandeses, ¿qué vendrá después? ¿Qué más sabremos sobre nosotros y de lo que somos capaces?

Por Dios, ¿qué vendrá después?

Ese tipo del periódico tenía muy mala baba, llegaba incluso a invocar la ayuda de Dios, como si sugiriese que Johnsey se había aliado con el diablo o algo así. No estaba del todo seguro de entender el significado de «cabal» y «arrogancia», tampoco Dave Farfulla, aunque dudaba mucho que fuese un elogio. Al parecer, las palabras siempre serían sus enemigas. Podías dar un toque de verdad a lo que fuese. Las palabras puestas blanco sobre negro en un periódico siempre suenan a verdad. A esas alturas, incluso él mismo se consideraba un corrupto. ¿Por qué iba nadie a dudar de esas palabritas escritas en negro? ¿Acaso no estaba la Biblia llena de esas mismas palabritas negras y eran muchos los dispuestos a morir antes que dudar que fuesen verdaderas? No podías ir por ahí dudando de la palabra de Dios, aunque Dios no hubiera puesto nada por escrito, porque estaba por encima de las palabras. Tampoco podías pescar a Dios poniendo su foto en el artículo de un gran periódico para convencer a la gente de quién era bueno y quién era malo. Aun así, una mentira impresa tiene más pinta de cierta que una verdad salida

de la boca de un idiota. La mejor solución era no hacer nada, le aconsejó Dave Farfulla. Johnsey estuvo de acuerdo. Tenía claro que toda palabra que lograra balbucear en defensa propia solo llevaría a más palabras de represalia de aquellos que las dominaban con maestría y sabían doblegarlas a voluntad.

Dave Farfulla pasó de la euforia al desconcierto y el disgusto. Johnsey, tú y yo somos compinches, ¿sabes qué te quiero decir? Unas cuantas tierras y la opinión de un gordo hijo de puta de Dublín, que no sabe una mierda de nada, no van a cambiarlo. Las pasamos negras juntos, chico. Me has abierto la puerta de tu casa. Nos conocemos. Te voy a decir una cosa, chico, pueden irse todos a tomar por culo. Oye, ¿por qué iba a importarte a ti un carajo lo que esa gente diga o haga?

Dave Farfulla tenía lágrimas en los ojos. Después se serenó y se puso a bromear sobre todo el asunto y a Johnsey se le empezó a pasar la sensación de inseguridad.

De todos modos, la verdad era algo raro, eso saltaba a la vista. Podía ceder bajo tus pies como una loma, en apariencia firme, que luego resulta ser hierba cubriendo un montón de estiércol fresco. Una vez, en el programa The Late Late Show salió un tipo con unas cejas puntiagudas como las del diablo, cuyos extremos apuntaban hacia arriba como cachondeándose del cielo, que sostuvo que Dios no existía y que esa era la verdad. Era un natío. Hay gente que no cree en las creencias. Madre se puso como loca y se preguntó si no era un pecado que con el dinero de todos se pagaran derechos para que un tipo como aquel fuera a la televisión, pero papá se limitó a negar con la cabeza y dijo, caray, Sally, el diablo anda siempre con las mismas mañas.

Las mañas a las que papá se refería eran las de convencer a la gente que no había más mundo que este, al que llegábamos de pura casualidad y del que un día nos iríamos convertidos en polvo y nada más. Así el diablo dominaría el mundo: con engaños llevaría al hombre a pensar que él también podía dominar el mundo y que no existían ni el juicio ni la condena eterna. El hombre mancillaría su alma al no creer en su existencia. Dios tenía un plan para todos y cada uno de nosotros, manifestó papá, y los tipos como ese inglés de cara larga de la tele se habían puesto al servicio del diablo. Esa sí que era la verdad.

Y qué pasaría, se preguntó Johnsey, si la verdad de papá y la del inglés de cara larga se encontraban a mitad de camino. ¿Y si había un Dios que no se molestara en hacer planes para la gente sino uno que se lavara las manos y pasara del hombre después de haberlo hecho a

su imagen y semejanza? La historia del inglés parecía poco probable, tenía que haber un Dios. Porque si no, ¿quién lo había creado todo? Aunque también parecía poco probable que este Dios, creador de todas las cosas, de cada estrella que titila en el cielo, de cada grano de arena, de cada brizna de hierba, siguiera yendo por ahí ocupándose de cada persona y escuchando cada uno de sus pensamientos. No quedaba otra salida que creer y dejar de pensar. Pero la cuestión era que aquel inglés con pinta de astuto juntaba las palabras con tanto arte que casi te hacía dudar de Nuestro Señor. ¡Imagínate! La gente como Johnsey, que apenas conseguía pronunciar una frase sin que se les encendiera la cara y el cerebro protestase declarándose en huelga, estaba perdida ante aquellos con el talento de hilar palabras en un orden y convertirlas en un muro macizo que la contradicción jamás podría escalar.

¿Qué es una mentira, al fin y al cabo? ¿Acaso has de saber que una cosa no es cierta, o bien que te dé igual si es o no cierta para que, al decirla se convierta en mentira, o acaso cuentas mentiras si lo que dices no es cierto pero piensas que lo es? Si ese hombre raro del pelo rizado, que escribe en el periódico, cree de veras que Johnsey es un tipo horrible que está destruyendo el país, ¿eso lo absuelve acaso del pecado de mentir? ¿Qué diría ese hombre, se preguntó Johnsey, si fuera a la casa y se pasara un día con él y Dave Farfulla escarbando? ¡Por Dios, muchachos, me equivoqué, pero si es un tonto del haba! ¡No tiene ni puta idea de nada! El pobre chico tiene lo justo para comer, se pasa el día viendo la tele acompañado de un gordito y ya está, fin de la historia. Es de esos a los que les pasan las cosas, no de los que hacen que pasen las cosas. Perdón, perdón, he cometido un error. ¡Él no es más que una víctima de las circunstancias!

La palabra «célebre» es bien bonita. Se te desliza por la boca al pronunciarla. Como pasa con Siobhán. Se utiliza para referirse a la gente que todo el mundo conoce, como los campeones de hurling, los cantantes de rock y los grandes actores. Hay un montón de cosas por las que alguien puede llegar a ser célebre, incluso malas. Pero si alguien llega a ser célebre por algo malo, entonces hay que añadir otra palabra. Para hablar de un asesino o de un violador, decimos más bien que es «tristemente célebre». Esa gente es célebre, pero de un modo triste. Entonces la palabra ya no se te desliza por la boca. Se atora en los dientes al pronunciarla, la lengua trata de suavizarla pero aun así su sonido sigue siendo feo, como el de las lagartijas o las arañas venenosas cuando se arrastran. Johnsey era tristemente célebre por su codicia. Justamente él, al que le daba apuro comerse dos barras de Mars seguidas por temor a cometer el pecado mortal de la gula.

Un muchacho cuya cara le sonaba fue a ver a Johnsey en uno de esos coches que conducen las mujeres, y que parecen burbujas de ojos saltones, para preguntarle si quería dar su versión del asunto, le dijo que podía estar seguro de la imparcialidad del periódico local, que no publicarían opiniones ni tergiversaciones. Johnsey le dijo que no tenía ni versión ni historia, pero el tipo quiso saber cómo lo habían atacado, cuáles creía que eran los «motivos» de sus atacantes, entonces Johnsey le contestó que cómo diablos iba a saberlo, y ahí fue cuando Dave Farfulla salió de la cocina, lo corrió a gorrazos y cuando ya se había marchado, le dijo a Johnsey que aquel mariquita se pasaba todo el santo día acampado en los tribunales por si encontraba algo con que poner por los suelos a sus vecinos en su periodicucho. A Johnsey no le convenía hablar con sabandijas como esas.

Ese domingo, por primera vez desde que era niño y una fiebre de caballo se lo impidió, Johnsey no fue a misa. Ahora hasta Dios se enfadaría con él. ¿Qué más daba? Lo último que le faltaba al padre Cotter era que él cruzase el recinto de la iglesia pavoneándose con su triste celebridad a cuestas, eclipsando el poder del Señor, mientras la parroquia lo observaba boquiabierta y los niños le miraban el trasero en busca de una cola puntiaguda.

Los Unthank no dijeron una sola palabra sobre el artículo del periódico. Ya se sabe, ellos eran así, podías pasarte horas en su casa, pronunciar apenas un par de frases y no importaba un bledo. En su presencia, no hacía falta que te sintieras incómodo por no saber qué decir. Pero en el preciso instante en que hizo ademán de irse, el mismísimo dijo, ¿no te convendría quitarte esas tierras de encima de una vez por todas? Lo preguntó con una brusquedad y un tono de rabia en la voz, que Johnsey se quedó de piedra y su cerebro intentó aferrar las palabras, ponerlas en fila para soltarlas por la boca en el orden correcto cuando la mismísima añadió, no te traerán más que problemas interminables. Te romperán el corazón.

Johnsey había pensado confusamente que los Unthank considerarían noble y valiente que no vendiese las tierras a las que su padre había dedicado su vida, sudando sangre y luchando a muerte para sacar de ellas el sustento, como habían hecho su padre y el padre de su padre antes que él. Fue como si el mismísimo le hubiese leído el pensamiento. Caray, Johnsey, saldrás malparado si esos canallas van por todo el país desacreditándote y contando mentiras sobre ti, y es una vergüenza que algo tan bueno acabe en manos de gente a la que solo le interesa su propio beneficio, pero así funciona el mundo, hay que dejar que los hombres de negocios construyan lo que se proponen y se llenen los bolsillos porque, a la larga, su codicia beneficia a todos.

Cuando Johnsey preguntó por qué la gente creía que le habían ofrecido veinte millones por las tierras, el mismísimo contestó, es una cantidad inventada, un decir, nosotros nunca… Y la mismísima le dio un golpecito en el brazo soltando un ruidito raro, entonces el mismísimo se puso colorado, cerró los ojos y se tapó la cara con la mano, aquella mano querida y amable que estrechó con fuerza la de Johnsey esa vez, cuando era niño y una multitud salió en tropel de Croke Park; el gentío lo había levantado en vilo y separado de papá, y ahora, esa mano querida temblaba y la cabeza oculta tras ella también temblaba, y la mismísima parecía a punto de llorar, y hasta un tonto como Johnsey era capaz de entender lo que acababa de pasar: los Unthank formaban parte del famoso consorcio, habían tratado de ocultárselo y al mismísimo acababa de escapársele sin querer. A Johnsey le hubiera gustado decirle al mismísimo que no pasaba nada, que no le importaba, que lo quería de todos modos, claro, ¿por qué no? ¿No convenía acaso tener amigos en el campo contrario? Pero solo atinó a murmurar un gracias por la cena, dar media vuelta y salir a la calle desierta. Y al volver la espalda, ¿de veras oyó el sonoro susurro con que la mismísima le dijo al mismísimo que era un idiota? A esas alturas, todo era posible.

Septiembre

¿No es una ofensa al Señor que, todos los santos años a principios de septiembre, el sol parta las piedras? Los pobres niños están blancos como la leche por la falta de días soleados y basta que vuelvan al colegio para que el sol salga y se burle de ellos. ¿Cómo es posible? Para colmo, los pobrecitos tienen que volver a clase muertos de cansancio después de la expedición a Dublín para la final de la liga de hurling de Irlanda. Las veces que Tipperary llega a jugarla, gane o pierda, el día siguiente debería ser fiesta, y ya está. Son los comentarios que se oían siempre a principios de septiembre. Aunque el sol que en agosto se debilitaba, por regla general, llegaba a septiembre casi apagado. La verdad es que no partía las piedras para nada, las templaba apenas. Pero a la gente le gusta rezongar, como madre decía siempre.

En septiembre, los manzanos junto al pajar estaban cargados de fruta madura que a duras penas se mantenía colgada de las ramas. Algunas se pudrían en el manzano; muchas otras caían al suelo; en septiembre bastaba el más leve soplo de brisa y las manzanas gordas y grandes para cocinar se desprendían del árbol. Había que darse prisa y recoger la fruta caída antes que los insectos carroñeros. Recogías una pensando que estaba sana y cuando le dabas la vuelta para ver el otro lado, veías una mancha marrón y blanda pululando de gusanos y, con asco, la tirabas lejos. Para desprenderla, había que retorcer cada manzana con cuidado, de lo contrario, al año siguiente, ese punto de la rama no volvía a brotar. Madre siempre lo decía, solo los perfectos ignorantes desprenden las manzanas del árbol de un tirón. Como el tío Frank, mejor que no lo dejaras salir a llenar una bolsa de manzanas para Theresa porque tu manzanar no volvía a dar un solo fruto con el que hornear una tarta. Arrasaba con todo, el tipo, la naturaleza no iba con él.

Septiembre traía sus rigores, el inicio de las clases y la pérdida de libertad, su sol deslavazado y burlón, sus grandes decepciones en el estadio de Croke Park, pero también traía tartas y crumble preparado con las mejores manzanas de madre acabadas de recoger del árbol, y eso casi lo compensaba todo.

Todos los años Johnsey llenaba cuatro o cinco cajas de manzanas para la panadería. Se preguntó si este año sería mejor dejarlo correr, o llenarlas como de costumbre y tenerlas preparadas, o cargar una caja en el portaequipajes, llevársela en bicicleta a los Unthank, entregársela, sentarse en la cocina, tomarse una taza de té, observar a

la mismísima mientras cocinaba, escuchar a los bribones de la obra de Ashdown Road, alucina, tratando de ligar con Mary Ojos de Besugo y no decir ni palabra sobre tierras, parcelaciones, periódicos ni sobre los planes o los consorcios de la gente y demás. ¿Acaso no era lo correcto?

Al final, daba lo mismo: Johnsey vio llegar a los Unthank en su viejo Nissan Bluebird el martes que siguió al domingo horrible; no habló del asunto de las tierras y ellos tampoco, y los tres juntos cruzaron el pajar y casi en silencio recogieron las manzanas caídas. Pero ya no había consuelo en el silencio, la incomodidad había ocupado su sitio; cargaron las bolsas llenas en el amplio maletero del Bluebird, el mismísimo elogió la calidad de las manzanas y se ofreció a podar los manzanos y Johnsey le dijo que le parecía de fábula, pero que lo haría él, y el mismísimo le dijo que no, que le encantaba hacerlo, porque era la excusa perfecta para escaparse un rato de la mismísima, ¿o no? Le hizo a Johnsey un guiño de fingida conspiración, el muchacho rio y la mismísima preguntó de qué se reían mientras descargaba del Bluebird las Pyrex llenas de comida; luego las llevó al frigorífico y todo volvió a ser normal, precioso y agradable y al mismo tiempo quedó destruido para siempre.

Cuando los Unthank se marcharon y dejaron a Johnsey asomado a la ventana viéndolos alejarse con uno de esos nudos dolorosos en la garganta que seguramente era una obstrucción causada por la acumulación de palabras que debía haber dicho, un coche rojo pasó despacio por delante de la verja. Iba al volante una chica rubia. Johnsey oyó el coche detenerse en la gravilla, junto al camino, y un portazo. La rubia cruzó la verja. Segundos después, regresó sobre sus pasos. Se detuvo, se volvió hacia el corral, entrecerró los ojos cuando el sol le dio en la cara, se inclinó un poco hacia delante como si necesitara acercarse para ver mejor y no se atreviera a entrar hasta estar segura de dónde estaba; Johnsey entrecerró a su vez los ojos para verla por la ventana de la cocina cubierta de los arañazos del gato y madre de Dios bendito, era Siobhán.

Quizá sea mejor que no te avisen de la llegada de una mujer hermosa. De ese modo nadie puede echarte en cara que no estés preparado para recibirla y se te puede perdonar que, a su lado, quedes como un perfecto imbécil. Fuera como fuese, Johnsey sabía que saldría mal parado. Imposible esconderse detrás de unas vendas en los ojos o de una incapacidad. Tendría que mostrarse como una persona cabal. Dios mío, por favor, haz que llegue Dave Farfulla. En ese momento entraba por la verja, caminando más deprisa cruzó el corral endurecido, lo saludaba con una mano y con la otra se aferraba a una

barandilla invisible para acompasar el paso. Johnsey vio que le faltaba poco para llegar donde estaba la huella de la bota gastada de papá, seguramente tropezaría y se caería. Aquel pensamiento le pegó un mamporro en la espalda y lo propulsó por el pasillo con el corazón repicándole en la caja torácica. Cuando cruzó la puerta de entrada y salió al corral, el borde del surco se agarró a la suela del zapato de Siobhán y la chica estuvo a punto de caerse. Pero se enderezó dando dos pasos veloces hacia adelante y dijo, cielo santo, ¿está lleno de trampas este lugar?

¿Qué puedes contestar a eso? ¿No? ¿Sí? ¿Ja, ja? A Dave Farfulla se le habría ocurrido una respuesta graciosa en menos de un segundo; habría corrido hacia ella echando fuego, la habría tomado de la mano para ayudarla a cruzar el terreno irregular mientras de sus labios salían palabras ingeniosas. Lo mejor que se le ocurrió decir a Johnsey fue: ¿Qué haces aquí? Aquella noche se oyó repetir esa pregunta estúpida una y otra vez, hora tras hora, como una tortura. Siobhán dijo, mierda, ¿así me recibes? ¡Después de haber arriesgado la vida para venir a verte a esta ciénaga! Él trató de retractarse: Joder, no, no quería decir eso, me alegro de verte, es que no te esperaba… Y ella dijo, verás, le pedí a mi secretaria personal que se pusiera en contacto con la tuya, pero últimamente la muchacha no da pie con bola. Y se la quedó mirando como un bobo y dijo, ¿Qué? Por el amor de Dios, ¿de qué me está hablando? Ah, está bromeando. Ahora caigo, dijo él. ¡Ja, ja, ja!

Johnsey se oía hablar: la voz apagada, la risa tonta y falsa. Fue como aquella vez que madre lo obligó a conversar con su tío de Australia porque se estaba muriendo y tuvo que preguntarle cómo se encontraba y decirle que rezaría por él, pero supo que el hermano de su madre estaba tan incómodo como él y hubiera preferido no tener que hablar de tonterías con sobrinos imbéciles a los que no conocía en persona y que jamás conocería porque los riñones le estaban fallando, y Johnsey se reconcomía de vergüenza y amargura y oía el eco de cuanto decía regresar a sus oídos desde Australia un segundo después de haberlo dicho y se daba perfecta cuenta de lo tonto que sonaba y su tío se murió una semana después y madre no derramó una sola lágrima, apenas se mostró afectada, pero como a las tres semanas, una mañana se le cayó una caja de huevos que acababa de recoger en el pajar y rompió a llorar y no paró en todo el día.

Su cerebro le estaba jugando malas pasadas. No haría nada para ayudarlo con la conversación, pero después se lo pasaría en grande, atormentándolo y repitiendo sin parar toda la escena hasta que le entraran ganas de cortarse la lengua con el viejo cuchillo de trinchar

de madre. Como de costumbre, lo estaba dejando en la estacada. En plena situación apurada, le traía recuerdos de antiguas llamadas telefónicas a Australia, huevos rotos, madres llorosas y demás. Por el amor del cielo bendito, ¿qué iba a hacer? Dios mío de mi alma, ¿para qué enviarle un ángel a este idiota? Qué desperdicio.

Ella se lo quedó mirando; él se la quedó mirando a su vez, notó el calor del sonrojo subiéndole del cuello a la mandíbula y vio que ella llevaba un vestido de esos que algunas mujeres se ponen en verano, de los que al tacto parecen suaves como la seda, y vio que el sol jugueteaba con su pelo, y aunque el mundo se hubiese parado en ese mismo instante y el cielo hubiera estallado derramando fuego, él habría sido incapaz de apartar la vista. Siobhán le preguntó si iba a invitarla a entrar o si tendría que quedarse todo el día ahí parada en un charco de bosta. Dave Farfulla le habría contestado, chica, en este corral podrías comer en el suelo, la única vaca que pasa por aquí trotando es Bridie McDermott cuando viene a pagarle a Johnsey el alquiler. Pero Johnsey no tenía ese talento para las agudezas y se limitó a decirle, pasa, pasa.

Siobhán le dijo que no todos los pacientes recibían visitas a domicilio. En realidad, era el primer paciente al que visitaba a domicilio. Fue del vestíbulo a la sala buena y lo miró todo, después cruzó el vestíbulo hasta la cocina y observó la mesa y el sofá y dijo, por el amor del cielo, ¿tienes mujer de la limpieza? ¿O desde la última vez que te vi te has casado? Él solo atinó a quedarse en el vestíbulo mirándola como un bobo y estuvo a punto de empezar a rascarse pero se contuvo a tiempo.

No, no, yo mismo me encargo de ordenar mientras espero a D… ¿Cómo explicar que limpias tu propia casa solo porque así el tiempo pasa más deprisa mientras esperas a oír el petardeo del tubo de escape que anuncia la llegada de Dave Farfulla? Hay una palabra para ese tipo de actitudes: «ridicula». Lo último que quieres cuando estás delante de una mujer es parecer ridículo. No tener más que un amigo es ridículo. Aunque es mucho peor tener una especie de vida gracias a que ese único amigo se molesta en ir a verte y temas constantemente que se aburra de ti y te deje plantado. Mucho peor que no tener ninguno; al menos entonces podrías hacerte a la idea de que no necesitas a nadie porque eres muy duro, el buey solo bien se lame, eres un lobo solitario, como John Rambo o el tipo de Misión imposible.

¿A quién esperas? ¿Tienes novia? No tienes novia, ya lo sé. ¡Te he seguido la pista, mi granjerito ciego! Te tenía vigilado. Aunque en la

foto del periódico no salías muy favorecido. Más vale que no te fíes de ese retrato para atraer a las mujeres. Casi que te conviene más probar suerte en el festival casamentero de Lisdoonvarna en vez de que tu cara salga en todos los periódicos. Johnsey le contó cómo el fotógrafo del periódico lo había pillado por sorpresa y ella le contestó que no le cabía duda. En fin, ¿a quién estás esperando? A Dave, contestó él. ¿A quién? ¿A Dave Farfolla?

Abrió los ojos bien grandes y levantó un poco la comisura del labio superior. ¿Era así como las mujeres les hablaban todo el rato a los hombres? ¿Con esa actitud de querer pillarte o dejarte en ridículo? ¿Eso era entonces el coqueteo? Desde luego resultaba bastante violento. Cuando se metía con él en el hospital era gracioso; sabía que le tomaba el pelo. Ahora parecía ofendida de que él y Dave fueran amigos y, alucina, el aire jocoso y sorprendido de su voz tenía bastante de amargura. La sorpresa de verla llegar, su examen de la casa, sus preguntas agudas, su belleza ardiente, demasiadas cosas asaltaban su cerebro a la vez. Recordó un dibujo animado en el que a un chico le explotaba la cabeza como un globo. Notó el hormigueo del sudor en la frente. Su cerebro era incapaz de armarse de palabras para enviarlas a la boca. Ay, Señor, estaba perdido. Si le daba por tocarle la picha en ese momento, probablemente se desmayaría. Entonces oyó un trompeteo que a lo lejos subía y bajaba con el cambio de marchas; ¡Dave Farfulla estaba llegando para salvarlo de sí mismo! Y para salvar a los bonitos ojos de Siobhán de ver los restos de su cerebro chorreando en la pared de la cocina. Gracias a Dios por haber enviado a Dave Farfulla.

Si encierras dos ratas macho en una jaula, lo más probable es que se lleven la mar de bien, siempre y cuando tengan algo de comida y no enloquezcan de hambre. Pero como las encierres con una rata hembra, por más comida que tengan, acabarán despedazándose por la hembra y, a la larga, uno de los machos matará al otro. Era algo que papá le contaba a Johnsey para que supiera que las mujeres eran fuente de problemas para los hombres. Madre le decía que cerrara el pico de una vez y dejara de poner al niño en contra de las mujeres, que no le extrañaba que para demostrar su teoría utilizara una historia sobre las ratas, ¿no eran todos los hombres como las ratas, no se les ponían los ojitos redondos y brillantes y movían los hociquitos puntiagudos en cuanto veían el vuelo de una falda? Papá sonreía entonces y le contaba a Johnsey la historia de Helena de Troya, de Kitty O'Shea y Maud Gonne, de los conflictos que causaron a los hombres y de cómo provocaron su ruina sin dejar de echar un vistazo a madre mientras ella planchaba, horneaba pasteles y sonreía negando con la cabeza, entonces Johnsey se daba cuenta de que papá trataba

de hacerla rabiar, que en realidad no creía eso de que las mujeres fueran unas alborotadoras. Aun así, no pudo evitar acordarse de la historia de papá sobre las dos ratas macho y la rata hembra mientras escuchaba a Dave Farfulla que, como siempre, decía una ocurrencia tras otra delante de Siobhán, igual que en el hospital.

La Voz Bonita, en su casa. ¡Imagínate! Y Dave Farfulla soltando agudezas y esmerándose por lucirse, y ella riéndole las gracias de siempre; era un placer casi insoportable. Aunque ahora no podía quedarse sentado escuchando como un pasmarote como había hecho en el hospital mientras notaba esa mezcla loca de risa y celos bullirle en el estómago; no había ceguera, enfermedad ni debilidad tras las cuales escudarse, no le quedaba más remedio que tratar de ser una persona como Dios manda, conversar pronunciando frases enteras, despreocupadas y tranquilas, que no obligaran a la gente a arrimársele con aire incómodo para preguntarle qué había dicho. Era tan fácil como tratar de que le crecieran alas y echar a volar por el corral.

Dave Farfulla le estaba contando a Siobhán lo que habían escrito sobre Johnsey, que era un magnate de la propiedad inmobiliaria, que pedía sus veinte millones y se mantenía en sus trece y los mandaba a todos a la mierda y Siobhán lo miraba chasqueando la lengua y diciendo que era una vergüenza que se permitiera a la prensa decir lo que le venía en gana, que debería haber alguna ley que prohibiera mentir así sobre los demás, y Dave Farfulla la interrumpió, de qué mentiras hablas, Johnsey es un mal tipo, fíjate qué cara, es el peor de los canallas, vendería a su abuelita al mejor postor, y Johnsey entendió entonces que aquello era sarcasmo, la forma más baja de ingenio, como papá le recordaba a madre. A veces, cuando el sarcasmo se presentaba, costaba trabajo saber si alguien decía algo bueno o malo, pero Johnsey estaba bastante seguro de que al decir que era un canalla capaz de vender a su abuela, en realidad, Dave Farfulla estaba diciendo lo contrario y que todo eso de que era un demonio codicioso, que tenía a los pobres promotores inmobiliarios entre la espada y la pared y que estaba destruyendo el futuro de todo el pueblo eran puras mentiras. ¿Tanto costaba decir las cosas de un modo más simple?

Siobhán anunció que tenía que irse; iba a una entrevista de trabajo para cuidar de una pareja de ancianos en su casa, por la zona de Rooska, visto que al cabo de pocas semanas la vaca gorda terminaba su permiso de maternidad. Por Dios, dijo Dave Farfulla, que se va a ir sin que la hayan invitado a nada; Johnsey se levantó de un salto del borde del sofá, se ofreció a preparar té y maldijo la torpeza que le impedía saber cuándo hacer esas cosas sin que Dave tuviera que

recordárselas. En la casa ni siquiera había una ración de pan de pasas o un trozo de pastel. ¿Por qué tenía que comérselo todo en cuanto lo tenía? ¿Debería invitarla a una copa de verdad? Le dijo que tenía una botella de vino tinto, si le apetecía un vaso, pero no estaba en el frigorífico, y Dave Farfulla soltó una risa aguda como una niña, miró a Siobhán y le preguntó si alguna vez había oído semejante tontería. El vino tinto en el frigorífico, ja ja ja, y Johnsey volvió a pensar en las dos ratas macho que se llevaban la mar de bien hasta que llegaba la hembra, ¿y acaso no es una ofensa al Señor que un hombre tenga pensamientos violentos sobre su único amigo por una burla de nada en la que normalmente ni se hubiera fijado, pero que al soltársela en presencia de Siobhán era como una puñalada en el corazón?

Siobhán dijo que le parecía de fábula, pero que tomaría algo en la próxima visita, últimamente había mucha policía en las carreteras. Si conseguía el trabajo de cuidar a los dos vejestorios de Rooska podía pasarse muy seguido, porque le quedaba de camino. Dave Farfulla le dijo que fuese cuando quisiera, como si de él dependiera pedirle a la gente que se pasara por la casa de Johnsey. La acompañaron hasta la verja y Dave Farfulla se rio del coche de Siobhán, lo llamó el monjamóvil; ella se rio a su vez, echó un vistazo al coche hortera de Dave Farfulla y dijo, pililla chica, tubo de escape grande, y Dave Farfulla, que era capaz de resucitar a un muerto con su charla, se quedó ahí parado con cara de ofendido y una sonrisa forzada adornándosela; Johnsey supo que Dave estaba pensando en que, probablemente en el hospital Siobhán le había visto de veras la picha y en que su burla era afilada como cuchilla nueva; Johnsey descubrió que disfrutaba con el tormento de Dave Farfulla y sintió vergüenza. La enfermera sacó un pañuelo de un paquete de plástico y anotó en él un número con un lapicito negro que llevaba en el bolso y se lo entregó a Johnsey. Mándame un mensaje de texto o lo que sea y ya organizaremos algo, le pidió; Johnsey lo cogió, la mano le tembló un poco al alargarla y se preguntó si ella habría notado el temblor y si así era, si sabía que temblaba por los nervios de estar tan cerca y si pensaba que era un bicho raro.

Tras marcharse Siobhán, Dave Farfulla estuvo un rato callado. Cuando por fin decidió volver a ser el de siempre, le comentó a Johnsey que Siobhán estaba loca perdida por él. ¿Por qué si no había ido a verlo a su casa y le había dado su número de teléfono? A Dave no había ido a verlo a su casa, a que no, ¿verdad? Tampoco le había dado su número de teléfono, apuntado con un lápiz de cejas que, como hasta el último cabrón sabe, es la forma que tienen las mujeres de decirle a un tipo que se lo quieren tirar. ¿Por qué motivo alguien como Siobhán iba a querer juntarse con un tipo como Johnsey? Dave

Farfulla le dijo que no pensara demasiado en sus motivos; para empezar, si ganaras la lotería, ¿le preguntarías a la gente de Dublín por qué motivo organizaban el sorteo? Ni loco de remate, a que no, ¿verdad? No solo agarrarías el cheque que te darían, sino la mano también. Que una mujer como Siobhán se moleste en verte sin hacerse rogar… para un muchacho como tú es ganar la lotería. Visto que estás decidido a rechazar la parva de millones que ofrecen Herbie y su panda, más vale que aceptes lo que te ofrecen por otros lados. Con gran operación inmobiliaria o sin ella, sigues siendo granjero, más o menos, y eso te da muchos puntos con mujeres de cierta edad y estilo. No es tu aspecto apuesto y sensual lo que la atrae, eso seguro.

Dave Farfulla le dijo a Johnsey que en estos tiempos no tenía sentido salir con una chica sin teléfono móvil. Los mensajes de texto son la nueva arma de seducción. Y aunque tú, amigo mío, no estés del todo desarmado, en seducción vas un poco escaso. Ya podías tener a una tipa a punto de caramelo y dispuesta a la acción antes de conocerla con unos pocos mensajes bien redactados. Le dijo que no se preocupara; él se encargaría de esos aspectos. También vas a necesitar un par de camisas de las buenas para llevar por fuera del pantalón. Ah, y tienes que ponerte vaqueros, los otros pantalones quedan descartados, vaqueros acampanados, olvídate de los putos Lee y de los Wrangler de los años ochenta. Y nada de botas; tienes que llevar unos zapatos de vestir sin cordones. Pero no negros, tienen que ser marrones, con punta. Y el pelo lo llevas a su aire, como si te importara un bledo peinarte. Y no puedes pasearte por ahí con un plumas enorme y con capucha, ni con una cazadora de loneta; tienes que comprarte un bléiser o una chaqueta de cuero, pero que no parezca nueva; o sea, que tiene que ser nueva pero parecer vieja. Y algunos muchachos se suben los pantalones solo hasta la mitad del trasero para que se les vea la parte de arriba de los calzoncillos, pero en ese caso tienes que ponerte unos calzoncillos bien chulos, que lleven escrito Calvin Klein; no pueden ser esos eslips de Penneys que venden en paquetes de tres. Joder, no me hagas caso, si alguien llegara a verte así vestido, seguro que te darían otra paliza.

Si Siobhán quería organizar algo, como volver a casa de Johnsey sin que Dave Farfulla estuviera presente, y si iba a tomarse una copa, y si estaba preocupada porque últimamente había mucha policía en la carretera, y si vivía muy muy lejos, y si era ligera de cascos como Dave Farfulla decía, entonces era muy probable que tuviera en mente pasar la noche en casa de Johnsey, y solo Dios sabe qué más podía tener en mente. ¡Imagínate lo que diría Dave Farfulla si llegaba a enterarse de lo de la picha en el hospital! Es posible que se te ponga medio tiesa y al mismo tiempo te dé una angustia tremenda solo de

pensarlo. ¿Qué dirían madre y papá si Johnsey pecaba bajo el techo de su casa? ¿Qué se contarían los espíritus de sus antepasados? Probablemente los tíos abuelos del IRA lo animarían, puesto que cuando se hicieron sacerdotes tuvieron que jurar a Dios no tocar una mujer el resto de sus días. Caramba… Johnsey… bueno… claro…, probablemente diría papá. Y madre le daría una bofetada y le diría que era un pecado felicitar al chico por ser un guarro y hacer el ridículo.

Francamente, lo más probable era que hiciera el ridículo más espantoso. Una cosa era dedicar cada minuto del día a pensar en una persona, en que la quieres mucho, y abrigar todo tipo de ideas románticas cuando no tienes más que quedarte tumbado como un viejo perro ovejero, escuchar su voz y lanzarle de vez en cuando miradas furtivas mientras trajina con medicamentos, sueros, sábanas y demás. Pero tener que hacer las cosas de verdad, como ofrecerle algo de comer y beber, decidir si vas a sentarte cerca o lejos, tratar de pensar en qué decir, organizar bien las palabras para que salgan por tu boca en el orden correcto y a una velocidad controlable, eso era otro cantar. ¿Cómo es que no pueden anunciarte las cosas que van a ocurrir, como que iría el soplagaitas del periódico, que los Unthank estaban en el consorcio, que Siobhán llegaría y lo haría sudar de dicha, miedo, deseo y vergüenza por permitir que hiciera sufrir a su amigo? ¿Cómo es que no tienes ni voz ni voto en lo que te pasa? Probablemente porque había elegido que nada le ocurriera nunca y pasar sus días asomado a la ventana, haciéndose preguntas.

Según Dave Farfulla, cuando una mujer te echa el ojo, te someterá a base de polvos. Al parecer, así es como las mujeres se salen con la suya. Bolas llenas, cabeza hueca. Y cuando dejan de estar llenas, lo demás importa un carajo. Ya puestos, si tienes que pasar por el aro, mejor que sea un bombón como Siobhán quien lo sujete. A Johnsey no le gustaba que hablaran así de Siobhán. ¿Qué sabía Dave Farfulla de nada? Esas historias que contaba sobre los polvos que echaba y las cosas geniales que había hecho eran puros inventos. Estaba que se subía por las paredes porque Siobhán había ido a casa de Johnsey y no a la suya, donde vivía con sus dos hermanos, a los que no les hacía ni caso porque eran unos huevones, y con su padre, que se pasaba la vida en el pub y en las casas de apuestas y se bebía todo el dinero que cobraba del paro, el que gorroneaba por ahí y el que la madre de Dave Farfulla, una pobre mujer arrugada y consumida, ganaba en el pueblo limpiando la escuela y los despachos de unos cuantos peces gordos.

¿No es una verdadera ofensa que alguien piense cosas tan feas de su único compinche? Francamente, tendría que hablar en serio

consigo mismo. ¿Por qué no podía poner freno a su propia maldad? Se estaba convirtiendo en una mala persona.

Octubre

En octubre se empezaba a ordeñar menos. A esas alturas más o menos una vez al día. Aunque papá no se tomaba un descanso. A veces hacía una tercera siega para ensilar, o se dedicaba a ordenar las cosas para el invierno, o seguía aceptando trabajos de albañilería. El ganado regresaba al establo para protegerse del frío; tardaba siglos en acomodarse, entonces madre entraba y decía, vamos, vamos, viejas chochas, vamos, a acurrucarse y a entrar en calor de una vez; costaba creer, cuando les hablaba así a las vacas, que tuviera una lengua capaz de cortar a un hombre por la mitad.

A papá le encantaba Halloween. Metía monedas de diez peniques en una sartén llena de harina y tenías que tratar de sacarlas con los dientes; si lo conseguías, te las quedabas. Y colgaba una manzana de un cordel en la puerta trasera de la cocina y tenías que intentar morderla con las manos atadas a la espalda; todo el mundo reía a carcajadas. Y se iba con Johnsey a dar vueltas por el corral, los dos llevaban máscaras que daban miedo, madre hacía como que se asustaba al verlos asomarse a la ventana de la cocina, entonces papá apuntaba al cielo y decía, ¡allá arriba están las brujas, Johnsey! ¡Esta es la única noche que las dejan volar en sus escobas! Y era como si vieses a las brujas planear alrededor de la luna, como si oyeses sus risas chillonas; qué deliciosos los escalofríos en la espalda. Cuando papá cortaba y servía el pan de pasas con el anillo dentro montaba una gran comedia, decía que quien encontrara el anillo gozaría de larga vida y fortuna eterna; Johnsey era quien lo encontraba siempre y nunca supo cómo se las arreglaba papá para que el anillo le cayera siempre a él, pero es que los papás conocen unos trucos de magia que les enseñan al nacer sus hijos; Johnsey se preguntó si algún día llegaría a aprenderlos.

Paddy Rourke le disparó a Eugene Penrose en octubre. Después se fue a su casa y se tomó un puñado de pastillas de golpe. Las tomaba para una pila de cosas, para el corazón, para los huesos, para el hígado y sabe Dios para qué más. Minnie Wiley se lo encontró en el dormitorio. La gente la llamaba Minnie Comadreos. Iba a casa de Paddy unos días a la semana a echarle una mano con la limpieza y unos cuantos trabajitos, así que tenía llave.

Los hombres como Paddy deberían tener una muerte noble, como los espartanos que se enfrentaron a un millón de persas y salvaron al mundo occidental, o si no, deberían vivir sanos y felices hasta pasados los cien, y morir en camas bien grandes y cómodas, rodeados de

mujeres llorosas y hombres fuertes desbordantes de admiración con la vista gacha para ocultar las lágrimas al referir proezas legendarias cargadas de fuerza y valor inenarrables. Pero Paddy murió solo en su casa vieja y fría, en un cuarto que olía a pis, con el pijama a medio poner cubierto de vómito.

A Eugene Penrose hubo que amputarle la pierna izquierda. Es decir, cortársela de un tajo limpio. Al final, Paddy no usó cartuchos de perdigones para patos, sino que le metió un escopetazo de plomo del bueno. Los Unthank le ganaron por la mano a Dave Farfulla, fueron los primeros en ir a contárselo a Johnsey a su casa. A esas alturas nadie se había enterado todavía de lo ocurrido al pobre Paddy; Minnie Comadreos aún no lo había encontrado en su maloliente lecho de muerte ni había salido corriendo a irle con el cuento a todas las viejas chismosas del pueblo. Dave Farfulla comentó después, esos dos encontraron la excusa perfecta para volver a meter las narices en los asuntos de Johnsey. ¿Les había preguntado por qué nunca le contaron que estaban conchabados con Herbie Grogan? ¿Les había preguntado cómo tuvieron la cara de ir a verlo tantas veces al hospital y quedarse ahí sentados soltando sandeces sobre el gran proyecto de urbanización como si fueran personas corrientes cuando, alucina, desde el principio habían invertido sus ahorros —esos dos estaban forrados, y pierde cuidado, son unos tacaños y llevan años guardando, puedes estar seguro— junto con el resto de peces gordos que querían quitarle sus tierras? Johnsey sabía que Dave Farfulla estaba molesto porque no había sido el primero en contarle que Paddy le había disparado a Eugene Penrose, pero ¿tenía que mostrarse tan irrespetuoso? Johnsey seguía queriendo a los Unthank por encima de todo. Lo apenaba verlos tan avergonzados. ¿Y qué si le habían dado a Herbert Grogan unas cuantas libras para que las invirtiera? ¿Cómo era posible que no encontrara palabras para consolarlos?

Eugene quedó sangrando en el suelo delante del surtidor un buen rato antes de que llegaran a asistirlo. Había perdido muchísima sangre cuando lo recogieron de la calzada y lo metieron en la ambulancia para que los pakis del hospital lo cosieran, según contó Dave Farfulla. Pero no lo hicieron, añadió Dave, ya se sabe, esos tipos prefieren mil veces meter cuchillo y cortar. No gustan coser, eso para viejas. Una pierna suficiente para blanco borrachín. Igual pasa el día con trasero pegado a silla viendo tele. A Johnsey le parecía que los médicos pakis no hablaban así. El doctor Bolasfrías hablaba bien, pero era indio. ¿Sería lo mismo? Vete a saber. Francamente, esos muchachos eran todos iguales, costaba distinguirlos.

Eugene no debería haber trasladado su cuartel general del

monumento del IRA. Allí, al menos, alguien podía haber visto lo ocurrido y llamado antes una ambulancia. Nadie supo que Paddy fue el autor de los disparos hasta que la policía comprobó en su ordenador el número de serie de la escopeta y la licencia de Paddy salió en la pantalla. El cara de rata de la ciudad, el que le había pateado la cabeza a Johnsey, le contó a la policía que había sido un viejo, que había parado el coche en medio de la carretera con las luces de emergencia encendidas; un tipo de pelo blanco, mirada de loco y pinta de demonio se puso del lado del pasajero e hizo señas a un par de coches para que lo adelantasen, se tomó su tiempo antes de abrir fuego y tumbar a Eugene, que cayó gritando; después tiró la escopeta por encima del muro de un terreno baldío, se subió a su viejo Volkswagen Jetta, hizo un cambio de sentido y salió a toda leche por donde había venido.

El sargento Jim Gildea le contó a su mujer, que le contó a todo el mundo, que el chico de la ciudad se había cagado encima. El tiro no se había desperdigado tanto como Paddy le había asegurado a Johnsey que pasaría con la perdigonada para patos, de modo que le dio a Eugene Penrose de lleno. Mientras Eugene se desangraba en el suelo sin parar de gritar, el valiente muchacho con los pájaros tatuados en el cuello se cagó y se meó encima, se puso a llorar como una nena y, para rematarla, uno de los de la ambulancia tuvo que ponerle una inyección para que dejara de hacer el idiota.

Johnsey no paraba de pensar en Eugene, tirado en la carretera, sangrando a borbotones, con la pierna destrozada. Y entonces pensó en Eugene cuando era apenas un niño y estaba en la escuela primaria y habían sido amigos. Los pensamientos lo atormentaban. ¿Paddy le había pegado un tiro a Eugene por él? ¿Era porque Paddy lo había considerado demasiado débil para vengarse por sí mismo? Entonces le dio por pensar en Paddy y en todas las veces en que le había dado una palmada en la cabeza con su manaza y le había sonreído cariñosamente cuando Johnsey era niño y recordó que para él Paddy era como una montaña, oscura, inamovible y eterna. Pero resultó ser que Paddy era como una de esas montañas del extranjero que no cambian en años y todos creen que es la mejor, y viven en las praderas verdes de sus laderas más contentos que unas Pascuas, y entonces, de repente un día, le explota la cima, sale volando hasta el cielo, vomita roca fundida sobre sí misma, destruye a cuantos no consiguen alcanzar a tiempo las tierras bajas y, al final, la montaña se destruye a sí misma.

Dave Farfulla dijo que en los últimos meses había en el pueblo más alboroto que el que había habido en cien años. Si hubiesen

ganado la final del condado, no habrían montado tanto escándalo. Y todo se reducía a Johnsey Cunliffe. ¡Menudo alborotador estaba hecho! ¿Cuál iba a ser su siguiente movida? ¿Organizar un motín? ¡Era capaz de cualquier cosa, claro! ¡El pobre Patapalo Penrose se estará arrepintiendo de haberse metido contigo, diría yo!

A veces, cuando algo te preocupa, es genial contar con alguien que te haga bromas. Como cuando el tipo del pelo rizado del periódico dijo todas esas cosas sobre él, y Dave Farfulla se pasó la tarde explicando cómo irían a Dublín en el Land Rover, cómo lo esperarían delante de su oficina de copetudo y cómo le arrancarían el culo a golpes de palo de hurling haciendo chillar a aquel sabelotodo como un cerdo asqueroso en el matadero. Johnsey casi se meó encima de tanto reírse de la descripción de Dave Farfulla, y esas risas consiguieron que todo el asunto pareciera un chiste y no algo realmente verdadero. Pero a Johnsey no le gustaba oír a Dave Farfulla bromear sobre Eugene Penrose y su pierna. ¿Por qué no era capaz de explicárselo a Dave Farfulla? ¿Cómo iba a poder, cuando era incapaz de explicárselo a sí mismo?

Siobhán le contó que cuando pierdes un miembro también pierdes un montón de sangre. Eso puede ser muy malo para el corazón, porque hay demasiada presión. Si lo piensas, tiene sentido, la sangre no tiene muchos sitios a donde ir. Pero ¿cómo es posible que el cuerpo humano sepa convertir la comida en mierda y la bebida en pis, transformar un chisme casi invisible en un bebé, que tu cerebro pueda hacer cuarenta millones de cosas por minuto según explicaba la maestra de ciencias de la escuela técnica y aun así no sepa que necesita menos sangre cuando se corta por algún lado? Y lo peor, Siobhán le contó que a veces, las personas notan una picazón donde antes tenían el brazo o la pierna, a eso se le llama el síndrome del miembro fantasma, como si un espectro volviera a perseguirlos, y esa picazón puede llegar a volverlos locos, porque es imposible rascarse lo que en realidad ya no se tiene. Johnsey recordó cómo le picaba la escayola cuando estuvo en el hospital, era para subirse por las paredes, hasta que Siobhán le llevó una aguja de tejer, pudo rascarse a gusto, y qué alivio, aunque le pidió que no dejara que la monja ni las otras tontas del culo lo vieran rascarse porque se suponía que no debían permitir a la gente hacer esas cosas. Se preguntó si a Eugene le habría dado ya el síndrome del miembro fantasma.

Poco después del entierro de Paddy, la tía Theresa arrastró a la pobre Nonie y al pobre Frank hasta la casa. Quería saber si Johnsey iba a organizar una subasta y por Dios qué iba a pasar, y si sabía que la recalificación no iba a durar eternamente, que en breve permitirían

que la granja volviera a ser granja y la fiesta habría acabado, y que el sobrino que Paddy Rourke tenía en Inglaterra no estaría muy contento con él por devaluar su herencia con sus posturas tan raras, y le preguntó si sabía que existía una cosa llamada «expropiación forzosa», y le dijo que en el Consejo del Condado no tardarían en hartarse de él y lo obligarían a vender, y que la idea que ellos tenían del precio de mercado no coincidiría con lo que el señorito Johnsey Cunliffe tenía en la cabeza, y le preguntó, además, si no era una ofensa a Dios que ella y Frank tuvieran que pasarse la vida haciendo malabares con el sueldo para que Susan y el pequeño Frank fueran a la universidad mientras a él el dinero le salía por las orejas y se comportaba como si estuviera muy por encima de ellos, y que mientras el pequeño Frank, ahogado por el asma, no levantaba la cabeza de los libros para poder ser alguien en la vida, él se paseaba por ahí con ese vago de los Cullens, los dejaba a todos en evidencia y era la comidilla del condado; y pensar que la pobre Sarah se había pasado la vida guardando hasta el último céntimo en el Credit Union para él, y ahora ni siquiera se dignaba mirar a su propia tía, la única pariente de su madre que le quedaba en este mundo, y por el amor de Dios, ¿por qué no contestaba el teléfono?

Bueno, bueno, dijo Nonie, pero Theresa no le hizo el menor caso y Johnsey se preguntó si Theresa se habría olvidado de que Nonie era tan hermana de madre como ella, y si quizá quería que vendiera la granja para darles dinero a Susan y al pequeño Frank, que jamás lo había mirado en el autobús escolar, jamás había dicho una sola palabra cuando lo atormentaban y había seguido sentado con una sonrisita en la cara. El tío Frank quiso saber si Johnsey estaba saliendo con la enfermera rubia, le sonrió y le hizo un guiño, y Theresa le dijo que se callara la boca, y alucina, se echó a llorar con la mano puesta en la frente y Nonie venga decir, bueno, bueno, y Frank miró al cielo con cara de apuro, todo nervioso; Johnsey recordó entonces que una vez papá comentó que el pobre imbécil de Frank se había cavado la fosa cuando decidió aceptar casa gratis y una buena dote, y madre le dijo que cómo se atrevía, que su padre no había pagado dote a ningún hombre, que a Frank lo habían elegido de una larga cola de pretendientes, entonces papá miró a Johnsey, se tapó la comisura de la boca y dijo, tendrías que haber visto esa cola, Johnsey, ¡un marica, un ciego, un tipo que rondaba los noventa y Frank!

Era fabuloso que, de todos modos, Siobhán fuera a visitarlo. No podías pasarte el día entero pensando en Paddy, en Eugene, en Theresa y en lo que la gente esperaba de ti cuando tenías que pensar que ella iría a verte.

Cuando fue a verlo después de aquella vez que se había presentado por sorpresa, ni siquiera los encontró en casa. Habían ido a la ciudad, a ver a las prostitutas. Dave Farfulla le había prometido a Johnsey que lo llevaría a la calle donde estaban, ¡así podría echarle un vistazo a su futura esposa, ja, ja, ja! Las prostitutas eran raras; una señora gorda y bajita con la misma cara que una de esas tipas que se ven en misa, con la diferencia que esta llevaba media panza blanca al aire porque el top le quedaba demasiado corto y no le llegaba a la cinturilla de la falda. Y había otra tipa con unos pómulos tan afilados que podían cortarte. Vestía un chándal brillante y tenía los ojos muertos. A su lado estaba un tipo flaco, con un bigotito; Dave Farfulla le explicó que era una mujer y Johnsey no se lo creyó hasta que, después de mirar un buen rato, se dio cuenta de que era una mujer de verdad, y Dave Farfulla le contó que era una tortillera machorra que hacía de chulo, y aunque Johnsey no sabía qué significaban esas palabras, no dijo nada; entonces Dave Farfulla dijo que si te pasabas de listo con ella o con las prostitutas, te cortaba la picha, y mientras la estaban mirando, ella los relojeó y fue hacia el coche de Dave Farfulla con cara de pegarte un mordisco y comerte sin sal; a Dave Farfulla le entró el miedo y se le caló el coche, pero consiguió arrancar justo cuando la tipa los alcanzó e hizo ademán de patear el coche, pero ellos salieron pitando; la prostituta de los ojos muertos apenas movió la cabeza al verlos pasar.

Cuando regresaron a la casa, en la ventana de la cocina encontraron unas letras escritas en rojo. Johnsey pensó en las películas de terror que siempre veía a medias. Dave Farfulla le explicó que era pintalabios. ¡Eh, sabio, que es pintalabios! ¡Ja, ja, ja! Pero Johnsey sabía muy bien que Dave Farfulla bromeaba para disimular que estaba ofendido. Las palabras decían:

Hola, J

Me pasé a las 6

pero estabas fuera con tu amiguito

Escríbeme + tarde 087 7946509

Siobhán xxx

Dave Farfulla pronunció «jota» con cara de asco y «amiguito» con más asco todavía, y cuando Johnsey se arriesgó a echarle un vistazo disimuladamente, casi tuvo la certeza de notar un brillo húmedo en sus ojos, pero Dave se limitó a comentar que era increíble que un tipo

pudiera montárselo con una enfermera que le dejaba mensajes de amor en la ventana de la cocina y ni siquiera tenía un móvil para enviarle un mensaje; como era la segunda vez que la muchacha le dejaba el número, empezó a dudar de que tuviera una picha con que follársela y ¡vaya desperdicio, por Dios! Si la chica lo hubiese perseguido a él, se la habría beneficiado y le habría dado el pasaporte hacía tiempo, pero claro, no tenía una granja con tierras, ja, ja, ja, y a Johnsey más le valía espabilar, por Dios bendito. Johnsey no podía apartar la vista del mensaje escrito con pintalabios. Tres crucecitas, tres besos. Dave Farfulla dijo que podían representar también tres equis, como en el porno. A Johnsey le hubiera gustado que dejara de usar ese vocabulario al hablar de Siobhán, pero ¿cómo podía decirle algo así sin quedar como un chupacirios y un aguafiestas, y sin hacerlo sufrir todavía más?

Al día siguiente fueron a la tienda de telefonía y una tipa con unas lolas, según Dave Farfulla, despampanantes, le vendió un móvil y no se enteró de cómo eran sus lolas porque no pudo mirarla, pero olía de maravilla, hablaba con voz suave, y cuando Johnsey fue a pagarle, se le cayó el dinero al suelo, entonces Dave Farfulla intervino, fíjate cómo tira el dinero, ja, ja, ja, señal que puede hacerlo, es millonario, ja, ja, ja; Johnsey se sintió enrojecer hasta la raíz del pelo y de pronto se imaginó estampándole el móvil nuevo en la cara a Dave. ¿Cómo era posible que no pudiera callarse la boca y dejar que le pagara a la muchacha en vez de tratar de hacerse el listo y alardear todo el tiempo? A lo mejor ahora la muchacha que olía de maravilla lo reconocería por la foto del diario y pensaría, fíjate quién ha venido a comprarse un móvil, el desgraciado codicioso, ¿por qué será que todo lo que haces resulta tan incómodo y cómo es que no puedes controlar esos terribles pensamientos? ¿Acaso la maldad había tomado las riendas de su cabeza?

En el camino de vuelta, Dave Farfulla lo pinchó para que mandara un mensaje a la enfermera. Johnsey le preguntó qué podía escribirle. Dave Farfulla dijo, por Dios, chico, ¿también voy a tener que follármela por ti? Al oír aquello, Johnsey no quiso darle el gusto al muy imbécil y decidió escribir el dichoso mensaje sin su ayuda. Había que desplazarse por el menú y averiguar qué se podía hacer, aunque no le pidió consejo a Dave, el resultado no estuvo mal, escribió: «Hola Siobhán soy Johnsey Cunliffe perdona que no estuviera por favor pásate otra vez».

Dave Farfulla le preguntó qué había escrito y si tenía el número bien. Johnsey se preguntó por qué de repente Dave estaba tan molesto con él. Al fin y al cabo, era él quien decía las ocurrencias y

ninguneaba a Johnsey, aun así casi le estaba gritando por lo del bendito mensaje y miraba a Johnsey tratando de quitarle el teléfono; el motor empezó a rugir porque Dave no cambiaba de marcha y no mantenía el coche dentro de la raya blanca como había que hacer, porque papá siempre le decía a madre cuando ella iba al volante, si pisas la línea, el día menos pensado te encontrarás en una curva y de frente vendrá un tonto tan tonto como tú y… ¡CATAPLAM! Dos tontos muertos. Y a saber cuántos pobrecitos pasajeros inocentes morirían con ellos por culpa de la tontería. Madre le chillaba que se callara la boca, pero con eso y con todo, enderezaba el volante y se arrimaba un poco a la cuneta para calmarlo.

Cuando Johnsey leyó en voz alta el mensaje que acababa de escribir, Dave Farfulla soltó, ¡jo, jo, jo, en la vida había oído nada tan mariposón! ¿Por favor pásate otra vez? ¡Pero qué ricurita, chico! ¡Este es mi Johnsey Cunliffe! Jesús. María. Y José. Serás tontorrón. Serás… El coche dio un bandazo cuando las ruedas del lado de Johnsey pisaron de lleno el borde blando; Dave Farfulla maldijo, sus manos se movieron veloces en el volante y cuando consiguió enderezar el coche, rio, ¡ja, ja, eso sí que te ha hecho temblar, chico! Como queriendo decir que había estado haciendo el burro a propósito, que conducir mal era una maniobra para meterle miedo a Johnsey. Aunque para tratarse de alguien que solo estaba haciendo el payaso se le había ido mucho el color de la cara.

Seguramente adivinó que Johnsey estaba mosqueado con él por haberse reído del mensaje enviado a Siobhán y que deseaba con toda el alma poder llegar al cielo para recuperarlo, enviarle otro más ingenioso, con más gracia, que molara más e imaginarlo allá fuera, rebotando en un satélite para volver a la tierra y entrar en el móvil de Siobhán con la carcasa rosa y el corazón azul; acaso un mensaje de texto no era algo tremendamente peligroso, porque una vez que pulsabas el botoncito de enviar, ya estaba hecho. Como apretar el gatillo de una escopeta y meterle una perdigonada en la cabeza a un conejito mientras husmeaba la tibia brisa primaveral. No había vuelta atrás. Era demasiado tarde. Dave Farfulla dijo, no te preocupes, chico, y el resto del camino a casa condujo derecho y no demasiado deprisa.

Al final dio lo mismo. A Siobhán no le interesaban los mensajes de texto largos y rimbombantes. Se limitó a contestar: «Bien paso + tarde después del trabajo». Y sanseacabó; a partir de entonces, le mandaba un mensaje para decirle que iría a verlo y él le contestaba «bien», ella llegaba entre seis y seis y media y, un buen día, le mandó otro mensaje para decirle, «voy me muero d hambre», a Johnsey le entró el miedo y llamó a Dave Farfulla para preguntarle qué hacer,

Dave le dijo que no tenía ni puta idea y le preguntó qué tenía en el frigorífico; unas salchichas, algo de beicon y pudin, contestó Johnsey; le fríes un poco de eso y listo, dijo Dave; cuando Siobhán llegó quiso saber si realmente esperaba que se comiera un plato de cerdo muerto y chamuscado. Se echó a reír y le dijo a Johnsey que se lo comiera él, pero cómo costaba masticar y tragar con la boca seca y el estómago revuelto a causa del bochorno, mientras ella comía un sándwich de pan integral con queso y una rodaja de manzana. ¡Imagínate, un sándwich con manzana dentro! A partir de aquel momento, si le avisaba que iría a verlo, le tenía preparado algo de comer, por ejemplo, un sándwich de pan integral, con lechuga, queso bajo en grasas, una Coca-Cola light y a lo mejor una manzana (pero no dentro del sándwich) porque, al parecer, a las mujeres les encantaba comer esas cosas.

Dave Farfulla tomó por costumbre marcharse antes de que Siobhán llegara. Si ella mandaba un mensaje, Dave le preguntaba a Johnsey qué ponía; Johnsey le contaba que iría a verlo más tarde, entonces Dave Farfulla asentía con la cabeza, no comentaba nada y enseguida decía que tenía que marcharse de todos modos porque había quedado en el pueblo con algunos de sus compinches para tomarse unas pintas, pero Johnsey sabía que se iba a su casa a ver Home and Away a solas, y a continuación a lo mejor Emmerdale y quizá Coronation Street con su madre porque a veces a las siete y media ya estaba en casa.

Desde que Siobhán empezó a visitar a Johnsey, Dave Farfulla ya no hablaba tanto. No le preguntaba demasiado a Johnsey sobre lo que hacían cuando ella iba por ahí. A Johnsey le pareció raro, pero en cierto modo se alegró: ¿cómo iba a contarle a Dave Farfulla que se quedaba ahí como un atontado tratando de que los ojos no se le desviaran hacia el escote o la pierna de ella, sin pensar en lo que había ocurrido en el hospital, mientras la escuchaba quejarse sin parar del viejo Dinny Shanley que se pasaba el día tratando de palparle el culo y de su mujer que estaba todo el santo día en cama babeando? De todas formas, ¿no era un pecado no poder disfrutar de Dave Farfulla y de Siobhán sin sentirse culpable porque Dave se consideraba excluido, o sin mostrarse resentido si Dave imponía su presencia o sin tener miedo de que Siobhán esperase que hiciera o dijera algo importante, o lo que fuera, y no era terrible que algunas veces deseara volver a pasearse por los Callows con Dave y hablar de tonterías? Era fabuloso que Siobhán fuera a verlo, pero ¿por qué cuando conseguías una cosa tenía que estropearse un poco si también querías otra? ¿Era así como la vida encontraba su equilibrio?

De todas maneras, ¿cómo iba a saber lo que Siobhán quería? Podía pasarse horas hablando, que él estaba en las mismas. ¿O era que Johnsey vivía cerca de los Shanley y a ella le iba bien hacer un alto para no llegar a casa demasiado temprano y encontrarse con su madre que, según decían, era una vieja bruja amargada, que estaba todo el santo día renegando porque Siobhán no hacía nada con su vida cuando sus hermanas estaban todas casadas y colocadas con unos muchachos encantadores? Claro que mami no sabía de la misa la media, porque uno de ellos era un alcohólico perdido, el otro engañaba a su mujer, y el listo de su hermano Peadair, al que creía tan maravilloso, acababa de suspender todo en la universidad de Dublín y mami venga a contarle a todas las brujas de la parroquia que su hijo iba a ser el puto fiscal general. ¿O acaso Dave Farfulla tenía razón cuando decía que Siobhán era una de esas que se vuelven locas por los tipos con granjas y tierras? De todos modos, ¿qué tenía eso de malo? Difícilmente nada de eso permitía meterla en el mismo saco que la señora gorda con el top corto o la chica de los ojos muertos y el chándal brillante, ¿verdad?

Noviembre

Halloween dio paso al Día de los Difuntos, un empujoncito más y se plantaban en Navidad. Noviembre se hacía eterno y más te valía no pensar en las fiestas porque si no, enloquecías esperando a que pasaran los días. Pese a todo, ¿a que Papá Noel era genial? En noviembre el pobre ya estaba hecho polvo de tanto fabricar regalos. En la ciudad, cada año se adelantaban más y más en poner los adornos. Es para que la gente se anime a comprar, decía madre. Imagínate, en cuanto terminaba el Día de los Difuntos ya ponían las luces en las calles. ¡Hasta mediados de diciembre debería estar prohibido hablar siquiera de las Navidades!

En noviembre, algunos ofrecían sacrificios en memoria de los fieles difuntos. Madre decía que aquello era pura apariencia, los que iban por ahí parloteando sobre dejar de beber en noviembre eran los mismos que en diciembre empinaban el codo a destajo hasta quedar bien mamados. Se hacían los santurrones cuando en el fondo estaban ahorrando el dinero que derrocharían en Navidad.

En noviembre se publicó otro artículo sobre Johnsey. Esta vez en uno de esos periódicos con fotos de mujeres en paños menores. Johnsey se acordó de aquella vez, cuando era niño, y madre lo pescó mirando una de esas fotos con los ojos como platos y la boca abierta; madre arrancó el periódico de la mesa, lo enrolló, se fue donde papá estaba viendo un partido en la tele y lo zurró con él en la cabeza; papá se quedó patidifuso porque ella se le había acercado con disimulo y se había puesto a gritar, te he dicho cientos de veces que no traigas a casa esta basura, le envenenarás la cabeza al niño. Johnsey se puso rojo de vergüenza por estar envenenado y haber metido a papá en aquel lío, y se angustió al pensar que el veneno de la foto le había llegado a la picha porque la notaba queriendo salirse de los calzoncillos, pero claro, con el enfado que tenía madre no se atrevió a preguntarle nada.

Esta vez, en el periódico solo aparecía una foto pequeña de Johnsey, la misma de la otra ocasión, la que el compinche del chico elegante le había sacado en el corral de forma tan taimada. Pero había una foto enorme de Eugene Penrose, con el muñón vendado donde antes tenía la pierna, más pálido que un fantasma, sostenía en la mano una foto enmarcada de sí mismo vestido con ropa de hurling de cuando jugaba en el equipo sub-16 antes de que le dieran el pasaporte por pendenciero. Encima de la foto de Eugene, se leía en letras grandes: GUERRA INMOBILIARIA.

Alrededor de la foto de Eugene y su muñón y debajo de la suya había, una vez más, un montón de palabras sobre Johnsey y sobre cómo «el hombre que estuvo a punto de matar a Eugene Penrose de un disparo, y poco después se suicidó con una sobredosis de medicamentos recetados, estaba estrechamente relacionado con el hacendado John Cunliffe, conocido como Johnsey, que en las últimas semanas ha llamado la atención de la prensa nacional como figura clave en una operación inmobiliaria de gran calado, tras haber supuestamente exigido una reserva fija de veinte millones por unos terrenos clave en la reurbanización local»; caray, casi que conviene que no te molestes en leerlo, dijo Dave Farfulla; no, David, deja que lo lea, ya no es un niño, no puedes tratar de protegerlo del mundo, dijo Siobhán, y Dave Farfulla contestó que no lo protegía, solo intentaba decirle que no merecía la pena leer ese tipo de basura; Siobhán manifestó su desacuerdo chasqueando la lengua y mirando al cielo, y Johnsey la vio haciendo muecas en la otra punta del cuarto, y Dave Farfulla se puso rojo como un tomate y Johnsey deseó que volviera a hacer comentarios chistosos como la última vez.

Eugene declaró al periódico que en su parroquia todo el mundo lo culpaba por haberle pegado una paliza a Cunliffe aunque nunca lo habían acusado de ese delito ni había pruebas en su contra, pero ya se sabe que por aquí hay ahora la tira de muchachos de la ciudad capaces de algo así, y que frente al recinto de la iglesia Paddy Rourke lo había amenazado con que recibiría su justo castigo, tenía testigos que podían corroborarlo; en su momento no lo denunció porque le daban mucha lástima los mayores, puesto que su abuelo era un viejo enfermo, y él había tenido una infancia desastrosa, su padre los había abandonado, su madre había buscado consuelo en la bebida y él había tenido que arreglárselas solo. El viejo Patsy Pantalonesmeados Penrose, comentó Dave, no se había marchado muy lejos, cuando no estaba en las casas de apuestas, se beneficiaba a Bridie Fitz en el pub Munster. Siobhán lo mandó callar antes de que se embalara y él le lanzó una mirada asesina.

Eugene contó, además, que Johnsey siempre se había creído mucho mejor que los demás porque venía de una familia con tierras cuando la mayoría de sus compañeros de clase eran hijos de trabajadores y comerciantes honrados, nunca se había relacionado con nadie, y si exigía esa exageración de millones para que el proyecto de urbanización pudiera salir adelante, seguramente era porque estaba convencido de que le correspondía el derecho divino de situarse por encima de sus semejantes. No estaba diciendo que John Cunliffe tuviera que ver con que le disparasen, pero ejercía una influencia tremenda en la gente, muchos en el pueblo estaban a su servicio, y

desde la muerte de sus padres, que en paz descansen, se había desmadrado por completo. Rara vez se lo veía en público, y cuando asomaba la nariz, si te lo cruzabas, te trataba a patadas. Quienes le pegaron la paliza tal vez lo hicieron porque ya no lo aguantaban más. A veces los pobres arremeten contra los ricos. Es triste, pero es así, concluyó el valiente Eugene.

Fíjate tú, dijo Dave Farfulla, podía haber sido peor, al menos no te tratan de mariposón ni de pedófilo. Por el amor de Dios, Dave, dijo Siobhán, y levantó la vista al techo, pero al mismo tiempo sonreía; al verlos, a Johnsey le vino a la cabeza cuando madre se hacía la enfadada con papá pero no le salía. ¿Por qué no podían vivir en la casa los tres juntos? Así dejaría que Dave hiciera realidad la idea de la que no paraba de hablar, convertir el granero en apartamentos de esos por los que se chiflaban los ricachones de la ciudad, podríamos llamarlos El Corral o Hacienda Cunliffe o podríamos ponerles cualquier otro nombre de la hostia y también habría una parva de polaquitas, que se vuelven locas por los irlandeses, ¡yuju, qué bien lo pasaríamos!

En el Credit Union había un buen colchón guardado y más dinero en otro banco; la tía Theresa le había resuelto todo eso y quizá no fuera tan vieja foca como aparentaba. Joder, que no se moriría si vendía unas parcelas y le echaba una mano al pequeño Frank y a Susan si eso quería la tía Theresa; a lo mejor era verdad que era un desgraciado por privar a la gente de trabajo, dinero y oportunidades; a lo mejor de ese modo los Unthank dejarían de sentirse en la obligación de justificarse sin saber cómo hacerlo, y así, en su cocina que olía a pan caliente las cosas serían otra vez simples, cómodas y agradables.

¿No era un pecado que, antes de morir, papá o madre no le dijeran lo que debía hacer cuando se hubiesen muerto? ¿Acaso madre estaría furiosa con él si vivía en la casa con una mujer? ¿Pensaría que Dave Farfulla era muy vulgar, que no era una compañía adecuada? ¿Acaso papá pensaría de él que era un inútil y un tarado debilucho incapaz de hacer nada a derechas? ¿Estaría orgulloso de Johnsey si les decía a los McDermott que se metieran el arrendamiento por el culo, recobraba las tierras y mandaba al carajo a los subastadores y al consorcio y a los del periódico, y se casaba con Siobhán y tenía una gran manada de vacas lecheras y una pila de hijos? Mientras se preguntaba todas estas cosas, fuera, en el corral, se había armado un tremendo alboroto, y cuando se asomó a mirar, vio a un tipo con cara de chalado, el pelo negro en mechones alborotados como un perro mojado, que empuñaba un palo de hurling; también vio a Dave Farfulla plantado delante de él apuntándolo al pecho con el dedo y

oyó a Siobhán que preguntaba, ¿quién diablos es ese?

Era el padre de Eugene Penrose. Cuando Johnsey asomó por la puerta, el hombre pegó un salto hacia adelante blandiendo el palo de hurling; Dave Farfulla se agachó y consiguió frenarlo agarrándolo por debajo de los brazos; el hombre gritaba a voz en cuello que se lo cargaría por lo que le había hecho a su niño; Johnsey no vio que el otro tipo se le acercaba desde la pared del pajar y, cuando lo tuvo encima, lo derribó de un golpe en el costado de la cabeza; tirado en el suelo, Johnsey vio los bordes de la huella de papá y pensó, Dave Farfulla la va a pisar de un momento a otro, solo veía el culo de Dave y la cabeza del tipo, roja encendida, como la de un hombre monstruoso con cuatro patas retorcidas poniendo el grito en el cielo y agitando el palo de hurling, mientras Siobhán chillaba, apártate de él; fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien lo pateaba y al levantar la vista vio a otro monstruo con dos cabezas y dos piernas enroscadas en el medio; una de las cabezas, rubia, de pelo largo, mordía la mejilla de la otra, de pelo moreno, y la hacía sangrar mientras la morena berreaba y ahí fue cuando el Nissan Bluebird de los Unthank cruzó la verja rápidamente, seguido de un coche patrulla; y la tormenta amainó de repente.

Siobhán tenía sangre en los dientes. Y exclamaba, ¡por el amor de Dios!, porque se le habían roto las uñas. La policía metió a Patsy Penrose y al pequeño Penrose en la parte trasera del coche patrulla. Los Unthank se quedaron en el corral, con gesto indeciso. Habían visto a Patsy y al pequeño Penrose salir en dirección a Dark Road, habían oído a Patsy maldecir a Johnsey, tuvieron claro que iban a armarla y enseguida avisaron a Jim Gildea. Jim preguntó si necesitarían una ambulancia. Siobhán dijo que no hacía falta, que era enfermera, que se ocuparía de ellos y que nadie estaba malherido. Qué ambulancia ni qué ocho cuartos, exclamó Dave Farfulla, manden al puto ejército antes de que algún loco mate a Johnsey, ¿por qué carajo no pueden detener a los mierdas que publican mentiras sobre él en los diarios? Seguro que hay alguna ley que prohíbe difamar así a un hombre. El joven policía que iba con Jim le pidió a Dave Farfulla que se calmara; eso lo enfureció más y cuando llamó al joven policía soplagaitas con ínfulas, el muchacho le apuntó a la cara con el dedo y le dijo, una más como esa, chico… y Dave Farfulla le preguntó, ¿y qué? ¿Y qué? ¿Y qué? Por suerte, Jim Gildea fue directo hacia los dos y, tal como comentó el mismísimo más tarde, Jim podrá ser todo lo que tú quieras, pero lleva mucho tiempo en el puesto y sabe cómo calmar los ánimos; apartó al muchacho de Dave Farfulla, los Unthank consiguieron que Dave entrara en la casa y, una vez dentro, este se revolvió contra los Unthank, los tachó de malditos Judas y les

preguntó por qué no se iban a tomar por culo y volvían con los peces gordos de sus amigos en lugar de aparecer por ahí como unos rastreros para lavarle el cerebro a Johnsey; la mismísima se echó a llorar, el mismísimo también, y Johnsey creyó que el corazón se le partiría en dos.

No volvería a poner los pies fuera de la verja y sanseacabó. Solo puedes estar a salvo en tu propio interior. Cuando la gente cree tener la razón de su parte, dice y hace cualquier cosa. ¿Quién decide lo que está bien? ¿Tiene Dave Farfulla más razón que los Unthank porque le dieron dinero a Herbert Grogan y a los promotores inmobiliarios y él no? Pudieron haber tomado la decisión años atrás, antes de que nadie supiera qué terrenos serían recalificados. Una verdad sobreentendida se convertía en mentira, del mismo modo que lo que papá llevaba dentro y pasó desapercibido, después se estropeó hasta transformarse en un tumor que se le desparramó por el cuerpo y lo mató. A lo mejor Dave Farfulla también habría invertido en el gran proyecto de haber tenido algún dinerito aparte del que le daban por no trabajar a causa de tener la espalda hecha polvo o de haberse caído de una escalera, o del que sacaba haciendo chapuzas de vez en cuando o le prestaban en el Credit Union a cuenta del pastón que recibiría como indemnización del seguro de Timmy Apretón de Manos. Por ahora sanseacabó, no volverían a verle el pelo; ya podían tacharlo de canalla para arriba, con palabras elegantes o llanas; y Dios tendría que acostumbrarse a que no fuera a misa y los Unthank podían quedarse con sus ojos tristes y su silencio que ya no era natural sino que estaba cargado de la amenaza de las disculpas y las excusas y dejarlo a él en su casa con sus paseos de vez en cuando por la ribera hasta los Callows; y si alguien lo necesitaba para algo, que viniera y se lo pidiera amablemente, que él lo mandaría a cagar, también amablemente.

Si a los dos inspectores de policía de la ciudad les daba por regresar para prometerle justicia o preguntarle si sabía algo de lo que Paddy había hecho, mientras Jim Gildea esperaba detrás de ellos mirándose los zapatos y tratando de recordar hasta el último detalle para contárselo a Mary al volver a casa, no les daría comba. Si se acercaban por allí más empresarios con sus sonrisas falsas y sus rollos de siempre sobre escrituras o negocios o acuerdos privados o lo que fuera, los correría a gorrazos. Arrancaría el teléfono de la pared por completo, y se acabó la charla. ¿Querría Siobhán seguir visitándolo para hablar de los Shanley, de la cacatúa de su madre, de las furcias de sus hermanas, pagadas de sí mismas, y comerse su sándwich de manzana después de haber tenido que morderle la cara a aquel tipo para impedir que lo matara? ¿O diría acaso, vamos a ver, este muchacho me trae demasiadas complicaciones para tan poca valentía,

encanto, atractivo y citas en grandes restaurantes donde unos camareros extranjeros con servilleta en el brazo se te acercan y te echan sal en las patatas fritas? ¿Conseguiría Dave Farfulla un nuevo amigo que no pensara de él cosas envenenadas cada vez que soltaba un chiste delante de una chica que, sentimentalmente hablando, tenía en él tanto interés como en morirse? En este mundo hay demasiadas cosas que pueden salir mal. Hay demasiadas variables, como habría dicho la profesora de ciencias. Y aunque pillaras todas las variables a tiempo, antes de que se volvieran en tu contra, al final, las cosas acabarían mal. Hagas o no hagas, a la larga, las cosas se estropean y acaban muriéndose.

Manda cojones, dijo Dave Farfulla, que alguien tenga semejante suerte y al final no le caigan más que desgracias. Pensaba que Johnsey estaba loco por dudar en vender las tierras, pero ahora lo entendía mejor: Johnsey era un tipo leal. ¿Por qué si no iba a defender a los Unthank, que con una mano le daban de comer mientras con la otra le arrancaban las entrañas? Es una gran cualidad en un hombre. Era leal a su familia, aunque ya no estuviera en este mundo. Se negaba a vender las tierras que los había alimentado. No permitiría que vertieran hormigón sobre sus años de esfuerzo. Era capaz de ver más allá de los grandes proyectos de construcción de cines, tiendas y casitas como cajas de zapatos, y a la larga, quienes sacarían más tajada eran esos pocos hijoputas de siempre, que llevaban la batuta desde el principio, y le tomaban el pelo al país entero. Chico, algún día se sabrá que fuiste el único en querer pararles los pies a estos acaparadores codiciosos y se darán cuenta de que no venderías tu casa ni por todo el oro del mundo.

Siobhán guardó silencio, se limitó a morderse las uñas rotas y a limárselas, moviendo el codo de acá para allá frenéticamente, mientras por lo bajo maldecía a esos paletos tarados, que se casaban entre ellos; echaba chispas y era imposible saber si estaba enfadada con los Penrose, con el periódico o con el propio Johnsey por causar tantos trastornos por el mero hecho de estar vivo. Francamente, con Siobhán nunca se sabía qué pensar. Era un misterio impenetrable, tan insondable como las aguas negras del estanque de la ladera del monte Tountinna que, según contaba papá, llegaba al centro de la tierra, y si te quedabas un rato mirándolo, ya no podías apartar la vista de su oscuridad inmóvil y, aunque se te helara la sangre de miedo, sentías una loca atracción, y a la que te despistabas papá te decía, muévete de una vez, en qué diablos estás pensando, porque ya había encontrado la vaquilla extraviada del muchacho que le había telefoneado para que lo ayudara a buscarla, y habían pasado veinte minutos.

Siobhán le dijo que acabaría convertido en una isla de hierba. Lo dijo tan de repente y con unas palabras que a Johnsey se le detuvo el cerebro un instante y el corazón le dio un vuelco. Construirán a tu alrededor, cariño. Y se acercó al extremo del sofá largo donde estaba sentado, le puso la mano en la frente, y con los dedos le peinó hacia atrás el pelo que debería haberse cortado hacía siglos, pero qué difícil estarse quieto en la silla del barbero cuando la señora que trabaja ahora allí te apoya el pecho enorme en la nuca y tienes miedo de mirarte al espejo, no sea que piense siquiera que la estás mirando, y le rezas a Dios para que no se te ponga tiesa, y sabes que la cara se te ha puesto morada y lo único que te ha preguntado la mujer es si te irás de vacaciones. Al viejo Mugsy Foley nunca le importó un carajo adonde te ibas de vacaciones una vez que te sentabas, cerrabas la boca y lo escuchabas contarte lo que haría si hubiese sido presidente del Tipperary mientras te pelaba la cabeza. Johnsey vio que Dave Farfulla observaba la escena y se preguntó si lo consideraba un crío por haberse dejado pegar con tanta facilidad y haberse dejado salvar por una chica de las botas del pequeño Penrose mientras Dave luchaba como un león para impedir que Patsy Penrose lo zurrara con el palo de hurling. ¿Le había dado al menos las gracias? ¿Qué diablos le pasaba? ¿Se había quedado sin palabras o qué?

Siobhán lo había llamado «cariño». Aunque claro, francamente, la vieja aquella del hospital que le llevaba el desayuno, la comida y la cena también llamaba «cariño» a todo el mundo. Incluso al doctor Bolasfrías aquella vez. Le golpeó las pantorrillas con el carrito cuando el médico estaba junto a la cama de Johnsey y dijo, cuánto lo siento, cariiiño, y le guiñó el ojo a Johnsey como queriendo decir que no lo sentía para nada, y el doctor Bolasfrías la miró con la nariz marrón levantada y apenas se movió. Las mujeres de ciudad llaman cariño a todo el mundo. Pero Siobhán no era exactamente una mujer de ciudad; venía de una casa grande por la zona de Clonbrien que Dave Farfulla le había enseñado un día y Johnsey se había sentido como un furtivo por haber ido hasta allí a espiar la casa de Siobhán a través de una fila de árboles, luego le resultó imposible dejar de imaginarse su cama dentro de aquella casa grande, impregnada de su olor, con todas sus cosas de chica tiradas por ahí, y los cajones llenos de prendas con volantes, misteriosas y delicadas. ¿Llegaría un día a ver realmente aquella habitación? ¿Qué haría allí dentro aparte de husmear como un furtivo? Permitirle a alguien como él la entrada sería como echar mierda en un frasco de perfume.

Dave Farfulla dijo que se marchaba y los dejaba con sus cosas; ¿qué cosas?, preguntó Siobhán, y añadió que era un fresco; Dave Farfulla no se rio, se quedó en la puerta con cara agria. Ella le dijo que

no podía pasearse por el pueblo estando todos los campesinos tan cabreados, que como siguieran así recorrerían las calles armados con antorchas y bieldos. Pero Dave Farfulla dijo que no les tenía miedo a los Penrose ni a nadie, que estaba acostumbrado a ser maltratado por ignorantes, había que tener la piel muy gruesa para ser amigo de tipos como ese de ahí, añadió señalando a Johnsey con el pulgar; solo entonces Johnsey se dio cuenta de lo fácil que había sido quedarse sentado como un imbécil, esperando a que lo entretuvieran, lo sacaran a pasear, le contaran historias, le mostraran a las prostitutas, lo salvaran del sufrimiento, y ni una sola vez le había dado las gracias por nada a Dave Farfulla, ni siquiera le había ofrecido algo de dinero para la gasolina de su coche hortera. Por favor, Dave, no te vayas, le pidió; Dave Farfulla se mostró algo incómodo, aunque, pese a todo respondió, de fábula, y volvió a sentarse cerca de la ventana como un soldado montando guardia, y Siobhán siguió pasándole la mano por el pelo a Johnsey, y en un par de ocasiones lo besó en el hombro, y el peso espantoso que notaba en el estómago desde que los Unthank se habían marchado con sus lágrimas comenzó a aligerarse poco a poco, y Dave Farfulla se puso a hablar del olor que despedían los sobacos de Patsy Pantalonesmeados Penrose y a decir que, para él, ahí abajo se criaban unas criaturas desconocidas por la ciencia.

Siobhán ya no dijo nada más sobre eso de que se convertiría en una isla de hierba ni a opinar sobre las tierras, iba a visitarlo como siempre y a comer sus sándwiches raros; Dave Farfulla dejó de marcharse al llegar ella, y el leve enfado que hubo entre ambos durante un tiempo se deshizo como la granizada de primavera en el corral. Johnsey dejó de sentir aquellos celos tontos, como si ella le perteneciera, y un buen día, cuando se inclinó para sacar los cigarrillos del bolso, alucina, Dave Farfulla hizo ademán de darle una palmada en el trasero y luego le guiñó el ojo a Johnsey con su sonrisita picara de antes; Johnsey consiguió sonreírle a su vez y echarse a reír, de modo que Siobhán se incorporó y al verlo le preguntó, ¿de qué te ríes?, se dio media vuelta, pescó a Dave Farfulla con una sonrisa de oreja a oreja, supo que tramaba alguna diablura y lo llamó irlandés patasucia ignorante y él la llamó furcia fardona; Johnsey se preguntó por qué era incapaz de decir esas cosas como Dave Farfulla para que Siobhán abriera los ojos como platos, se tapara la boca haciendo como que no daba crédito a sus oídos, y luego se echara a reír y a darle palmadas en el brazo; ¿por qué no podía él ser espontáneo, gracioso y normal? ¿Por qué tenía que ser tan bicho raro?

Diciembre

¿Quién dice que un hombre y una mujer deben hacer ciertas cosas en un orden determinado? ¿Es necesario conocerse primero y después salir juntos un tiempo, cogerse de la mano y besarse y después prometerse, casarse, construir una casa, tener hijos y vivir el resto de tus días tan ricamente? Seguro que todo eso había pasado a la historia, seguro, las sacrosantas etapas que hacían de ti alguien respetable y cabal a los ojos de tus vecinos y de Dios. Hoy en día la gente tiene relaciones poco convencionales. En la radio comentaban que los hombres se casaban entre ellos y las mujeres entre ellas, y que había hombres y mujeres que vivían juntos en la misma casa sin estar casados, ¿y qué? No pasaba nada. Seguramente, hoy en día con todos los chiflados que van por ahí tratando de matar a todo el mundo en su nombre, nuestro Señor tenía cosas más importantes de las que ocuparse en lugar de estar pendiente de quién se acostaba con quién.

No valía la pena pensar demasiado en Siobhán o en lo que quería, o si quería algo más que tener a alguien con quien desahogarse mientras se comía sus sándwiches. Lo que tenga que pasar, pasará. Pero ¿es realmente así? Si lo es, ¿no podrías acaso hacer lo que te diera la gana sin que te pidieran cuentas? Bastaba con que dijeras, cielos, cuánto lo siento, tenía que pasar, ¿no sabías que somos todos esclavos del destino? Como los títeres Punch y Judy, esos que veía en Dromineer arrancarse la cabeza a cachiporrazos dentro de su pequeña carpa los domingos de verano. Los manejaban un tipo de pelo tieso y una chica de cabello largo y moreno, negrura en los ojos y sandalias en los pies, y si llegabas a verla antes del espectáculo luego, cuando se ocultaba en la pequeña carpa, no podías dejar de pensar en ella, en su oscuridad, su belleza, su misterio. Y por mucho que les gritaras y chillaras a los títeres para que tuviesen cuidado, siempre acababa pasándoles exactamente lo mismo. El tipo del pelo tieso y la chica morena lo controlaban todo, como dos dioses, no iba a desviarlos de su curso una bandada de chiquillos gritones.

Dave Farfulla empezó a salir con una muchacha de la ciudad. ¡Yuju, qué bien se presenta la Navidad, muchachos! ¡Está loca por mí! Siobhán le sonreía, miraba a Johnsey, levantaba la vista al cielo, y Dave Farfulla seguía encorvado sobre su móvil, con una sonrisa distraída, haciendo clic, clic, clic, como un desaforado; de vez en cuando soltaba carcajadas o risitas tontas, como una mujer. Había conocido a la chica cuando colocaba mosaicos en una escuela. Era maestra, ¡imagínate! Últimamente debía tener mucho cuidado con las chapuzas que le encargaban, el viejo Timmy Apretón de Manos no

veía la hora de pescarlo con las manos en la masa. El muy imbécil ya podía dejarlo en paz, al fin y al cabo la indemnización no saldría de su bolsillo. Pagaría la compañía de seguros. Francamente, ¿qué le importaba a Timmy? Qué soplagaitas amargado.

Siobhán no paraba de preguntar cuándo conocerían al gran amor de Dave. ¿Era una de esas listillas de la ciudad que se creen que arderán de forma espontánea si se acercan demasiado al pueblo? ¿Y qué enseña, si puede saberse? ¿Braille? Johnsey se alegró de pillar la broma a la primera —la chica tenía que ser ciega para que Dave Farfulla le gustara— pero Dave tuvo que pensar unos segundos, y se pasó esos segundos mirando boquiabierto a Siobhán y luego dijo, ah, ya, ja, ja, ja. Pero la risa no se reflejó en sus ojos, y Johnsey se sintió fatal por animarla mentalmente a que ninguneara a Dave Farfulla. ¿Qué clase de hombre es el que quiere que ofendan a un amigo?

Dave Farfulla quería a Johnsey. Johnsey lo sabía antes de que Siobhán se lo hiciera notar, aunque no sabía que lo sabía. ¿Cómo es que no podía mostrarse a la altura? Qué carga más grande que te quieran. Incluso cuando quien te quiere es un hombrecito gordo. Imagínate si Siobhán lo quisiera. Sería incapaz de sobrellevarlo. Era una preocupación más que añadir a las otras metidas en el cuarto dentro de su cerebro donde intentaba mantenerlas a todas juntas encerradas bajo llave. De nada servía, porque se colaban por el ojo de la cerradura o se escurrían por las jambas para volver a cobrar forma una vez fuera, como ese tipo de Terminator 2 hecho de líquido que podía convertirse en lo que quisiera, meterse en donde quisiera fingiendo ser un charco y después, así de golpe, salía corriendo por ahí acuchillando a la gente. En aquel cuarto estaban Paddy Rourke, Eugene Penrose y su muñón, los Unthank y tía Theresa, y los del periódico que lo consideraban un soplagaitas lamentable, y los vecinos que lo consideraban un hijoputa codicioso, y todo el pueblo que lo culpaba por ser un freno al progreso, y madre y papá, muertos sin que él hubiese hecho una sola cosa en su vida de la que pudieran vanagloriarse, y se acercaba la Navidad, ¿debería comprarle un regalo a Siobhán? Suponiendo que consiguiera cruzar la puerta de una de esas tiendas para chicas de la ciudad y la dependienta le preguntara para quién era el regalo, ¿qué le diría? ¿Para una enfermera que una vez me hizo una paja y ahora viene a mi casa a comer sándwiches y a contarme sus penas?

La gente puede llegar a ser muy paliza. Si solo tuvieras que verla en la televisión, iría de fábula. Cuando alguien quería comprar las tierras de tu padre, decir cosas de ti en los periódicos, ningunearte por el pueblo, ser amigo tuyo, casi ser tu novia, disparar a los muchachos

por lo que te habían hecho cuando más bien era por lo que les habían hecho a ellos, quedarse ahí mirándote boquiabierto esperando una reacción o una respuesta o una carcajada o una ayuda o una acción, cosas que serías incapaz de hacer ni que pasaran millones de años, acababas agotado. Entre unos y otros te pudrían la sangre. Te calentaban la cabeza, como decían los chicos de ciudad. ¿Acaso no es algo noble la soledad? Al menos en ella hay dignidad. Si estás a solas, no puedes hacer el ridículo. No puedes quedar como un tonto delante de nadie. Cuánto mejor es la gente si la llevas guardada en la cabeza. Cuando la echas de menos, es perfecta.

A principios de diciembre, surgieron otra vez los viejos enfados. Siobhán le dijo a Johnsey que Dave Farfulla lo estaba utilizando. Dave Farfulla le dijo que Siobhán solo coqueteaba con él. Siobhán le dijo que Dave Farfulla era un bicho raro de cuidado. ¡Imagínate, un tipo de treinta años que se junta con muchachos más jóvenes y los pasea en su coche de patán mientras todos se ríen de él! Dave Farfulla le comentó a Johnsey, convendría que a esa le dieras el pasaporte, lo digo por tu propio bien, está esperando a que no te quede ni una gota de sangre en el cerebro porque la tienes toda en la picha empalmada y cuando le pidas que se case contigo te desangrará hasta dejarte seco. Siobhán le comentó a Johnsey que no se creía el plan que Dave Farfulla tenía para el granero, que lo fastidiaría y lo hundiría en la mierda, ni se te ocurra hacerle caso, nadie se iría a vivir a un apartamento de porquería construido en un viejo establo apestoso. Dave Farfulla le dijo, a esa lo único que le importa es que lo vendas todo y así poder pasarse el resto de su vida en el extranjero, comprando mierdas de esas carísimas en las tiendas Brown Thomas como hacen todas las tipas que se creen la monda. Siobhán le dijo que probablemente Dave Farfulla fuera un gay en el armario. Dave Farfulla le dijo que Siobhán era una zorra taimada. Después, medio se arrepintió y dijo, caray, lo cierto es que la mayor parte del tiempo las mujeres no están en su sano juicio por eso de la regla y demás.

Johnsey no sabía muy bien cuándo había comenzado aquella costumbre de echar pestes del otro a sus espaldas. Fue empeorando poco a poco a lo largo de un par de semanas: una indirecta tomada a risa salía a relucir en ausencia del bromista; un comentario ingenioso pasado por alto en el momento era repetido con indignación cuando quien lo había hecho iba al lavabo. Enrarecían el aire en cuanto estaban en el mismo cuarto. Dificultaban la respiración: tomabas conciencia de que tus pulmones se llenaban y se vaciaban y tratabas de no hacer ruido al respirar para no enfurecer a Siobhán, que te preguntaba por qué sonabas como un puto respirador, y Dave Farfulla decía entonces, deja que respire como le dé la gana, y ella le contestaba, no te metas en lo que no te importa, y Dave le soltaba, claro que me importa porque estás martirizando a mi amigo, y ella decía, ¿en serio? Y él contestaba, sí, en serio. Entonces ella le daba una calada al cigarrillo y echaba el humo con fuerza hacia Dave, y él le decía que menuda piba elegante estaba hecha, y ella le contestaba, ¿todavía no te has ido, David? ¿No tenías una cita con una mujer de bandera? Y desde el fondo de la nariz soltaba uno sus resoplidos que daban a entender a Dave que si esa noche él tenía una cita, a las ranas les saldrían pelos; entonces él decía, claro que tengo una cita, y ella le decía, bueno, vete, que es tarde, entonces él decía, nos vemos, Johnsey, y este se limitaba a repetir, nos vemos, y Johnsey nunca despegaba el trasero del asiento para acompañarlo hasta el corral como hacía antes, se quedaba sentado mirando a Siobhán, oliéndola y odiándose por ello. Dave Farfolla le decía que estaba encoñado. ¿Qué diablos quería decir? Era una especie de debilidad, alguna cosa de tipo sexual en la que solo un tonto se metería.

Si no podía preguntarle a Dave Farfolla qué regalarle a Siobhán por Navidad, ¿a quién podía preguntarle? Sabía que si iba a la panadería, los Unthank se pasarían por lo menos una hora hablando con él del tema. El mismísimo sugeriría alguna tontería, como que le comprara una libra de salchichas, y la mismísima le diría, no seas tonto, y se echaría a reír y el mismísimo también se reiría y le daría un codazo a Johnsey sin que ella se diera cuenta, y después lo reconfortarían con sonrisas y lo atiborrarían con pan recién horneado, bollos y té. Y entonces a él le daría miedo que los Unthank quisieran decirle que sentían no haberle comentado lo del consorcio, y él diría que no pasaba nada, qué más daba, ¿no estaban en todo su derecho? Y ellos se pondrían a comentar que no sabían cómo resultaría la cosa y que no era traición y que Jackie había estado al tanto de todo. ¿Y si se echaba a llorar como un imbécil? Sería por la tristeza que le daba ver la tristeza de ellos y por oír hablar de papá, eso lo empeoraría todo, entonces, de pie delante del fregadero, la mismísima empezaría a

llorar otra vez anudando un paño de cocina con sus viejas manos suaves y diciendo, todos invirtieron como nosotros, Johnsey, todos pensaron que era una gran idea, todos…

Siobhán dijo que celebrarían la Navidad como estaba mandado. No había tenido una noche de fiesta desde la despedida que le habían hecho esas vacas fondonas del hospital. Una mierdecita de fiesta, fueron solo tres de ellas y aburrieron hasta a las ovejas. ¡Estuvieron toda la noche hablando de bebés! ¿Quién quiere pasarse una noche de fiesta entera hablando de bebés? Que alguien me lo explique. En un momento dado, se nos acercaron dos tipos, eran realmente divertidos, y uno de ellos, ay, Dios, era la monda, no paraba de tontear y así, sin querer, le tocó el pandero a una de las gordas, y no fue la tía y se puso a chillar como un alma en pena, así que vino el gorila de la discoteca y les dijo a los dos tipos que se largaran; a ver, qué tenía de malo si le había tocado el trasero en serio, los hombres son así, ya se sabe, ni que hubiese tratado de violarla a la muy zorra; de todos modos, debería haber estado agradecida de que alguien quisiera tocarle ese culo gordo y roñoso, y encima un tipo follable. Que alguien me lo explique.

Johnsey se imaginó agarrándole la mano a aquel tipo follable para retorcérsela hasta partirle la muñeca como una ramita seca y verlo marchar con la mano del revés, berreando como un niño al que le acaban de llenar el culo de patadas, ahí sí que se le pasarían las ganas de hacerse el gracioso, de ser la monda, de tontear y propasarse con las chicas, y creerse todo un don Juan. Johnsey le enseñaría a comportarse.

No, ni en sueños. No le diría una sola palabra. Si fuera a un pub, o a una discoteca, o uno de esos lugares con Siobhán, y un listillo con pico de oro se acercara a hablarle y ligársela, ¿qué haría él? Probablemente se quedaría ahí parado como un imbécil, poniéndose cada vez más colorado hasta que alguien le preguntara si se encontraba bien, y el listillo lo miraría con aire de superioridad; enfadada, Siobhán levantaría la vista al techo, el listillo le lanzaría una sonrisa cómplice, entonces ella se sulfuraría con Johnsey por hacerla quedar mal delante de la gente y por parecer un loco y le preguntaría qué carajo le pasaba, si podía saberse, por el amor de Dios, solo estaba conversando. Tal vez si Dave Farfulla también estuviera allí con su amiga la maestra, no pasaría nada, porque Dave Farfulla sabría decirle algo ingenioso a ese tipo y ningunearlo, aunque francamente, si los cuatro salían juntos, serían como la gente normal que sale una noche de fiesta y nadie se acercaría a Siobhán para darle charla, ser la monda y hacerla reír de un modo que él no era capaz.

Siobhán tenía en mente un restaurante de la ciudad. En la planta baja tienen un mural de Venecia, y te puedes sentar en ese rincón, rodeado del mural, ¡y es casi como estar en Venecia de verdad! Y preparan la mejor carbonara que hayas probado. ¿Qué diablos era la carbonara? ¿Cómo haría para pedir si el menú estaba escrito en un idioma extranjero? Probablemente pediría algo creyendo que lo pronunciaba bien, el camarero no lo entendería y diría, disculpe, señor, ¿cómo ha dicho? Entonces Johnsey tendría que repetirlo, el hombre seguiría sin oírlo y, con una sonrisa, se inclinaría para acercar su oreja de italiano a la boca de Johnsey; y él, sin querer, le gritaría en el oído a voz en cuello, el tipo retrocedería de un salto con cara de susto, la gente de las otras mesas se volvería a mirar y el tipo diría, disculpe, señor, ese no es un segundo plato, es una especie de helado, soltaría una risita burlona, Siobhán reiría a carcajadas y los de las otras mesas también se reirían negando con la cabeza, entonces Johnsey se arrepentiría de no haber acabado con su tonta persona cuando había sentido el impulso.

La gran pelea tuvo lugar el penúltimo viernes antes de Navidad. Siobhán le pidió a Johnsey que enviara un mensaje de texto a Dave Farfulla y le preguntara por qué no llevaba a la casa a su amiga la maestra para que pudieran conocerla. Le dijo que no tenía prisa por irse; incluso podía quedarse a dormir si tomaban una copa de más. Por el amor de Dios, era viernes por la noche. ¡La Navidad estaba a la vuelta de la esquina! Claro que no quería quedarse sola en uno de esos horribles dormitorios; tendría que dormir con él. Ay, añadió, ¿te he puesto incómodo, cariño? Tranquilo, que no me voy a echar encima de ti. Espero que la cama tenga sábanas limpias. Johnsey llevaba un montón de semanas sin cambiarlas. Mierda. Después, Siobhán le dijo que se pasaría por la tienda de vinos, qué tal si compraba comida china; de fábula, dijo él; qué vas a querer, preguntó ella; ternera al curry con patatas fritas, contestó él; no podía fallar, hombre tenías que ser, y se echó a reír con una risa agradable, y gracias a Dios, le daría tiempo a cambiar las sábanas, ordenar la habitación de arriba y esconder la revista de Dwyer.

Dormiría con él. En su cama. Ay, Dios. ¿Se quedaría solo en bragas o qué? Echó al fuego una palada de carbón y dos troncos. Imagínate que se estropeaba la caldera incorporada a la chimenea. Le pediría por lo menos cinco mantas. O quizá decidiera no quedarse a dormir por el frío. Ay, madre de Dios. Una chica en su cama, una chica de verdad.

«¿T pasas esta noche?», le escribió a Dave Farfulla.

«No q voy a la ciudad», le contestó Dave Farfulla enseguida.

«Tráela y quedaos a dormir». Fue idea suya. ¿Cómo era posible que no se le hubiese ocurrido antes preguntarle a Dave Farfulla si quería quedarse a dormir? Él y su amiga la maestra podían dormir perfectamente en la enorme cama doble de la habitación de invitados. Apenas se había usado desde aquella vez que los parientes yanquis estuvieron de visita. Cambiaría también esas sábanas. Empezó a ponerse un poco nervioso. Tendría invitados en casa. Daba una fiesta. La organizaba él. Ya, una mierda. Hacía lo que le decían.

«Vale», contestó Dave Farfulla. Aun así, lo pasarían en grande. Con la maestra presente, Dave Farfulla y Siobhán tendrían que dejar de tirarse los trastos a la cabeza. Dave Farfulla se sentiría en la gloria tratando de hacer reír a dos mujeres. Johnsey solo tendría que reír con ellas. En cuanto a lo de acostarse, ya se preocuparía luego. No tenía sentido pensar en eso. De cualquier manera, en esas situaciones, las cosas te salen de forma natural. Es lo que papá le había dicho una vez, en el corral, cuando madre le pidió que le explicara al niño las cosas de la vida. Johnsey había oído a madre pedírselo en la cocina: Jackie, tienes que explicárselo. No puede ir por la vida como un tonto, sin saber el cómo del qué. Pero papá no quería y protestó, caray, hoy en día en la escuela les enseñan de todo. Y una mierda, dijo madre, te me vas ahora mismo a contarle cómo es la cosa y acabemos de una vez. A mí nadie tuvo que explicarme nada, dijo papá. No me extraña, dijo madre. Al final, papá se volvió hacia él en la puerta del establo de ordeño y le dijo, de todo ese lío de las mujeres, el sexo y demás, tú no te tienes que preocupar, cuando llegue la hora las cosas te saldrán de forma natural. ¿De acuerdo? Así me gusta. Andando, vamos a ordeñar esas vacas.

Siobhán llegó y aparcó marcha atrás justo delante de la puerta. En el maletero llevaba la tira de bebidas. Despacharon los platos de comida china en un santiamén, ella con una copa de vino, él con una lata de cerveza Harp. Después, él metió los platos en el fregadero y ordenó un poco. Siobhán le preguntó a qué venían tantas manías; al fin y al cabo, no esperaban más que a Dave Farfulla y a su putilla, ni que fueran el papa y la reina. Antes de que acabara la frase, el coche de Dave Farfulla entró en el corral, ella se precipitó a la ventana, se asomó y dijo, joder, ¿dónde está la chica? Una de dos, o es una enana o no la ha traído. Mierda, tendremos que escuchar a Dave Farfulla toda la noche para nada.

Dave entró con una bolsa de bebidas, les contó que Evelyn no había podido acompañarlo porque al día siguiente debía madrugar

para ir de excursión con los niños del colegio y tenía que acostarse temprano; ¿estás seguro, Dave?, preguntó Siobhán. ¿Estás diciendo la verdad sobre Evelyn? Dave se sonrojó tanto que se delató. A Siobhán no se le escapaba una. ¿Por qué te inventaste una novia, Dave? ¿Eh, bicho raro?

Johnsey no consideraba que Dave Farfulla fuera un bicho raro. ¿Qué tenía de malo que quisiera darse importancia? Muchos lo hacían. Había imaginado ser mejor de lo que era y tener más de lo que tenía todos los días de su vida. Dave se fue poniendo más y más colorado; Siobhán tendría que haberlo dejado estar para que él se lo tomara a broma, seguramente habría encontrado un modo gracioso de explicar por qué se había inventado una novia en la ciudad, hacer que pareciera la monda y nada del otro mundo, una forma como cualquier otra de bromear. Pero siguió mirándolo fijamente, negando con la cabeza y repitiendo que era un bicho raro de cuidado; al final, Dave Farfulla se sulfuró y dijo que lo había hecho porque así tenía una excusa para no ir por allí cuando ella estaba presente; o sea que, ¿yo tengo la culpa de que seas un puto bicho raro?, preguntó ella. Dave Farfulla le dijo que era una zorra venenosa y una cazafortunas, y que él era el único que había ayudado a Johnsey con todos sus problemas desde el principio.

¿En serio?, preguntó Siobhán. ¿Qué hiciste para ayudarlo, aparte de hincharte a cervezas y contarle huevadas sobre todas las mujeres imaginarias con las que te has acostado?

Escribí una carta a los diarios, dijo Dave Farfulla.

¡Vaya!, soltó Siobhán toda sarcástica. ¡Menuda carta sería esa! ¿Qué les decías?

Que no eran más que una panda de cabrones, esos tipos de los diarios, que no tenían ni idea de Johnsey Cunliffe y…

Apreciados tipos de los diarios: No son ustedes más que una panda de cabrones. ¡Huy, Dave! No puedo creer que no hayas salido en primera plana. Es asombroso que todavía no te hayan ofrecido ser su nuevo redactor jefe.

Más que tú hice, que vienes aquí a martirizar al pobre chico restregándole las tetas en la cara y haciéndolo quedar como un tonto.

Te carcomen los celos. Eso es lo que te pasa. Como no tenías a nadie más, te pegaste a Johnsey como una lapa y el pobre es tan bueno que no quiso mandarte a paseo. ¿Sabes lo que eres, Dave? Un

perdedor. Un perdedor gordo, feo y sin amigos. ¿Por qué no te vas a tu cuchitril de protección oficial a follarte a tu hermana o a divertirte como tenéis costumbre por ahí? Bicho raro, que eres un bicho raro.

Dave Farfulla no supo qué contestar. Y si sabía, no tuvo estómago para hacerlo. Miró a Johnsey; una lágrima enorme le resbaló por la mejilla y cayó al suelo; Johnsey bajó la vista y observó el charquito en forma de estrella dejado por la lágrima; cuando la levantó, su amigo ya no estaba.

Al día siguiente, Minnie Comadreos se presentó en casa de Johnsey con la noticia. No era de extrañar, claro. Engordaba a base de contar historias tristes; cada cual disfruta con lo que puede. ¿No era amigo tuyo el chico de los Cullens?, preguntó Minnie Comadreos. Le brillaban los ojos. Se le encendieron las mejillas de entusiasmo. Intentaba mirar hacia el interior de la casa para descubrir quién lo acompañaba. ¿No te has enterado? Vaya, lamento mucho ser portadora de disgustos, pero parece ser que anoche se mató. Dios se apiade de él. Se ve que la carretera estaba helada, patinó en esa curva peligrosa donde está el viejo olmo, cerca de Pike’s Cross. Fue esta misma madrugada. ¿Adonde diablos iría a esas horas? ¡Lástima que se estrellara contra el árbol! Según dicen murió en el acto, al menos tuvo esa suerte. Ese muchacho corría como un loco; ya decía yo que algún día acabaría teniendo un accidente. ¡Menos mal que no mató a nadie! Venía bastante por aquí, ¿no? Salías mucho con él, ¿no? Diría que te apreciaba un montón. En el pueblo, más de una vez, cuando la gente que no sabe nada te ponía como hoja de perejil, lo oí apoyarte incondicionalmente. Os vi por ahí paseando juntos. Esa curva peligrosa es un verdadero espanto. Dios nos libre y nos guarde, ¿no es una desgracia que existan curvas así? Ahora sí que la van a enderezar. O al menos van a arrancar el viejo árbol. Ya es tener mala suerte ir a estrellarse contra el árbol.

En el balde junto al fuego apenas quedaban tres o cuatro trozos de carbón, y ni un solo tronco. ¿Cómo era posible que nunca se le ocurriera llenar hasta arriba el cajón de la leña y, de paso, entrar un par de baldes de carbón? Papá siempre encargaba una parcela de turba en el tremedal, por la zona de Cloughjordan. Se te rompía la espalda moviendo la turba, formando los panes y apilándolos en el remolque, y después había que recorrer kilómetros hasta casa con el cargamento bamboleándose detrás, y al llegar había que descargar los panes de turba, entrarlos en el cobertizo y apilarlos bien, pero cuando llegaba el invierno, te ahorrabas tener que quemar mucho carbón. El carbón prende bien y enseguida se pone al rojo vivo, pero se consume en un periquete. Brilla mientras dura, pero nunca dura mucho. La

turba arde más despacio y dura más. En primavera telefonearía al hombre de Clough, a ver si podía conseguir otra vez una parcela. Después de todo no sería tan difícil. Por Dios, seguramente sería capaz de ocuparse de algo tan sencillo. Reservaría la parcela y el tipo lo llamaría cuando la turba estuviese cortada y lista para moverla, y le daría unos días para formar los panes; Siobhán podía echarle una mano si quería, pero, no nos engañemos, probablemente no iba a querer; las chicas difícilmente dedicarían unos días del verano a partirse el espinazo en el tremedal.

Ay, Dios mío, ay, Dios mío, ay, Dios mío, no paraba de repetir Siobhán.

Cierra el pico de una vez, caray, tuvo ganas de decirle. Cierra el pico de una vez. Si no lo hubieses ninguneado, nada de esto habría ocurrido. Aunque Johnsey jamás diría algo así en voz alta. Cuando uno tenía tanta rabia dentro, más valía no gastar pólvora en salvas, no fuera a ser que dijera cosas y después no pudiera retirarlas. De todos modos, el responsable era él. Las mujeres no pueden evitar provocar disputas. Se había quedado ahí como un tonto, comiéndose a Siobhán con los ojos, sonriéndole como un pardillo y viéndola bailar en la cocina con la música de la radio, mientras bebía vodka con Coca-Cola, fumaba un cigarrillo tras otro y le decía que era un tipo muy cerrado, un tipo muy misterioso, un tipo muy profundo, no como los huevones del pueblo. Y él se fue tragando aquellas palabras a lengüetazos como un viejo perro hambriento al que le echan unas sobras mientras su único amigo recorría la campiña, cabreado como una mona, y acababa hecho pedazos.

¿Tardó mucho en morir? ¿Se sintió asustado y tembloroso tratando de llenar de aire los pulmones destrozados? Siempre dicen que en los accidentes la gente muere en el acto, pero la mayoría de las veces te dabas cuenta de que lo decían para consolar a los que quedaban. ¿Cómo podía saberlo nadie? A lo mejor Dave Farfulla siguió sentado en su coche hortera, atado al asiento, plenamente consciente desangrándose por dentro, pensando en cómo Johnsey había permitido a Siobhán decirle aquellas cosas, en cómo su amigo le había dado la espalda sin intentar siquiera defenderlo o impedir que se fuera.

Johnsey había pasado la noche tumbado en la cama, de vez en cuando miraba a Siobhán de reojo: roncaba como los viejos hospitalizados en el mismo pabellón en el que habían puesto a papá. Para colmo, no quiso saber nada de su picha. Aunque, eso sí, cuando se metió en la cama al menos pudo verle las bragas. Eran azul celeste

con puntillas blancas en los bordes. Lo besó una vez en los labios; eres un amor, olvídate de Dave, estará de fábula, tiene la piel gruesa como los rinocerontes, le dijo; olía a tabaco, licor y perfume, se volvió hacia el otro lado, se durmió como un tronco, le quitó el edredón entero y ocupó gran parte del colchón, mientras él seguía ahí acostado como un idiota, con el trasero colgando del borde de la cama para no rozarla con su erección. Imagínate, en algún momento, mientras él estaba en esas, Dave Farfulla se moría solo.

Poco después de haberse marchado Siobhán, se presentó Dermot McDermott. Johnsey lo divisó por la pared del pajar desde la habitación de arriba mientras aspiraba en una almohada el olor de Siobhán y empezaba a arrepentirse de haberla dejado marchar de aquella manera, de mal humor, con lágrimas en los ojos. Le había dicho que prefería quedarse solo y cuando se le acercó para darle un abrazo, él se había apartado; está bien, como tú quieras, dijo, pero que sepas que yo también lo echaré de menos. Y una mierda, pensó Johnsey. ¿O lo dijo en voz alta? Difícil saberlo. Fuera como fuese, ella se largó hecha un basilisco.

Johnsey bajó el Winchester del desván antes de que Dermot McDermott cruzara el corral y se plantara en la puerta de entrada. La escopeta se notaba fría al tacto y su peso era como un ancla. Encajaba a la perfección en su hombro, como hecha a medida. No la había empuñado desde aquel lejano día de febrero. Cuando llegó a la cocina vio a Dermot McDermott espiando por la ventana haciendo visera con una mano. En la otra mano llevaba un papel o algo así. Johnsey se quedó junto a la puerta, donde no pudiera verlo. Dermot McDermott se alejó, se acercó al espacio entre el establo y el cobertizo, y echó un vistazo al corral grande. Luego regresó a la casa. Johnsey lo observó a través de la mira: la bonita cabeza rizada del sinvergüenza se balanceaba en la retícula y se fue agrandando a medida que se acercaba a la ventana.

Johnsey sintió el poder de la muerte sobre la vida, como el hombre de aquella canción en la que un tipo, sin querer queriendo, mata al jinete solitario. ¡Parece mentira que una cosa tan ínfima como tensar un músculo del dedo pueda hacer algo tan grande! Él nunca lo haría, claro. Aunque en los tiempos que corren no había nada de malo en tener a mano un arma. Qué gracia que nunca antes se le hubiese ocurrido bajarla del desván. Quizá para aclararse las ideas hace falta llevarse una impresión como le había pasado a él. Si los muchachos que habían atacado a Paddy aquella vez llegaban a poner los pies en el corral, o si a los tipos con cara de rata de los periódicos o a cualquiera de los Penrose se les ocurría aparecer otra vez por ahí,

perdería unos minutos valiosísimos subiendo, forcejeando con la puerta del desván y colocando los cartuchos. Mejor tenerla siempre a mano.

Había ahora un tipo raro en la verja; Johnsey alcanzaba a verlo de refilón cuando se inclinaba hacia dentro y vociferaba por un megáfono. Sonaba igual que el mismo muchacho que acababa de llamarlo al móvil. ¿Cómo había conseguido su número? Cuando sonó el teléfono, pensó que era Dave Farfulla. ¡Imagínate si hubiese sido él! Sí, señor, aquí arriba se está de fábula, me pide tu padre que te diga que dejes de portarte como un soplagaitas y guardes la escopeta, no te vayas a lastimar. Y dice tu madre que eres un asqueroso por dejar a esa ligera de cascos meterse contigo en la cama. ¡Y que menuda pelandusca, esa muchacha! Lo ha dicho ella, yo no pinto nada. Anda, no te preocupes, no, señor, no tienes la culpa. Una vez que la tipa te tuvo en sus garras, yo ya no pude hacer nada. Pero ¿a que durante un tiempo nos lo pasamos de muerte? Tú tranquilo, chico, nadie te culpa de nada. No eres más que una víctima de las circunstancias.

Pero no era Dave, era un muchacho que no conocía, hablaba con uno de esos acentos afectados y mucha amabilidad, pero las palabras le salían de un modo que a Johnsey le recordaron a uno de esos tipos de una obra de teatro que representaban en el pueblo de vez en cuando en la sala de los Scouts, como si las palabras las hubiera escrito otra persona y se las hubiese aprendido de memoria, pero quien las recitaba debía convencer a quien las oía que eran suyas; al final debió de hartarse de no recibir más respuesta que el silencio, así que dijo, voy a pasarle el teléfono a alguien que está preocupado por ti y quiere saber si estás bien. ¿De acuerdo? De acuerdo.

Se puso al teléfono el mismísimo, sonaba más lento y callado de lo normal, le preguntó cómo se encontraba; Johnsey notó en la garganta aquel nudo duro y doloroso como si llevara ahí una piedra, seca y atascada, que impedía que salieran las palabras; el mismísimo seguía hablando y le comentaba a Johnsey que era una vergüenza que no los dejaran entrar a verlo porque había policías hasta debajo de las piedras, cuando el resto del año no veías un coche patrulla ni en sueños, aparte de Jim Gildea en esa furgoneta Renault que era una cafetera, y a ver, ¿dónde se habían metido todos cuando al pobre Paddy Rourke le estaban pegando una paliza? ¿Y cuando a ti casi te matan en medio de una calle del pueblo? Y míralos, ahí estaban todos, como un solo hombre, ni que hubiesen pensado a la vez que a Johnsey, ahí metido en la casa, le había dado por cometer alguna fechoría con la escopeta de Jackie, ¿a quién se le ocurre semejante tontería? Por Dios bendito. El mismísimo soltó una carcajada ronca y

susurrante que quizá no tenía nada de carcajada.

Johnsey pulsó en el teléfono el botón rojo para terminar la llamada y pudo respirar otra vez.

Se sentó en la butaca, lejos de la chimenea y de la ventana del corral, acunando el Winchester de papá en el regazo, como un hombre acunaría a un bebé, la mano izquierda posada sobre la derecha y esta sobre la culata, mientras los cañones descansaban en la sangradura de su brazo izquierdo, y en cierto modo era reconfortante estar ahí sentado aguantando aquel peso frío, y qué agradable era la oscuridad, al final de la habitación la débil luz invernal no llegaba nunca; se preguntó cómo sería envolverse con aquella suave oscuridad como si fuera una manta y desaparecer en ella.

Apenas unos minutos después de que Dermot McDermott advirtiera una escopeta apuntándole a la cabeza, casi se cayera de culo del susto y saliera corriendo hacia la pared del pajar, apareció el muchacho del megáfono, comenzaron a parpadear unas luces azules, blancas y anaranjadas y Johnsey sintió una especie de orgullo por haber sabido ocultarse en el fondo de la cocina donde, si se quedaba bien quieto, nadie lo vería, pero aun así podría espiar de vez en cuando y echar un vistazo por si veía a los Unthank, o a los Penrose, o a tía Theresa, que seguramente estaría negando con la cabeza sin poder creer el espectáculo que estaba dando, o a la pobre Nonie que, miedosa y confusa, se agarraría a Frank, o cualquier otra cara conocida, pero cuando levantó la cabeza no vio nada ni a nadie; aun así, notaba el peso de todos ellos detrás de la verja y de la pared, su masa y su densidad, como tenían todas las cosas del universo, según explicaba la profesora de ciencias, menos los pensamientos, pero eso era un error enorme, porque todas las mentes de aquellas personas parapetadas detrás de la verja y la pared apuntaban hacia Johnsey y él notaba el peso de sus pensamientos sobre sí mismo, palpitaba en su cabeza, sentía el dolor del peso de todo aquello.

Se imaginó a Dermot McDermott en el pajar, frotándose las manos acaparadoras, y lo vio más allá de los árboles, en el extremo más alejado de la ribera, rodeado de su familia, riéndose del loco que jugaba en la cocina con la escopeta de su padre, y después se lo imaginó cuando salía corriendo a ver a Jim Gildea, encantado de poner a parir a ese mal bicho que se negaba a entregar sus tierras. Pero Johnsey sabía que se había cagado encima al ver clavados en él aquellos dos ojos negros en cuyo interior no había más que muerte; y eso era lo único que importaba.

El reloj siguió a lo suyo, imperturbable, sin preocuparse por nada más, concentrado en su desquiciante tarea de marcar sus tictacs. Johnsey se enderezó apenas en la silla, despacio, muy despacio, levantó la cabeza, entrecerró los ojos otra vez y supo que fuera ocurría algo más, el muchacho seguía firme en su sitio con el megáfono por el que pronunciaba unas cuantas palabras machaconas y susurrantes, y los agentes con cascos azul oscuro y armas cortas, como de juguete, se arriesgaban de vez en cuando a cruzar corriendo la entrada y mientras se escabullían sujetaban de lado unas pantallas enormes como escudos. Imagínate, escudos. ¿Pensaban acaso que les dispararía con flechas? Tendría que salir a aclarar las cosas de una vez por todas. Habían tomado el rábano por las hojas. ¡Vaya espectáculo estaba dando! Como si no llamara ya bastante la atención, francamente.

Sonó otra vez el móvil. Johnsey pegó un brinco, la culata corcoveó en sus rodillas, los cañones saltaron de la sangradura de su brazo y se posaron en su hombro, por sí solos, como si se hubieran asustado y buscasen en él consuelo.

Cuando el corazón se le calmó un poco, alargó la mano hacia la mesa donde estaba el maldito teléfono y a duras penas, con el pulgar torpe, logró pulsar el botoncito verde; el mismísimo otra vez, hablaba por los codos y, exactamente como si estuvieran en la panadería un mediodía lluvioso, le preguntó a Johnsey qué tal estaba y que por qué no dejaba la vieja escopeta antes de que se lastimara y salía de una vez, por el amor de Dios, con calma, con mucha calma, que había cordero para cenar, que a su lado tenía a la mismísima haciéndose mucha mala sangre por él, se había pasado la mañana horneando tartas con las últimas manzanas que habían recogido semanas antes, ¿te acuerdas? Además, él mismo había montado una de las mejores natas, que esperaba en un cuenco en el frigorífico, lista para acompañar el postre.

Johnsey escuchaba, cerró los ojos para imaginarse mejor al mismísimo y cuando el flujo de palabras se suavizó y fue más lento, le preguntó qué le había pasado a Dave Farfulla.

¿Dave? Ay, Señor, Dave está de lo más bien, gracias a Dios; como de costumbre, esa Minnie Wiley fue por ahí contando la mitad de la historia. ¿O es que no sabes cómo le dan a la sin hueso en este pueblo? El pobre patinó en esa maldita curva, quedó atrapado en el coche y los bomberos tuvieron que cortar el techo para sacarlo, aunque la mitad de las veces lo hacen para fardar, como si dijeran, eh, a ver, vosotros, a que somos los mejores con nuestra sierra hidráulica de primera y nuestras cizallas, porque hace años, cuando imperaba el

sentido común, a ese coche lo habrían enderezado entre tres o cuatro hombres recios, lo habrían sacado con un tractor y se lo habrían llevado en un pispás y al conductor lo habrían arreglado con un vendaje y un buen brandy. Pero ahora, en cuanto ven una ambulancia e incluso cuando todavía no han oído una sirena, imaginan lo peor, y la gente como esa Minnie Comadreos va por ahí con unos cuentos chinos que en cada versión van sumando detalles. Dave se pondrá bien, en el hospital le darán el alta dentro de nada y los dos volveréis a pasear por ahí juntos, este jaleo pasará y caerá en el olvido. Todo esto pasará, como los vientos del último invierno, Johnsey, ya lo verás, cariño.

Cariño.

Johnsey notó un temblor en la voz del mismísimo y, muy a su pesar, le vino a la cabeza la imagen de un hombre como esos sobre los que contaba papá, que en el mercado mentían sobre la procedencia de un animal, y en las etiquetas ponían los números equivocados para así contagiar una enfermedad al ganado ajeno, y en la imagen ese hombre tenía lengua bífida, como las serpientes, porque así describía papá a esos tipos, ¿y no era un verdadero pecado que las cosas se hubiesen torcido tanto que Johnsey llegó a imaginarse a Jimmy Unthank como uno de esos hombres?

En cierto modo todo lo que se dice es mentira. Solo puede ser cierto lo que se hace. Las palabras son mentira a menos que aquello de lo que se habla pueda presentarse ante alguien para que lo vea y lo toque. Lo que se dice a través de teléfonos móviles y lo que se escribe con tinta en un papel para que todo el mundo lo lea ya no tiene el menor crédito, nunca lo ha tenido. ¿Era el único que se daba cuenta? ¿Adónde iría a parar el mundo si era verdad?

Después, el mismísimo volvió a hablar en voz más baja todavía, y las palabras salieron a un ritmo que a Johnsey le recordó una lágrima resbalando despacio por la cara de una persona, como la que había derramado el mismísimo aquel lejano día, agarrado al borde del ataúd de papá o la que había visto la noche anterior en la cara de Dave Farfulla, y entonces oyó que alguien susurraba detrás de él o junto a él y el mismísimo decía, da igual lo que hayan dicho o vayan a decir en el futuro, la mismísima y yo solo quisimos lo mejor para ti, porque te queremos como si fueras nuestro hijo.

Johnsey agachó la cabeza, dejó caer el móvil, su mano tocó la madera maciza de la culata de la escopeta de papá; se arriesgó a levantar la vista desde la butaca donde estaba sentado y en la verja no

vio a nadie pero notaba su presencia, se iba haciendo más y más fuerte, esperando a caerle encima con todo su peso, como el agua detrás del dique imponente que el niño holandés intentó contener tapando el agujero con el dedo, y se preguntó si sería cierto que se podía tener el corazón cargado de congoja o si sería un forma más de hablar en la que las palabras no significaban lo que podrías pensar al principio.

Volvió a sonar el móvil caído en el suelo, Johnsey se quedó sin aliento, lo levantó, lo lanzó a la chimenea, rebotó contra el morillo y cayó dentro, allí se puso a dar saltos como por arte de magia hasta que se desmontó y sus pedazos descansaron sobre la ceniza fría.

Y así acabaron de una vez para siempre las conversaciones telefónicas.

Cuando Johnsey fue a la puerta y la abrió, oyó rugir el viento. Pero más allá del pajar, los árboles no se movían. Era el ruido de su sangre al correr por su cuerpo. Tendría que ir con cuidado o le estallaría el corazón. Todavía no entendía lo que el hombre decía. Algo sobre el uso de la fuerza y después chisporroteo, rugido, chisporroteo, rugido, chisporroteo. Al tipo ese no le vendría nada mal un megáfono nuevo.

Paddy decía que los perdigones para patos no mataban a nadie, solo levantaban ampollas. No perdía nada con darles un susto a esos muchachos, así se irían y lo dejarían en paz de una vez. El chico del megáfono se lanzó a correr pegado a la pared hasta la esquina, donde se puso a gritar como un poseso, pero aquellas palabras no tenían ningún sentido para Johnsey. Qué pedazo de bruto era. Johnsey se llevó otra vez la culata al hombro. Ay, Señor, encajaba de maravilla. Les daría un buen susto y con la ayuda de Dios saldrían todos por piernas. Avanzó un paso, apuntó al frío cielo azul y…

Es lo que tiene diciembre: pasa volando. Cierras los ojos y se terminó. Y es como si nunca hubieras estado ahí.

Agradecimientos

Gracias a Antony Farrell, Sarah Davis-Goff, Daniel Caffrey, Fiona Dunne, Kitty Lyddon y a todo el equipo de The Lilliput Press; a Eoin McHugh, Brian Langan, Larry Finlay, Bill Scott-Kerr, Kate Green, Elspeth Dougall y al equipo de Doubleday Ireland y Transworld UK; a Marianne Gunn O'Connor; a Helen Gleed O'Connor, Declan Heeney, Simon Hess y al personal de Gill Hess; a Jennifer Johnston, John Boyne y a todos los autores que he conocido y han sido tan generosos y amables conmigo; a mis queridos padres Anne y Donie Ryan por todo; a mi hermana Mary, que creyó en mí mucho antes que yo; a John, Lindsey, Christopher, Daniel y toda mi familia, por su amor y su apoyo constantes; a Thomas y Lucy, luces de mi vida; y a Anne Marie, mi querida esposa, sin la cual no habría escrito una sola palabra.



DONAL RYAN nació en las afueras de Nenagh, Tipperary, Irlanda en 1976.

Es licenciado en derecho por la Universidad de Limerick, donde imparte clases de escritura creativa.

Trabajó para la Autoridad Nacional de Derechos Laborales hasta abril de 2014. Está casado y vive en Castletroy, condado de Limerick, con su esposa y sus dos hijos.

Ryan ha ganado numerosos premios por sus obras, entre ellos el Premio de Literatura de la Unión Europea, el Guardian First Book Award y cuatro Irish Book Awards, y ha sido preseleccionado para varios más, incluido el Costa Book. En septiembre de 2021 se convirtió en el primer escritor irlandés en recibir el Premio Jean-Monnet de Literatura Europea.

Su primera novela, The Spinning Heart, fue nominada para el Premio Man Booker en 2013, y su cuarta novela, From A Low And Quiet Sea, fue nominada en 2018. The Spinning Heart fue elegido Libro irlandés de la década en 2016 en una encuesta nacional realizada por el Festival del Libro de Dublín. Tiene el récord, con cuatro, de nominaciones al Premio Literario Internacional de Dublín.

Las dos primeras novelas de Ryan, The Spinning Heart y The

Thing About December, fueron rechazadas 47 veces antes de ser aceptadas para su publicación.

Los libros de Ryan han sido traducidos a más de veinte idiomas.

Table of Contents